

*Las mujeres
en el movimiento
de Jesús, el Cristo*

Elsa Tamez

Sociedades Bíblicas Unidas es una fraternidad mundial de Sociedades Bíblicas nacionales que sirven en más de 200 países. Su propósito es poner al alcance de cada persona la Biblia completa o parte de ella, en el idioma que pueda leer y entender, y a un precio que pueda pagar. Sociedades Bíblicas Unidas distribuye más de 600 millones de Escrituras cada año.

Le invitamos a participar en este ministerio con sus oraciones y ofrendas. La Sociedad Bíblica de su país, con mucho gusto, le proporcionará más información acerca de sus actividades.

Las mujeres en el movimiento de Jesús, el Cristo © Elsa Tamez.
Publicado por Sociedades Bíblicas Unidas con el permiso de la autora.

ISBN 978-1-59877-076-6

Impreso en Uruguay.

Indice

Palabras de la autora	9
INTRODUCCIÓN	
Lidia, la narradora	13
El movimiento de Jesús y su contexto	14
Las mujeres en el movimiento de Jesús	17
Mujeres junto a la cruz	20
PARTE I	
Mujeres que aman y desafían	27
CAPÍTULO 1	
María, madre del líder del movimiento	27
Le anunciaron a María un hijo y ella cantó de alegría	28
De las penas y satisfacciones que vivió María por su hijo	31
María acompañó a Jesús a una boda	33
María sufrió la persecución y ejecución de su hijo	34
CAPÍTULO 2	
Marta y María, amigas de Jesús	39
¿Las mujeres para la casa?	39
La confesión de Marta	42
La amistad entre ellas y Jesús	44

CAPÍTULO 3	
La mujer que, a pesar de la ley, no fue apedreada	49
La crueldad de las leyes	50
Jesús no apedreó a la mujer adúltera	51
PARTE II	
Mujeres anónimas que luchan y resisten	59
CAPÍTULO 4	
Mujeres en dos parábolas	61
La viuda que luchó hasta que se le hizo justicia	61
La mujer que no descansó hasta encontrar algo muy preciado	65
CAPÍTULO 5	
La mujer que le robó un milagro a Jesús	73
El sistema de pureza-impureza	73
"El robo" de un milagro	75
Jesús dignificó a la mujer	78
CAPÍTULO 6	
La mujer sirofenicia que discutió con Jesús	81
Problemas fronterizos	83
Jesús se negó a sanar a una niña gentil	84
La mujer que discutió con Jesús	86
Jesús aprendió de la sirofenicia	88
PARTE III	
Mujeres discípulas y maestras	91
CAPÍTULO 7	
María Magdalena, una apóstol y amiga de Jesús	93
María Magdalena, la discípula más mencionada	93
El coraje de María Magdalena	95

Las mujeres, primeras testigos de la resurrección y predicadoras del resucitado	97
María Magdalena, la apóstol cercana a Jesús	97
CAPÍTULO 8	
La mujer de Samaria, una misionera	101
Al margen del odio mutuo	102
Un diálogo teológico junto a un pozo	104
La samaritana compartió las Buenas Nuevas con su pueblo	106
CAPÍTULO 9	
Priscila y Lidia, dos mujeres trabajadoras y líderes de comunidades	109
Lidia, líder y comerciante	109
Priscila: líder, maestra y artesana	113
CONCLUSIÓN	
Que las mujeres no callen en la congregación	119
¿Qué pasó?	120
Bibliografía	125
Glosario	129

Palabras de la autora

He decidido contar las historias de las mujeres que siguieron a Jesús a través de un recurso literario diferente. Es decir, la narradora de las historias no seré yo, Elsa Tamez, sino que utilizaré la voz de un personaje femenino de la antigüedad, llamado Lidia, una líder de la iglesia apostólica que aparece en Hechos 16.11-15,40. A través de ella, que nos hablará en primera persona ("yo, Lidia"), escucharemos valiosos testimonios acerca de mujeres que pertenecieron, de alguna manera, al movimiento de Jesús. Son testimonios que nos motivan a las mujeres de la iglesia de hoy a repensar nuestras vidas con relación a la iglesia y la sociedad. Podríamos añadir al relato de Lidia muchos otros testimonios contemporáneos de mujeres de fe que aman, luchan, resisten y enseñan.

He optado por hablar del "movimiento de Jesús, el Cristo", y no de Jesús como un individuo aislado, por dos razones. La primera, porque hablar de Jesús como una persona aislada no refleja la realidad histórica. Al Jesús de los evangelios lo conocemos como alguien que siempre va acompañado por sus discípulos y seguidores (en su mayoría campesinos, y también pescadores y artesanos), quienes depositaron sus esperanzas en su predicación y enseñanzas sobre el reino de Dios. Se trató de un movimiento de renovación de sus comunidades locales que más tarde habría de expandirse a lo largo y lo ancho de Palestina, y Jesús de Nazaret fue su líder fundador. La segunda razón es que, al hablar del movimiento de Jesús, no debemos ver a Jesús como una persona que nos ama de forma individualista, sino como aquel que nos ofrece un proyec-

to comunitario de vida nueva y nos desafía a comprometernos con la transformación personal y social de la creación de Dios.

Estoy consciente de que hay diferencias entre el movimiento de Jesús de Nazaret en Palestina y el movimiento cristiano fuera de Palestina. La diferencia que se subraya comúnmente es que el movimiento de Jesús se refiere a una renovación interna del judaísmo antes de la irrupción del "cristianismo". Desde esta perspectiva, la propagación del Evangelio después de la resurrección de Jesús, especialmente fuera de Palestina, correspondería, entonces, a un movimiento misionero que contribuyó al establecimiento de comunidades cristianas particularmente entre los gentiles*, aunque sin excluir a los judíos. Yo prefiero hablar, sin embargo, de un sólo movimiento, un movimiento alternativo frente al control hegemónico del imperio romano. Creo que para las mujeres es importantísimo enfatizar la continuidad del movimiento de Jesús más allá de Palestina, pues es allí donde dicho movimiento intensifica su fuerza liberadora frente a la opresión patriarcal* del imperio romano y las prácticas tradicionales del judaísmo. Esta fuerza sigue presente en las primeras comunidades cristianas a mediados del siglo I. Para marcar esta continuidad, he agregado el término "el Cristo" a la expresión "el movimiento de Jesús".

La crítica frecuentemente aguda de Jesús a su propia cultura judía no tiene nada que ver con una postura anti-judía. Como sabemos, Jesús fue judío y como tal asumió una posición autocrítica con respecto a la mentalidad patriarcal de su cultura y de la cultura romana, toda vez que dicha mentalidad se convertía en opresora. Jesús hizo lo mismo que nosotras hoy cuando cuestionamos y criticamos constructivamente nuestras propias culturas religiosas y sociales.

He organizado estas historias de mujeres comenzando con aquellas que permanecieron junto a la cruz, porque éstas ilustran dramáticamente el tremendo riesgo que ello implicaba en el contexto histórico de la sociedad romana. La elección del pasaje del evangelio de Juan responde simplemente al hecho de que las mujeres que se describen en dicho pasaje representan claramente mis

objetivos. Esas cuatro mujeres junto a la cruz ciertamente nos hablan de valor, amor, desafío, lucha, resistencia y discipulado. Sin embargo, también veo en ellas tres tipos de mujeres, como nuestra narradora Lidia explica en la Introducción.

He escogido un personaje bíblico, Lidia, como la narradora imaginaria de estas historias. Mi intención es que de esta manera podamos familiarizar a nuestros lectores y lectoras con el mundo antiguo. Como recurso literario, Lidia me permite enfatizar la continuidad del movimiento de Jesús fuera de Palestina y al mismo tiempo compartir, de una manera más bien familiar, los elementos culturales de dicha época. Es probable que Lidia no conociese todas las historias de mujeres, aunque sí seguramente un gran número de ellas. Lidia también nos ayuda a apreciar que Pablo, quien no menciona explícitamente la vida de Jesús, no fue el único en difundir el movimiento.

Seguramente hay anacronismos* con respecto a la época cercana a Lidia y a nuestra época moderna. Sin embargo, esto no afecta la intención de todo el libro, la cual es que descubramos en el movimiento de Jesús, el Cristo, criterios que iluminen la manera en que las iglesias hoy consideran y tratan a las mujeres.

*Las palabras así marcadas con asterisco se definen en el Glosario, págs. 129-130.

Notas

1. Richard A. Horsley, *Sociology and the Jesus Movement* (New York: Continuum, 1994), pp. 116-118.

Introducción

Lidia, la narradora

Yo, Lidia, les voy a contar estas historias. Soy de Tiatira y vivo en Filipos. Pertenezco al movimiento de Jesús, el Cristo. No conocí personalmente a Jesús, su fundador, pero desde que escuché acerca de él y su movimiento en Galilea por medio de Pablo y de Silas (Hch. 16.11-40), decidí incorporarme a las comunidades cristianas que crecieron fuera de Palestina y que llevan en su seno el mismo espíritu del movimiento de Jesús, el galileo¹. Soy una mujer gentil convertida primero al judaísmo y ahora al cristianismo². Mi vida ha cambiado radicalmente desde que comencé a participar en las comunidades cristianas, que para mí son prolongaciones del movimiento de Jesús. Como mujer, puedo afirmar que el movimiento de Jesús, dentro y fuera de Palestina, ha logrado que las mujeres sean consideradas personas dignas y capaces de participar en la comunidad en un plano de igualdad con los varones. Claro que hay discusiones y dificultades dentro de las mismas comunidades, pero no se puede negar que ha habido grandes avances en relación con la participación de la mujer. De hecho, es nuestra presencia significativa, la de las mujeres, lo que está generando discusiones³.

Cuando se escriben historias, casi siempre ocurre que a las mujeres no se nos toma en cuenta a pesar de que generalmente somos nosotras las que contamos las historias. Esto se debe a que las sociedades, por ser patriarcales, ven como algo natural que sean los varones quienes escriben y hacen la historia⁴. En la realidad concreta de cada día, la historia es diferente. Las mujeres somos muy ac-

tivas. Me han llegado a los oídos muchas historias de mujeres del movimiento de Jesús en Galilea y Judea y, después, fuera de Palestina. Por otra parte, a mí no me gusta cuando escucho en nuestras reuniones historias acerca de Jesús acompañado solamente por hombres, de doce hombres, para ser más precisos. Eso no es así. Entiendo que "doce" es un número simbólico que representa a las doce tribus guiadas por el Mesías Jesús... ¡pero también había mujeres acompañándolo todo el tiempo! (Lc 8.1-3). Esas mujeres lo siguieron de Galilea a Jerusalén y estuvieron con él la semana que lo condenaron a muerte⁵.

Las historias que conozco sobre las mujeres seguidoras de Jesús muestran dos cosas importantes: primero, que Jesús sintió una inclinación especial hacia los sectores marginados, como los de las mujeres, los pobres y todos los que padecen discriminación; segundo, que las mujeres encontraron en el movimiento de Jesús la esperanza de que las cosas pudiesen ser diferentes para ellas, pues siempre se las había hecho a un lado. Yo, Lidia, les voy a contar lo que sé acerca del movimiento de Jesús, el Cristo, y las mujeres valientes que lo siguieron. Voy a comenzar con las circunstancias dentro de las cuales surgió este movimiento.

El movimiento de Jesús y su contexto

La situación en Palestina en tiempos de Jesús era difícil y conflictiva, y después de la muerte de Jesús se agravó aún más. Palestina era y sigue siendo tierra ocupada por un poder extranjero. Las tropas romanas se movilizan con frecuencia. Ver tropas extranjeras ocupando el territorio de una no es nada agradable. A los soldados romanos los conozco muy bien, pues aquí en Filipos, una colonia romana, viven muchos de ellos y muchos aspectos de la vida de esta colonia son de carácter militar⁶. Además, los distintos impuestos que hay que pagar a los romanos representan una gran carga. A estos impuestos se añade el impuesto del templo, que todos los judíos, aun los que viven en la diáspora*, tienen que enviar a Jerusalén⁷. Jesús no veía eso con buenos ojos.

La cuna del movimiento de Jesús fue Galilea, una región básicamente campesina, a pesar de que allí hay bastantes ciudades helenistas*. La mayoría de los habitantes de esta provincia (aproximadamente el ochenta a noventa por ciento)⁸ se dedica a la agricultura, sobre todo de olivos, higos y viñedos. A Jesús siempre le gustó hablar de la buena nueva, lo que él llamaba el reino de Dios, a través de imágenes del campo (Mt 13.24-30; Mc 4.26-32), porque eso era lo que tuvo a su alrededor toda la vida. Él era de Nazaret, un pueblucho insignificante, con muy pocos habitantes. Nazaret está en un cerro y la rodean varios cerros. Los paisajes de Galilea son hermosos. Yo creo que a Jesús no le gustaban las ciudades. Todas las ciudades griegas se parecen y su construcción es impresionante. Yo nunca estuve en Séforis, una de las ciudades más importantes de Galilea, a unos cuatro o cinco kilómetros de Nazaret, pero me la imagino muy parecida a Filipos, aquí donde vivo. Seguramente tiene su teatro, su gimnasio, sus baños y las casas bonitas de los ricos. En esas ciudades se habla griego, como aquí en Filipos; no se habla arameo, aunque sus habitantes sean judíos. Digo que a Jesús no le gustaban las ciudades porque nunca escuché una historia sobre él que mencione a Séforis, y seguramente Jesús estuvo muchas veces allí. Es posible que haya trabajado en ese lugar como carpintero o constructor con su padre, porque cuatro o cinco kilómetros no es nada lejos para un campesino⁹. Si se hubiera quedado trabajando sólo en Nazaret no hubiera sobrevivido como carpintero, pues dicen que Nazaret tiene apenas unos quinientos habitantes. Por otro lado, no hay duda de que estuvo en las ciudades de Betsaida y Corazín, aunque no tenía muy buena opinión de ellas, como puede verse por los "ayes" que les lanzó (Mt 11.21; Lc.10.13). Cuando Jesús inició su ministerio, se fue a Capernaum. Algunos piensan que se fue para trabajar en la ciudad de Tiberíades, que Herodes Antipas empezó a construir después de supervisar la reconstrucción de Séforis. Capernaum no era una ciudad sino una aldea más grande, de unos mil habitantes¹⁰, aunque sin duda un lugar mucho más importante que Nazaret. Desde Capernaum Jesús viajaba a otros pueblos y aldeas para hablar del reino de Dios.

Capernaum se encuentra a orillas del mar de Galilea, donde la industria pesquera constituye una gran fuente de riqueza, ciertamente no para los pescadores independientes sino para los cambistas y gobernantes¹¹. Muchas de las historias que he escuchado de Jesús, como curaciones, milagros y expulsión de demonios, ocurrieron en los distintos pueblos y ciudades a orillas del lago de Galilea, o de Tiberíades, como también lo llaman. No puedo olvidar que una de las discípulas más destacadas y que Jesús amó tanto fue de Magdala, otra aldea a orillas del lago. Me refiero a María Magdalena.

Como les estaba contando, en ese tiempo la situación política ya era difícil. En el año 4, siendo Jesús un chiquillo, Séforis había sido arrasada por los romanos porque sus habitantes, que eran judíos helenizados, se rebelaron contra el imperio. Imagino que se trató de una experiencia muy humillante que pudo haber marcado a Jesús de niño y a su familia. Esto es apenas un ejemplo; he escuchado acerca de muchas tensiones y crisis entre el pueblo y los romanos, sobre todo en Galilea¹², una región aparentemente muy conflictiva. Muchos campesinos endeudados pierden sus tierras y después no les queda otra alternativa que ir a la cárcel o unirse a movimientos antirromanos, lo cual significa huir de la ciudad para esconderse en alguna cueva. Había y sigue habiendo varios movimientos que intentan hacerse eco de las aspiraciones de la gente. Hay movimientos proféticos y movimientos mesiánicos, y otros que son más de bandoleros que cuentan con la simpatía de muchos pobres porque les roban a los ricos para dárselo a los que no tienen¹³. Algunos creen que los dos bandidos que crucificaron junto a Jesús eran de ese tipo, porque a los ladrones nunca se los crucifica; solamente a los esclavos y a los subversivos. Las tropas romanas son muy poderosas y han aplastado muchos movimientos, con gran número de muertos.

Cuando pienso en Jesús en su contexto histórico y social entiendo por qué lo seguía tanta gente: cada uno de sus gestos, palabras y acciones respondía a los anhelos de esperanza de sus seguidores, hombres y mujeres por igual. Esa gente buscaba una nove-

dad de vida en Jesús, y por eso se unían a su movimiento. También comprendo por qué Jesús estuvo en peligro de muerte muchas veces y por qué los fariseos y los escribas, y aun el sumo sacerdote, querían apresarlos. Tenían miedo de que su movimiento se viera como un movimiento antirromano y que las tropas del imperio acabaran con esta provincia como castigo por su complicidad y rebeldía. Jesús consagró toda su vida a mostrarnos un camino diferente del que ahora vivimos en esta sociedad romana. Por eso yo lo admiro tanto y lo amo, y me considero discípula del Cristo resucitado. Para Jesús, en la sociedad debe haber cabida para todos, mujeres y hombres, pobres e ignorantes. El reino de Dios, que fue la proclamación central de Jesús, es un reino ideal en el cual no hay guerras ni dominación ni hambre ni discriminación, pues todas las vidas son preciosas a los ojos de Dios.

Las mujeres en el movimiento de Jesús

En el movimiento de Jesús había mujeres, y no pocas. Las mujeres eran discípulas y lo seguían en Galilea igual que los varones (Lc 8.1-3)¹⁴. Jesús no hacía distinción entre mujeres y varones; por el contrario, una de sus características consistió en proponer un orden de vida diferente del modelo jerárquico* al que estamos acostumbradas. Jesús era muy atrevido en sus enseñanzas: estaba en contra de aquellos que querían ocupar los primeros puestos y hablaba mal de las autoridades políticas que someten a los demás. "Entre ustedes no será así", le decía a sus seguidores. Tampoco hablaba muy bien de las autoridades religiosas que se creían muy santas y que marginaban a quienes consideraban impuros o que se aprovechaban de las viudas.

Para mí, Lidia, este mensaje que no me excluye, que me considera hija de Dios, persona libre e importante, le ha dado sentido a mi vida y a mi comunidad. Yo creo que muchas otras mujeres piensan lo mismo. También me gusta mucho la actitud autocrítica de Jesús. La sociedad judía discrimina a las mujeres. Frecuentemente las considera impuras y no les permite tomar parte impor-

tante en las sinagogas. Jesús, tal vez por ser galileo y no de Judea, no le dio mucha importancia a esas tradiciones que hacen a un lado a las mujeres¹⁵, sino que se dejó rodear y seguir por mujeres, las consideró iguales a los varones y les restableció su dignidad perdida a causa de las costumbres de la cultura patriarcal.

En el movimiento de Jesús hay más mujeres de lo que se nos ha permitido creer. La idea de que hay pocas mujeres se debe, en parte, a que se ha hecho mucho énfasis en los doce discípulos varones¹⁶. Pero, como ya dije, esos "doce" fueron un número simbólico. En realidad, había muchas mujeres que también escuchaban las enseñanzas de Jesús y que lo seguían dondequiera que él fuese. Nadie puede negar que cuando vino a Jerusalén esa semana de su muerte, varias mujeres también lo acompañaron desde Galilea. Todas las historias que he escuchado sobre la resurrección de Jesús mencionan a varias mujeres como testigos de su resurrección (Mc 16.5-7, 9-11; Mt 28.1-8; Lc 24.1-10; Jn 20). María Magdalena no falta en ninguna. Creo firmemente que las mujeres estuvieron en las comidas comunitarias con Jesús¹⁷ y que también fueron enviadas a enseñar y sanar, igual que los varones. Yo lo hago ahora aquí en Filipos, donde soy activa en la comunidad y enseño como lo haría cualquier varón. Somos muchas mujeres, pero frecuentemente no se nos menciona. Es verdad que se habla bastante de Pedro, de Santiago y de Juan, y también de Andrés, pero eso no quiere decir que sólo los varones pertenecieran al movimiento.

Cuando escucho las historias de Jesús, advierto que los varones predominan como los acompañantes. Las mujeres casi siempre aparecen como personas sanadas, lo cual es cierto, pues muchas mujeres buscaban a Jesús porque veían en él y en su movimiento una nueva propuesta de calidad de vida. Y Jesús siempre escuchó sus peticiones. Esas mujeres eran generalmente pobres y muy necesitadas. Pero también había muchos varones que buscaban a Jesús y que se encontraban en esa misma condición. Por otra parte, he sabido de mujeres de posición más acomodada, como Susana y Juana, la esposa de Chusa, el administrador de Herodes Agripa, el gobernador de Galilea, que no sólo siguieron a Jesús sino que ade-

más ayudaron financieramente al movimiento. Yo, Lidia, no soy rica, pero tampoco soy pobre, pues vendo telas de púrpura que importo de Tiatira. La paso como cualquier otro artesano o negociante: a veces me va bien, y a veces mal¹⁸.

Algo que a las mujeres nos atrae de Jesús es su concepto de familia. Para él, las familias son quienes escuchan y hacen la voluntad de Dios —varones, mujeres, padres, hijos— y que, en consecuencia, viven como hermanos y hermanas entre sí (Mt 12.46-50; Mc 3.31-35; Lc 8.19-21). Con esto que estoy diciendo, no quiero insinuar que esté en contra de la familia como se la entiende tradicionalmente, sino de un concepto patriarcal de familia. Aquí, en la cultura romana y también en la judía, las mujeres tenemos un rol muy marcado de sumisión. En nuestra cultura, el ideal de mujer consiste en ser madre, quedarse en casa y obedecer al marido, porque él es la cabeza. La sociedad romana aquí en Filipos, como en otras provincias romanas, critica mucho a las mujeres que se salen de ese rol. Debido a que en las comunidades cristianas intentamos vivir una vida fraternal sin discriminaciones, donde ya no hay "judío ni griego; [...] esclavo ni libre; [...] hombre ni mujer" (Gl 3.28), como dice Pablo, el fundador de nuestra comunidad, somos blanco de críticas.

En varias comunidades cristianas, como en Corinto, se están dando retrocesos y discusiones debido a nuestra participación (1 Co 11.2-16). Me imagino que eso también ocurrió en el mismo movimiento de Jesús en Galilea, pero no tanto como ahora en esta región. Ojalá no perdamos de vista sus enseñanzas, porque si se sigue restringiendo nuestra participación, aunque sea solamente como medida de sobrevivencia institucional, como algunos andan aconsejando, vamos a alejarnos de lo fundamental del reino de Dios anunciado por Jesús.

Quizás uno de los problemas en todo esto se deba al hecho de que las mujeres galileas que siguieron a Jesús hasta Jerusalén (Mc 5.40-41) seguramente regresaron a Galilea después de su muerte. En cambio, algunos de los discípulos renombrados se quedaron en la ciudad de Jerusalén. Las mujeres probablemente fun-

daron comunidades, pero después fueron desapareciendo de la historia. Yo me pregunto: ¿qué pudo haber pasado con Marta y María, dos mujeres muy amigas de Jesús? Ellas eran de Betania, un lugar cercano a Jerusalén. Por cierto que Marta había confesado con mucha elocuencia que Jesús era el Mesías (Jn 11.27). Por eso yo, Lidia, y muchas otras mujeres del movimiento cristiano, tenemos una gran responsabilidad: contar nuevamente la historia, dejando constancia de que las mujeres líderes de las comunidades somos numerosas. De esta manera podremos hacer frente a la cultura patriarcal que poco a poco procura restringir nuestra participación social.

Mujeres junto a la cruz

Cuentan que el día que apresaron a Jesús en el Monte de los Olivos, los discípulos tuvieron mucho miedo, pues la situación no era para menos. Su miedo fue en aumento con el paso de las horas, especialmente cuando los romanos decidieron crucificarlo, pues a los crucificados que no habían sido esclavos se los veía como subversivos, es decir, enemigos del imperio romano. Estaba claro, pues, que a Jesús se lo consideraba un subversivo y que, tarde o temprano, a sus discípulos y seguidores también se los consideraría subversivos, es decir, enemigos del imperio. Como si eso fuera poco, los seguidores de Jesús lo proclamaban "hijo de Dios" y además "rey de los judíos". Decirse "hijo de Dios" era una provocación, pues para los romanos sólo el emperador era hijo de Dios. ¿Y qué gracia podía hacerles a los romanos que ése que se veía como "hijo de Dios" también se considerara "rey de los judíos", cuando sólo al César romano le reconocían el poder y el derecho de un rey? En esos momentos, ser identificado como miembro o simpatizante del movimiento de Jesús, el galileo¹⁰, resultaba peligrosísimo. A Pedro casi lo descubrieron por su acento galileo y se vio obligado a negar que era uno de sus seguidores (Mc 14.66-72). Dicen que todos se encerraron en una casa por miedo a que también los encarcelaran y condenaran (Jn 20.19). Sin embargo, cuentan que varias mujeres de entre aquellas del movimiento de Jesús que vinieron

desde Galilea con él estuvieron observando de lejos (Mc 15.40; Mt 27.55-56; Lc 23.49). Según otra historia, algunas mujeres permanecieron cerca de la cruz (Jn 19.25). No sé cómo pudo haber ocurrido de esa manera, porque los sitios de crucifixión generalmente están llenos de soldados y éstos no permiten que la gente se acerque, ni familiares ni amigos. Tampoco se les permite llorar o hacer duelo²⁰. Sea como fuere, igual creo todas las historias que dicen que esas mujeres siguieron a la distancia cuanto estaba pasando, acompañando así a su maestro, el líder del movimiento, en esos momentos de gran agonía. Esas mujeres galileas debieron de ser muy valientes, de lo contrario se hubieran encerrado en sus casas, como lo hicieron los otros hombres y mujeres discípulos y seguidores (Jn 20.19).

Me hubiera gustado saber más acerca de las mujeres que permanecieron cerca de la cruz, pero las historias que he escuchado son algo confusas en cuanto a sus nombres. Una dice que allí estaban "María Magdalena, María la madre de Jacobo el menor y de José, y Salomé" (Mc 15.40). Otra dice que estaban "María Magdalena, María la madre de Jacobo y de José, y la madre de los hijos de Zebedeo" (Mt 27.56). Una tercera historia simplemente se refiere a "las mujeres que lo habían seguido desde Galilea" (Lc 23.49), y cuando menciona el sepulcro dice que entre ellas estaban "María Magdalena, Juana y María, madre de Jacobo, y las demás con ellas" (Lc 24.10). Aunque hay cierta confusión con los nombres, el de María Magdalena aparece siempre y en primer lugar, lo cual quiere decir que su presencia fue clara e inolvidable, y que la acompañaban otras mujeres. *astatus dideressa x*

Esas mujeres que no se encerraron en una casa (Jn 20.19) también deben de haber sentido miedo; sin embargo, se arriesgaron a observar a la distancia todos los acontecimientos. Observaron especialmente dónde se encontraba el sepulcro en el que habían puesto el cadáver de Jesús. Parece que tenían la intención de embalsamarlo. Pero lo más importante de lo que les estoy contando es que todas las historias narran que Jesús resucitado se apareció primero a ellas y que les dio el encargo de avisarles a los demás

discípulos (Mc 16.5-7; Mt 28.5-7; Lc 24.5-10). Esto habla muy claramente de que Jesús inauguró un movimiento dentro del cual las mujeres participaban en un plano de igualdad con los varones.

Tenemos que reconocer que a varios de los discípulos les costó entenderlo así. El peso de la cultura patriarcal fue muy grande, y por más que Jesús enseñó y practicó las relaciones igualitarias entre hombres y mujeres, muchos de sus discípulos varones no siguieron su ejemplo. El mismo Pablo, que tanto se hace acompañar por mujeres en su ministerio y que en las cárceles las ha tenido por compañeras (Ro 16.7), cuando habla de la resurrección de Jesucristo no menciona para nada el hecho de que éste se les haya aparecido primero a las mujeres (1 Co 15.3-8). La carga cultural es muy pesada, por eso insisto que hay que reivindicar los principios igualitarios del movimiento de Jesús.

Otra historia nos cuenta que cerca de la cruz estaban cuatro mujeres y un hombre, Juan (Jn 19.25-27). Se trata de una historia única, que no he escuchado en ninguna otra parte. Quiero usar esta historia para hablar de mujeres que simbolizan coraje y valentía justamente porque estuvieron cerca de Jesús cuando lo crucificaron. Dice esta historia que eran cuatro mujeres: la madre de Jesús, la hermana de su madre, es decir, la tía de Jesús, María, la esposa de Cleofas, y María Magdalena (v. 25). María, la madre de Jesús, representa el tipo de mujer que ama entrañablemente pues ella amó infinitamente a su hijo y, en tanto que madre, seguramente fue marcada por su vida y su muerte. María representa el tipo de mujeres que aman y desafían, y de ellas les hablaré en el capítulo 1.

De la tía de Jesús y de la mujer de Cleofas, no sabemos nada, lo cual nos permite pensar en ellas como el tipo representativo de las mujeres marginadas, mujeres que a pesar de su marginación e invisibilidad luchan y resisten. María Magdalena fue una discípula ejemplar y líder destacada del movimiento; ella representa a las mujeres discípulas y maestras que hoy proliferan sobre todo fuera de Palestina, en ciudades como Corinto, Filipos, Éfeso y Roma, entre otras. Todas esas mujeres fueron discípulas amorosas, tena-

ces y desafiantes. La única razón por la que las describo de esta manera, en tres tipos o clases diferentes, es para ayudarme a organizar sus historias.

- estructura
- ① María / Madre
 - ② Tía de Jes y esposa Cleofas / marginadas
 - ③ María Magdalena / discip

Notas

1. Aunque hay diferencias entre el movimiento de Jesús en Galilea y el movimiento misionero desplegado después de la resurrección (Elisabeth Schüssler Fiorenza, *In Memory of Her. A Feminist Theological Reconstruction of Christian Origins* [New York: Trice Crossroad Publishing Co., 1994], pp. 99-104), estoy de acuerdo con Luise Schottroff en identificar un solo movimiento liberador frente a la Pax Romana. *Lydia's Impatient Sisters. A Feminist Social History of Early Christianity* (Louisville: Westminster John Knox Press, 1995), p. 9.
2. En ese tiempo los cristianos eran considerados una rama del judaísmo. Los creyentes seguían participando en la sinagoga y en las casas-iglesias.
3. Vea "Que las mujeres no callen en la congregación", pp. 119-123.
4. Elisabeth Schüssler Fiorenza afirma: "Las mujeres siempre han transmitido la historia, han contado relatos y han mantenido viva la memoria. Sin embargo, la historia ha sido escrita por lo general por varones privilegiados, que la han contado como su propia historia y según sus propios intereses". Pero ella dijo. *Prácticas feministas de interpretación* (Madrid: Trotta, 1992), p. 116.
5. Carla Ricci propone una hipótesis con respecto a una "exégesis del silencio". Frente a la escasez de fuentes, hay que trabajar los textos bíblicos de manera diferente en estos casos en que las mujeres poco cuentan o son olvidadas. Ricci sugiere que debemos interrogar los silencios, lo no dicho. Los silencios y la negación deliberada de la presencia de las mujeres en los relatos revelan la cultura que excluye a las mujeres. *Mary Magdalene and Many Others: Women Who Followed Jesus* (Minneapolis: Fortress Press, 1994), pp. 19ss.
6. José Comblin, *Epístola aos Filipenses* (Petrópolis: Vozes, 1985), p. 7.
7. Los judíos de la diáspora también pagaban el impuesto al Templo (el medio siclo o didracma). Después de la destrucción de Jerusalén en el 70 E. C.*, el impuesto pasó al tesoro del imperio romano, destinándose al templo de Júpiter Capitalino.
8. K. C. Hanson y Douglas E. Oakman, *Palestine in the Time of Jesus: Social Structures and Social Conflicts* (Minneapolis: Fortress Press, 1988), p. 104.
9. El silencio de los evangelios sobre esta ciudad es sobresaliente si se considera la extrema cercanía entre Nazaret y Séforis. La familia de Jesús debió de estar muy atenta a todos los acontecimientos que ocurrían en esta hermosa ciudad, capital de la provincia de Galilea.
10. Richard A. Horsley, *Galilee: History, Politics, People* (Valley Forge: Trinity Press International, 1995), p. 195.
11. Hanson y Oakman hacen una lista de los beneficiarios, comenzando con los emperadores, que eran los beneficiarios de los impuestos portuarios; siguiendo con todos los tipos de recolectores de impuestos, y concluyendo con los mercaderes que salan el pescado. *Palestine in the Time of Jesus*, pp. 108-109.
12. Vea John Dominic Crossan, *Jesús. Vida de un campesino judío* (Barcelona: Crítica, 1994), pp. 162-270; Richard A. Horsley, *Jesus and the Spiral of Violence: Popular Jewish Resistance in Roman Palestine* (San Francisco: Harper & Row, 1987); Gerard Theissen, *A la sombra del Galileo. Las investigaciones históricas sobre Jesús traducidas a un relato* (Salamanca: Sígueme, 1988). El problema con este último texto es que reduce el conflicto al movimiento celota, el cual probablemente adquirió vitalidad a principios de la década del 60 E.C.
13. R. Horsley y John S. Hanson, "Bandits, Prophets and Messiahs: Popular Movements in the Time of Jesus", *New Voices in Biblical Studies*, Eds. Adela Yarbro Collins y John J. Collins (Minneapolis: Winston Press, Seabury Books, 1985); J. Crossan, *Jesús. Vida de un campesino judío*, pp. 209-250.
14. Carla Ricci hace un análisis excelente de Lucas 8:1-3. Para ella, éste es un texto olvidado por los exégetas. Cuando no se considera el contexto, ocurre una distorsión exegética con respecto a la presencia de las mujeres en el movimiento de Jesús. *Mary Magdalene and Many Others*, pp. 29ss.
15. R. Horsley, *Galilee. History, Politics, People*, pp. 156, 235-237.
16. Para los evangelios y el libro de los Hechos, el número 12 es más importante que los nombres propios. De hecho, hay confusión sobre los nombres de los doce y ni siquiera aparecen todos. Los evangelios se contradicen en esto. Vea Suzanne Tunc, *También las mujeres seguían a Jesús* (Santander: Sal Terrae, 1999), pp. 25-38.
17. *Ibid.*, pp. 59-65.
18. Muy probablemente ella no era de alta condición social, como se ha creído tradicionalmente. Nuevas investigaciones muestran que la púrpura que vendía no era la que se extraía del molusco, sino de una planta muy popular en Tiatira. Vea Ivoni Richter Reimer, *Vida de Mulheres na Sociedade e na Igreja* (San Pablo: Paulinas, 1995), pp. 73ss. En la sección sobre Priscila y Lidia, en el capítulo 9 de este libro, lo veremos más detalladamente.
19. Sobre los riesgos que corren las mujeres en el contexto de la crucifixión, vea Luise Schottroff, *Mulheres no Novo Testamento. Exégesis numa perspectiva feminista* (San Pablo: Paulinas, 1995), pp. 44-48.
20. Ivoni Richter Reimer cita el siguiente fragmento del historiador romano Tácito (Anales 6.19) sobre las ejecuciones en masa: "Allí había una enorme montaña de difuntos, de ambos sexos, de todas las edades, personas de origen noble y humilde. No estaba permitido a parientes y amigos acercarse para llorar a sus muertos, ni siquiera que los mirasen por más tiempo. Los guardias estaban apostados a todos lados; ellos se fijaban cuidadosamente para ver si alguien daba señales de duelo". "Recordar, transmitir, actuar. Mujeres en los comienzos del cristianismo". *Revista de Interpretación Bíblica Latinoamericana (RIBLA)* 22 (1995), p. 50.

PARTE I
Mujeres que aman y desafían

Capítulo 1
María, la madre de Jesús,
líder del movimiento

(Lc 1.26-56; 2.1-7; 2.41-50; Mt 12.46-50; Jn 2.1-12; 19.25)

Yo, Lidia, he escuchado muy poco de María. Por las historias que escucho, a veces da la impresión de que María no pertenecía al movimiento de Jesús. Durante el ministerio de Jesús, ella, así como sus demás hijos, sólo aparece de vez en cuando buscando a Jesús entre la multitud (Mt 12.46-50; Mc 3.31-32; Lc 8.19-21). Lo que sí está claro es que después de la muerte de su hijo, María estaba incorporada en el movimiento de Jesús, el Cristo, participando de la comunidad de Jerusalén (Hch 1.14). Allí en Jerusalén tenían una casa y se agrupaban en la parte de arriba. Se dice que esta comunidad de hombres y mujeres se reunían, compartían lo que tenían, perseveraban en la oración y con un mismo Espíritu (Hch 2.42-47).

Eso es todo lo que se dice de ella con relación al movimiento. Sin embargo, yo estoy segura de que era bastante activa, pues, generalmente, cuando se trata de mujeres que crean historia, el hecho de que se las mencione significa mucho más de lo que parece. De manera que María, la madre de Jesús, posiblemente se incorporó al movimiento poco antes de la muerte de su hijo, o poco después, cuando él ya había resucitado¹.

No obstante, esta María siempre me ha llamado la atención. Algo especial encuentro en ella, por haber sido la mujer que trajo

al mundo a Jesús de Nazaret, quien para nosotros, los cristianos de Filipos, es el Mesías y el Hijo de Dios. Dos cosas me llaman la atención y me ponen a pensar: una, la manera como la describen en la historia, y otra, lo que significaría ser madre de una persona como Jesús.

1. Le anunciaron a María un hijo y ella cantó de alegría

Una de las historias sobre el anuncio del nacimiento de Jesús (Lc 1.26-38), cuenta que un ángel se apareció a María y le dijo "Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo" (Lc 1.28). Esta identificación del ángel del Señor con una humilde muchacha—que seguramente era una mujer muy joven— es una de las características de nuestro movimiento: la identificación con gente sin importancia para la sociedad. En el saludo vemos lo que Dios pensaba de ella y el respeto que ella se merecía: no era un simple instrumento utilizable².

Fue oriunda de Nazaret, en Galilea, una aldea rural de pocos habitantes, no más de quinientos³. Dios no escogió a la mujer de Herodes el Grande, por ejemplo, o a una de las mujeres distinguidas de los líderes del Templo, que viven en la hermosa ciudad de Jerusalén. Prefirió nacer en una aldea sin importancia, ser engendrado en el vientre de una jovencita campesina.

María, por supuesto se asustó, pero el ángel Gabriel la tranquilizó y le anunció que sería la madre del Hijo del Altísimo⁴. María conocía bien la tradición de su pueblo judío y reconoció en las palabras del ángel las que ella misma había escuchado antes sobre las promesas mesiánicas. La sorpresa y alegría de María tendría que ser mucha, no sólo por el anuncio de la llegada del Mesías, esperado con ansias en el contexto de la dominación romana, sino porque ella, una mujer pobre, había sido elegida por Dios para llevar en su seno al Mesías.

María aún no se había casado con José, aunque sabía que con él se casaría algún día. La costumbre judía dictaba que prime-

ro hicieran los padres, a manera de contrato, los arreglos del matrimonio de los hijos, y después éstos se casaran. Podía pasar mucho tiempo entre el contrato y la boda⁵. Por eso, ella pregunta cómo tendría un hijo sin esposo. Entonces el ángel le explica que nacerá por obra del Espíritu Santo (Lc 1.35). María de Nazaret acepta el reto de ser madre soltera a los ojos de la sociedad, en la cual cabía la posibilidad de que su futuro esposo la rechazara por estar embarazada. Con ello acepta también la posibilidad de ser apedreada por convertirse en una adúltera, al haberse embarazado antes de casarse. Y acepta estos retos porque cree en las palabras del ángel y responde: "He aquí la sierva del Señor: hágase en mí según tu palabra" (Lc 1.38). En otra historia de la anunciación, el ángel se aparece solamente a José. Ese relato dice que José pensaba abandonar a María porque estaba embarazada de otro, y entonces el ángel le anunció que el hijo era del Espíritu Santo y sería Jesús, el Salvador, y le pidió que no dejara a María (Mt 1.18-25). En este diálogo no interviene María, por esto me parece una historia muy patriarcal.

Yo, Lidia, he escuchado también un impresionante cántico de María. Ella lo pronunció después de visitar a su prima Isabel que también se hallaba embarazada⁶. En el encuentro de estas dos mujeres había una muy profunda alegría compartida. Eran dos mujeres diferentes: Isabel, una mujer distinguida, descendiente de Aarón y esposa de Zacarías, un sacerdote, residentes, con su esposo, en un lugar cercano a la gran ciudad de Jerusalén, y María, una campesina humilde, de ascendencia desconocida y habitante de un pueblo despreciado (Jn 1.46). Las dos habían sido bendecidas por Dios: Isabel, porque Dios le concedió un hijo siendo ya mayor, después de muchos años de esterilidad, y con ello la dignificó como mujer (Lc 1.25); y María, porque Dios halló gracia en ella, aunque era una campesina humilde. Dice la historia que cuando ellas se encontraron, el hijo de Isabel saltó en su vientre y entonces, Isabel se dio cuenta del papel que el vástago de María iba a tener. Me parece interesante cómo un niño, desde el cuerpo de su madre, puede contarle cosas de Dios⁷. Isabel alabó la fe de María, porque creyó. A Zacarías le costó creer la promesa del ángel de que sería padre siendo anciano, y por esta duda, enmudeció. En

el cuerpo enseña "verdades teológicas"

tonces, dicen que María, inspirada en el cántico de Ana (1 S 2.10) y en otras partes de las escrituras, comenzó a alabar a Dios por su misericordia con los humillados, empezando por ella misma, y cantó así: "Alaba mi alma la grandeza del Señor y mi espíritu se alegra en Dios mi salvador, porque ha mirado la bajeza de su esclava". Muchos traducen "la *pequeñez* o la *humildad* de su esclava" pero no es así: *bajeza* es un término que se refiere a *humillación y marginación social*, puede ser esterilidad, violación o marginación por estatus social⁸. Ella dijo que las generaciones la llamarían *bienaventurada* y estoy segura de que así será siempre. Yo les estoy contando la historia y ustedes la contarán después. En ese canto María recuerda la manera misericordiosa de Dios para con los pobres, humildes y hambrientos, y también ve en el Mesías que llegará, la manifestación del amor de Dios por Israel, su pueblo, pues sabemos que Dios no olvida. La degradación de María es la degradación que su pueblo ha padecido⁹. Por ejemplo, Nazaret está a cuatro o cinco kilómetros de Séforis, una ciudad que había sido devastada por los romanos cuando Jesús era apenas un niño. La destrucción de un pueblo por otro más poderoso es una humillación. Por eso yo creo que María observaba estas degradaciones que vivía su pueblo. Creo, como María, que a Dios no le agradan las desigualdades entre los seres humanos. Por eso en el movimiento de Jesús, antes y después de su muerte, tenemos que tener presentes a los más pobres.

De las historias que he escuchado sobre ella, ésta ha sido la que más me ha impresionado, pues encuentro en esta narración, a través del canto de María y de su encuentro con el ángel, a una mujer muy valiente. Además, como había dicho antes, hay una historia que dice que ella, con otras tres mujeres y con Juan (Jn 19.26), estuvieron junto a la cruz cuando crucificaron a Jesús¹⁰, mientras los demás discípulos y discípulas seguidores estaban escondidos. (Jn 20.19). Por otro lado, yo, Lidia, como mujer, me imagino lo que significó ser madre de una persona como Jesús, líder de un movimiento. Ciertamente no fue nada fácil aceptar el estilo de vida de un hijo como él.

2. De las penas y satisfacciones que vivió María por su hijo

Al juntar todas las historias que he escuchado sobre María y Jesús, he llegado a la conclusión de que María, como mujer y madre, tuvo que haber sufrido y llorado mucho por su hijo. Éste, sin querer, debe haberle causado muchos dolores de cabeza. Algunas veces, por lo difícil que resulta para todos tener y educar hijos, pero, sobre todo, porque Jesús tenía planes que a María le costaba entender.

Por ejemplo, María tuvo que viajar embarazada desde Nazaret hasta Belén. Era muy incómodo, pues debió caminar bastantes kilómetros. Son necesarios varios días para llegar y, según cuentan, cuando viajaron con José, ella estaba ya por dar a luz. María y José tenían que ir a Belén porque el emperador romano Augusto pidió en aquel tiempo a todas las provincias que censaran a su población: es decir, debían declarar sus bienes del campo o la ciudad para el catastro, y estimar la suma de su valor para los impuestos. Posiblemente José tenía alguna parcela en Belén y estaba obligado a declararla. Las esposas tenían que acompañar a sus esposos¹¹. Los censos servían para expandir el sistema de tasación y muchas veces los pobres o las comunidades que, por su posición política, étnica o racial no formaban parte de la cultura dominante, tenían miedo de esta coyuntura porque más de la mitad del ingreso de campesinos y artesanos, como los carpinteros, podía irse en las diferentes clases de impuestos¹².

Al llegar a Belén, María se vio en la incomodidad de tener que dar a luz en un pesebre al no haber encontrado un lugar adecuado para el alumbramiento. Bueno, para una mujer campesina esto no tuvo que ser muy difícil: Nazaret es una zona rural. Sin embargo, no es lo mismo dar a luz en la casa y en el pueblo de donde uno es oriundo, que dar a luz en un lugar desconocido. De todas maneras, yo creo que todo esto no responde a una casualidad. Hay detrás de estos acontecimientos la intención de Dios de venir como el Mesías al mundo, justamente en un medio conocido para muchos marginados. El apóstol Pablo nos exhortó una vez con es-

tas palabras: "Tened entre vosotros los mismos sentimientos que Cristo, el cual, siendo de condición divina, no codició el ser igual a Dios, sino que se despojó de sí mismo tomando condición de esclavo" (Flp 2.2-7).

La madres son muy apegadas a sus hijos y los protegen hasta que estos llegan a la madurez¹¹. Ustedes podrán imaginarse el sufrimiento y angustia de una madre cuando un hijo está en peligro de muerte, pues María tuvo que vivir en agonía cuando se enteró de que Herodes quería matar a su hijo que acababa de nacer. Tuvo que haber huido con José, desesperada, y sólo debe haberse tranquilizado a la muerte de Herodes. Esto no lo cuentan las historias, pero seguramente fue así, pues los personajes de las historias son de carne y hueso, y tienen sentimientos. Yo, Lidia, puedo adivinarlos, por cuanto observo en las mujeres madres y porque también tengo sentimientos.

Hay una historia que narra la venida de María, José y su hijo a Jerusalén, para la fiesta de la Pascua (Lc 2.41-51). Jesús tendría entonces unos trece años, algo así como la mayoría de edad de los muchachos del lugar, y por eso andaba solo. Sus padres decidieron regresar y después de un día de camino se dieron cuenta de que su muchacho no los acompañaba en la caravana de la que formaban parte, porque en aquellos tiempos era peligroso viajar solos. Lo buscaron por todos lados, por donde pensaban que podía estar un jovencito de su edad, sin encontrarlo. Sólo al tercer día de camino lo hallaron en el Templo, dando muestras de su inteligencia al escuchar y preguntar a los maestros. María, encargada de proteger y educar al hijo, según la costumbre mediterránea, le reprocha su falta de consideración para con sus padres que lo han buscado angustiados. Seguramente ella estaba indignada con Jesús por el susto que les había dado y porque, en su búsqueda, estaban retrasando la caravana. O tal vez pensaba que ya se habían ido los demás viajeros y ahora tendrían que regresar solos en medio del peligro. En fin, ¿cómo saber lo que pensaba María en esta situación? Jesús no pide disculpas y eso tiene que haber dolido a María, su madre, que esperaba según la costumbre¹¹ la alianza y el respeto

del hijo; Jesús les dice que ellos ya deberían entender que él es un hijo diferente y que su deber es empezar a hacerse cargo de las cosas de Dios, su Padre. La historia dice que ni María ni José entendieron la respuesta. Lo bueno para María es que Jesús decidió regresar un tiempo más con ellos y estar bajo su tutela, como cualquier hijo de familia.

Esta escapada de Jesús la angustió, pero creo que también la llenó de satisfacción encontrarlo en medio de maestros, hablando y compartiendo sus ideas, como uno de ellos. Ver a un hijo desarrollarse así y crecer en madurez es una satisfacción que las madres no olvidan nunca. Por eso, aunque no las comprendiera, guardaba todas esas experiencias en su corazón. Parece ser que éste era ya un anuncio de la ruptura que Jesús tendría con su familia según la carne; no porque no la quisiera, sino porque tenía otro concepto de familia, como lo voy a explicar más adelante.

3. María acompañó a Jesús a una boda

Al inicio del ministerio de Jesús, hay una historia en la cual participa María: algunos dicen que se trata del primer milagro de su hijo. Se ha interpretado de distintas formas, pero tal historia narra que van a una boda en Caná. (Jn 2.1-12). María estaba en la boda adonde también habían sido invitados Jesús y sus discípulos. María se preocupa porque se había acabado el vino. Entonces dice a Jesús que no tienen vino. Jesús se molesta con su madre y le responde de manera poco respetuosa: "¿Qué tengo yo contigo, mujer? Todavía no ha llegado mi hora". Eso significaría más o menos: "¿Qué nos importa a nosotros?".

Algunos, al explicar este relato, dicen que *la hora* se refiere a la de la muerte que Jesús iba a padecer a causa de su misión. Aquí, María, simplemente, comentó con su hijo el hecho de que los esposos no tenían vino para ofrecer a sus invitados, pero parece que Jesús entendió que con esto, ella apuraba su ministerio, y como Jesús no lo vio oportuno, María tuvo que aguantar una respuesta impaciente, típica de cierta edad de los jóvenes. Todas las madres pa-

san por esto, hasta la madre de Jesús. Lo interesante es que María no discutió con su hijo (por experiencia les digo que las discusiones con los hijos jóvenes muchas veces son infructuosas), simplemente se dirigió a los sirvientes y les dijo "haced todo lo que él os diga" (Jn 2.5). En este suceso vemos a una mujer con autoridad, una líder que indica lo que se debe hacer. María dejó en manos de su hijo los acontecimientos, no le pidió nada, como no le había pedido nada antes, sólo le avisó que no había vino. Ella no se enojó con Jesús, reconoció que era un hijo especial y confió en que él haría lo que fuera conveniente.

Yo, Lidia, he escuchado a gente que interpreta algunas historias de manera simbólica; por ejemplo, algunos interpretan que en este suceso María representa al Israel fiel, y que Jesús y sus discípulos representan la nueva comunidad de fe. El vino sería la alegría de la era mesiánica y las tinajas, la ley. Por eso, cuando María apareció con Juan, el discípulo, bajo la cruz, Jesús la volvió a llamar "mujer" y la integró a Juan, el nuevo hijo, representante de la comunidad cristiana; y mostró a Juan, el discípulo, a María como su nueva madre. Así, Jesús incorporó en la comunidad cristiana a los judíos creyentes. Esta interpretación podría ser verdadera, pero también es importante ver en la historia a María como mujer y madre y en sus relaciones con los demás, para reconocer la actividad de las mujeres dentro o fuera del movimiento de Jesús.

4. María sufrió la persecución y ejecución de su hijo

Aparte de lo que les he contado de María, poco se sabe de ella. Las historias a veces mencionan que Jesús era buscado por su madre y sus hermanos, cuando andaba con sus seguidores y seguidoras por aldeas y pueblos. José no aparece buscándolo porque tal vez ya había muerto. Una historia dice que la familia de Jesús pensaba que estaba medio loco, fuera de sí, (Mc 3.21) y por eso lo buscaban. María seguramente estaba preocupada por él como cualquier madre, pues veía el peligro que corría al andar hablando en público sobre un reino de Dios, cuando para los romanos sólo existía su propio imperio. Él tenía una casa en Nazaret, pero por ahí

decían que aseguraba que no tenía dónde recostar su cabeza (Lc 9.58). Tal vez para María, Jesús debía volver a casa en Nazaret y alimentarse bien. Por otro lado, posiblemente su madre necesitaba de Jesús, el primogénito, para que respondiera por ella, como es la costumbre, cuando el marido ha muerto.

En todo caso, María no podía vivir tranquila en la situación conflictiva en la que se movían Jesús y sus seguidores. Pero Jesús pensaba de modo diferente: María debía soltar a su hijo y dejarlo que fuera el hermano de todo el mundo, no sólo de sus hermanos según la carne. Siendo hermanos y hermanas de Jesús, todos nos convertimos en hijos e hijas de Dios. Así, Jesús tenía otro concepto de familia: para él la familia era aquella comunidad en la cual se convierten en hermanos todos los que cumplen la voluntad de Dios (Mt 12.46-50, Mc 3.31-35; Lc 8.19-21), familia extensa e igualitaria en la cual no hay dominio de unos sobre otros. Esta era una de las características del movimiento de Jesús. María también tenía que dejar de ser la madre y dueña de su hijo, y pasar a formar parte de la familia extensa de Jesús, que estaba formando una nueva comunidad con nuevos valores sociales y culturales. En el movimiento originario de Jesús hay un rechazo de la casa patriarcal.

No sé si María entendía esto en los tiempos en que Jesús estaba vivo, pero comprendo perfectamente el dolor y la angustia de la madre al ver a su hijo expuesto frente a las autoridades, que desde muy pronto buscaban prenderlo y matarlo. Todas las historias hablan de que muchos fariseos y escribas querían ponerle trampas para apresarlo; tuvo que escapar de algunos lugares porque lo querían apedrear (Jn 10.31; 11.8). Y es que Jesús era muy atrevido y directo cuando hablaba mal de las autoridades. Pero, aunque es cierto que María padecía estas angustias por el riesgo que corría su hijo, también lo es que tuvo que haber sentido una gran satisfacción y un gran agradecimiento hacia Dios, por haberle dado a Jesús como hijo. Ella escuchaba seguramente de sus milagros, las multiplicaciones del pan, su reparto a miles de personas; las curaciones a tantos hombres y mujeres; cómo Jesús libraba del demonio a tantos posesos. María admiraba la manera en que Jesús enseñaba y también cómo él trataba a las mujeres: lo hacía como nin-

guno antes lo había hecho. María debió haber estado orgullosa de su hijo Jesús, aunque no comprendiera muchas cosas, por su distanciamiento de la familia.

La crucifixión de su hijo debió haber sido lo más doloroso para María. Seguramente pensaba que era totalmente injusto lo que le pasaba, porque Jesús había entregado su vida para cumplir la voluntad de Dios, sirviendo a los necesitados. Si a cualquiera de nosotras, pensar en los momentos de la crucifixión de Jesús nos arranca lágrimas y nos conmueve profundamente, ¿qué no sería para María, que lo llevó en su seno, lo cuidó como toda madre y lo acompañó desde lejos? Ella nunca dejó de ser su madre, y las comunidades se refieren a ella como *la madre* de Jesús. Para una madre ver a su hijo muerto es motivo de dolor incomparable. María es de esas madres que aman y luchan. Recordemos que ella, según una historia, estaba con otras mujeres bajo la cruz, desafiando el peligro de ser encarcelada por estar cerca de Jesús, considerado indeseable a los ojos del poder dominante, religioso y político: es una mujer valiente que vive y se muestra opuesta a una sociedad ocupada militarmente por fuerzas extranjeras. Estas fuerzas condenarán a su hijo por medio de Pilato y tratarán de acabar con el movimiento de Jesús, el Mesías.

Notas

1. Esto no es criticable en María, lo mismo se puede decir de Santiago, el hermano de Jesús. Casi no sabemos nada de él durante el movimiento de Jesús en Palestina. Fue después de la resurrección cuando alcanzó importancia considerable en la comunidad de Jerusalén, al grado de ser nombrado jefe de la comunidad.
2. Mercedes Navarro-Carmen Bernabé, *Distintas y distinguidas. Mujeres en la Biblia y en la historia* (Madrid: Publicaciones claretianas, 1995), p.95. Para estas autoras el saludo es típicamente relacional.
3. Richard A. Horsley, *Galilee. History, Politics, People* (Valley Forge, Pennsylvania: Trinity Press International, 1995), p.193.
4. Nótese que dice "del Hijo" y no "tu hijo". Ya desde ahora María la madre tiene que saber que Jesús no es propiedad de ella, esto la hará sufrir como a toda madre, cuando Jesús empiece un ministerio a veces incomprensible para ella.
5. Bruce J. Malina-Richard L. Rohrbauch, *Social-Science Commentary on the Synoptic Gospels* (Minneapolis: Fortres Press, 1992), pp. 289-290.
6. Luise Schottroff observa lo *gynocéntrico* de la narración. Se habla de los meses de preñez, de los movimientos del niño, los cuales ocurren alrededor del sexto mes. *Lydia's impatient Sisters. A Feminist Social History of Early Christianity* (Louisville: Westminster John Knox Press, 1995), p.192.
7. Sharon Ringe señala que el cuerpo de Elizabet le enseña "verdades teológicas". *Luke* (Louisville, Westminster John Knox Press, 1995), p.34.
8. Ringe, *Ibid.*
9. Luise Schottroff, *Lydia's...* p.193.
10. La mayoría de los exégetas subrayan que sólo Juan menciona a la madre, sin embargo, en un comentario reciente, se abre la posibilidad de que también esté mencionada en Marcos, considerando los nombres de Jacobo y José, como los hermanos de Jesús e hijos de María. Cp. Robert H. Gundry, *Mark, a Commentary on His Apology for the Cross* (Grand Rapids: William B. Eerdmans Publishing Company, 1993), 977.
11. Cp. Alois Stöger, *El evangelio según san Lucas* (Barcelona: Herder, 1979), p.73.
12. Cp. Sharon Ringe, *Luke*, p.41.
13. Bruce J. Malina-Richard L. Rohrbauch, *op. cit.*, 1992, pp. 299-301.
14. *Ibid.*

Capítulo 2

Marta y María, amigas de Jesús

(Lc 10.38-42; Jn 11.1-57; 12.1-11)

Yo, Lidia, valoro mucho las historias que incluyen a las mujeres. Nosotras siempre hemos estado acompañando el movimiento de Jesús, acá o allá en Palestina, pero cuando cuentan las historias de Jesús, nos excluyen de ellas con mucha facilidad. Por eso, cuando escuchamos sobre algunas mujeres y más aún cuando mencionan su nombre, ponemos atención e imaginamos que su participación tuvo que ser tan importante que no pudieron dejar de mencionarnos¹. No es que se las excluya intencionalmente, sino que la tradición cultural que no permite a las mujeres salir de casa es tan fuerte que se excluía a la mujer y a la madre, de manera natural.

Hay varios relatos sobre Marta y María y sobre su relación con Jesús. Esto indica que en verdad eran grandes discípulas y pertenecían al movimiento de Jesús. Les voy a contar tres historias en las cuales podremos observar los desafíos frente a los papeles impuestos a las mujeres, y también los vínculos fuertes de amistad entre Jesús y ellas. Las historias las cuentan separadamente, pero yo voy a relacionarlas entre sí.

1. ¿Mujeres para la casa?

Marta y María vivían en Betania², una aldea muy cercana a Jerusalén, como a unos tres kilómetros de distancia. La aldea no tenía nada de extraordinario, era insignificante si se la compara con

la rica y moderna ciudad de Jerusalén donde estaban el Templo y el famoso palacio de Herodes, que más tarde ocupó Pilato, el procurador romano que enjuició a Jesús y lo condenó a muerte. Cada vez que oigo las historias, observo que a Jesús no le gustaba mucho ir a Jerusalén. Para sus discípulos y discípulas era una ciudad peligrosa, porque ahí estaban las autoridades judías y romanas que querían apresarlos. Pero, por el contrario, él encontraba refugio en la casa de sus amigas Marta y María y de Lázaro, hermano de aquéllas, y amigo de Jesús. Cuando estaba en peligro, si no iba a casa de sus amigas, iba hacia Samaria, o al otro lado del Jordán (Jn 10.40), o a Efraín, una región cercana al desierto (Jn 11.54). Parece que le gustaba mucho ir a visitar a estas dos amigas y a su hermano Lázaro, entrar en la casa y conversar con ellas y con él de cosas importantes del movimiento. Por cierto, ellas aparecen en las historias más que su hermano Lázaro y son más activas, de acuerdo con las narraciones que he escuchado. Jesús amaba mucho a los tres. Estas mujeres, como ven, no eran de Galilea sino de Judea, así que Jesús también tenía gente de Judea en su movimiento³.

Estoy convencida de que María y Marta eran discípulas seguidoras de Jesús. Esto lo veo, por ejemplo, cuando Jesús las visitaba, se sentaba y empezaba a enseñar, como acostumbraba hacerlo en Galilea con cierto círculo de discípulos y discípulas —porque seguramente también había mujeres entre ellos, aunque no lo hayan dicho—. A María le interesaba mucho todo lo que Jesús decía, pues dejaba de hacer otras cosas de la casa y se sentaba a los pies del Maestro para escucharlo atentamente. Lo mismo que hacía el apóstol Pablo cuando se sentaba a los pies de un maestro muy famoso llamado Gamaliel, según cuentan algunos (Hch 22.3).

Para las mujeres, esto es algo muy nuevo, porque a las mujeres no nos es permitido estudiar, pues no se ve con buenos ojos que hagamos lo que les toca a los varones, según la cultura judía y también la grecorromana. Y allá en Judea, en Jerusalén, era más difícil para las mujeres, pues estaban muy cerca del Templo y de las enseñanzas de los escribas y sacerdotes, que eran más estrictos en la interpretación de las tradiciones. Jesús veía las cosas de manera dife-

rente y en su movimiento dio cabida a las mujeres como líderes. Me cuentan que los galileos eran más libres respecto de los preceptos del templo⁴. Jesús, un galileo, no consideraba tiempo perdido enseñar a María y a Marta. Hasta prefería que las mujeres no se quedaran en sus roles tradicionales de limpiar y ordenar la casa. Yo creo que él las animaba a descubrir espacios que las llenaran de satisfacción y les hicieran sentirse personas con capacidades iguales a las de los varones. A Jesús le gustaba que las mujeres participaran en el movimiento y se beneficiaran de él.

Yo, Lidia, creo que si Jesús pensaba así, era porque nosotras las mujeres tenemos cosas importantes que aportar. Marta, que parece ser la encargada de la casa, la organizadora, a veces tendía a ahogarse en las cosas y detalles del hogar (Lc 10.38-42). Pero Jesús le abrió el horizonte y le mostró un mundo nuevo, amplio, donde podía desplazarse y desplegar sus dones humanos, aprendiendo nuevas cosas, investigando, discutiendo y aportando. María lo había descubierto ya, aunque en la historia la muestran muy calladita, solamente escuchando. Yo creo que en este relato Jesús quería que también Marta participara, y que lo hicieran todas las demás mujeres. Y de hecho, veremos en otra narración que Marta es una gran líder. Esto es lo que a nosotras las mujeres nos hace sentir parte importante del movimiento y de nuestra comunidad particular. No es fácil, porque tenemos que luchar contra la corriente. Pero Jesús le dijo a Marta que esa parte que María eligió no le sería quitada (Lc 10.42). Yo, Lidia, también me apropio de esa promesa y asumo el liderazgo en la comunidad de aquí, de Filipos, que se reúne en mi casa (Hch 16.40). Me parece que las cosas van cambiando poco a poco, porque hasta la manera en que cuentan la historia refleja algo insólito, como por ejemplo, cuando dicen, sin mencionar a Lázaro, que Jesús entró en la casa de ellas, ya que son los hombres los propietarios; o cuando cuentan que Marta lo recibió en su casa, siendo la costumbre que los hombres reciban y acojan a las visitas. Tomo muy en cuenta estas cosas, porque son aspectos que pueden cambiar la visión patriarcal que todos tenemos de nuestro mundo. Aunque, sinceramente, como mujer, me hubiera gustado que entre los tres, Marta, María y Jesús, hubieran hecho

los quehaceres de la casa en ese momento, y si estaba Lázaro, también él, para que todos, después, conversaran sobre el movimiento.

2. La confesión de Marta

Les voy a contar otra historia que habla de estas dos mujeres, Marta y María. En ella se narra la muerte de su hermano Lázaro y cómo Jesús lo resucitó (Jn 11.1-44). Es una hermosa historia. Otra vez las dos mujeres son las protagonistas más importantes. Pero, curiosamente, la que entabla un diálogo profundo con Jesús no es María, sino Marta, aquella que estaba muy atareada en las cosas del hogar, mientras Jesús hablaba en casa con María. Aquí aparece Marta como una mujer sabia y activa. Ella, según la historia, como encargada de la casa, sigue siendo la que recibe a Jesús, pero ahora no en su casa, donde están María y otros judíos conocidos de ellas que llegaron para consolarlas por la muerte de Lázaro. Marta sale a la calle para encontrarse con Jesús. María se queda en casa, atendiendo a las visitas. Como vemos, las tareas de la casa se comparten. Jesús, en esta historia, no entra en la casa, allí donde lloran al muerto: va al sepulcro donde lo habían colocado, a resucitarlo, porque tiene poder para hacerlo, y porque él vino para dar vida.

Dicen que la situación para Jesús era difícil: en Jerusalén lo andaban buscando por todos lados para matarlo. Las autoridades pensaban que acabarían con el movimiento si mataban a su líder y, de este modo, las tropas de los romanos no arrasarían su nación (Jn 11.45-50). Jesús lo sabía y por eso estaba en una región alejada de Jerusalén. Cuando las hermanas le avisaron que su hermano estaba enfermo, Jesús decidió ir a Judea. Los discípulos querían evitar que fuese y le dijeron “¿Rabbí, conqué hace poco los judíos querían apedrearte, y vuelves allí?” (Jn 11.8). Pero Jesús decidió arriesgarse y volver a visitar a sus amigas y darles el regalo de devolver la vida a Lázaro, su hermano. Esta acción de Jesús de dar la vida a un muerto apresurará su encarcelamiento y su condena a muerte, porque muchos creerían en él por esta señal y las autoridades no lo soportarían. Hasta quisieron matar a Lázaro después de que Jesús lo resucitó (Jn 12.10).

Cuando Jesús llegó a Betania, Marta se fue a encontrarlo en el camino, y allí, los dos, frente a los discípulos, conversaron de cosas muy profundas. Dialogaron sobre la resurrección, la vida eterna, la fe en Jesús que da vida para siempre, aunque uno muera físicamente, y otros temas. Marta seguramente hacía preguntas y Jesús respondía. Marta explicaba lo que había aprendido antes y Jesús la corregía y le mostraba maneras diferentes de ver las cosas misteriosas y profundas de Dios. En medio de ese diálogo entre dos amigos, que a la vez eran Maestro y alumna, Jesús le dice a propósito de la muerte de Lázaro: “Yo soy la resurrección. El que cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás”, y luego le hace una pregunta fundamental: “¿Crees esto?” le dice, y ella le contesta con gran fe y seguridad: “Sí, Señor, yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que iba a venir al mundo” (Jn 11.27). Esta es la confesión de Marta. Yo creo que al proclamar la fe en Jesús como Mesías, Marta estaba contraponiendo el poder de Jesús que da vida al poder patriarcal controlador. Al mismo tiempo, al ser la confesión su propia palabra, ella asumía la propuesta del movimiento de Jesús como alternativa a ese poder⁵.

La confesión de Marta se ha olvidado muchas veces. Más se recuerda la de Pedro (Mt 16.16) que la de Marta, a pesar de que la de Marta es mucho más elocuente⁶. Yo creo que se recuerda la de Pedro sólo porque es varón: prejuicios de la cultura que debemos combatir.

Marta y María son de esas mujeres valientes que aman y desafían. La situación en que se movían era delicada. Adherirse al movimiento de Jesús, viviendo en Judea y cerca de Jerusalén, era riesgoso. Son muchas las cosas nuevas que Jesús proponía respecto a la cultura y las tradiciones religiosas y sociales, y eran muchas las mujeres y hombres que se unían al movimiento porque estaban descontentos con la situación y querían cambios. Nada de esto era bien visto por las autoridades judías y romanas. Por eso, ellas tenían que andar con cautela. Cuando Marta, después de conversar con Jesús, vino a buscar a María para que fuera también a verlo y

para que oyera las palabras de vida que Jesús había compartido con ella, al llegar a la casa donde estaba María sentada en el suelo⁷ con los demás judíos conocidos que habían llegado para consolarlas, le dijo al oído que Jesús había llegado. Se lo dijo al oído y no en voz alta, porque sabía de la hostilidad que había hacia Jesús entre la gente del lugar⁸. Entonces María salió de la casa y no dijo a dónde iba; la gente pensaba que iba a llorar al sepulcro (Jn 11.28-31), pero ella iba a encontrar a Jesús. Tal vez tenía fe en que Jesús haría algo milagroso por su hermano.

La amistad profunda que había entre Jesús y esta familia es un aspecto que me llama mucho la atención: me hace ver que el movimiento de Jesús no es un movimiento que sólo busca cambiar el orden de las cosas, que se afana y angustia por la difícil situación económica y política. No sólo pasan trabajando todo el tiempo, enseñando y haciendo curaciones y milagros: también toman su tiempo para relacionarse entre sí con afecto y ternura. Lo observo aquí, en la casa de Marta y María, y también era seguramente así cuando tenían las comidas entre ellos, en las cuales todos y todas participaban⁹.

3. La amistad entre ellas y Jesús

Por la manera en que se narran las historias me doy cuenta de que Jesús las amaba mucho a ellas y amaba mucho a Lázaro. En una de las historias que conté arriba (Lc 10.38-42), Jesús entra en la casa como un miembro más de la familia; se siente a gusto en ese espacio de ellas. Toma asiento, conversa con María que lo escucha atentamente, mientras Marta, trabajando todo el tiempo en los quehaceres de la casa, le reclama para que no le quite el tiempo a su hermana, a fin de que ella también la ayude en sus tareas domésticas, porque tiene mucho trabajo. Y Jesús, en tono cariñoso le dice¹⁰ “¡Marta, Marta!”, y le aconseja, a fin de que también ella aproveche ese espacio de aprendizaje, que a nosotras las mujeres siempre se nos quiere quitar. En esa escena se percibe una atmósfera de amistad. Yo, Lidia, que soy vendedora de púrpura, líder de

la comunidad cristiana y jefa de mi casa, me siento a veces como Marta, atareada y angustiada. Me olvido de mí misma y creo, como Marta, que no podré con todo. Pero al recordar esta historia, tomo las cosas con más calma y empiezo a hacer lo que está a mi alcance, dando importancia a aquello que más me realice como mujer, como persona digna. Este es un consejo muy bueno que Jesús nos da a todas las mujeres por medio de la historia de Marta y María.

Muchas veces se interpreta esta historia (Lc 10.38-42) como si hubiera ocurrido para que, al escucharla, establezcamos una división entre la oración o el estar con Jesús, y la práctica cotidiana. Pero no es así: en esta historia la enseñanza más profunda es aquella en la cual Jesús da cabida a las mujeres en el ministerio, igual que a los varones.

Cuando mejor se aprecia la profunda amistad que Jesús tenía con Marta, María y con su hermano Lázaro, es cuando éste muere. Esa historia es muy emotiva. Repite varias veces que Jesús los amaba (Jn 11.5), y también menciona que él se conmueve dos veces (Jn 11.33-38) y cuenta que hasta derramó lágrimas por Lázaro (Jn 11.35), aun sabiendo que lo iba a resucitar. Es que Jesús se conmueve con nuestro dolor humano y viendo llorar a las amigas y conocidos de la casa que habían llegado para consolar a las hermanas, no se puede aguantar y llora también por su amigo Lázaro. Hasta los judíos, que no amaban a Jesús, dijeron: “Mirad cómo le quería” (Jn 11.36). Debemos tener presente en nuestras vidas que Jesús, como líder del movimiento, ama con intensidad a sus compañeros, mujeres y hombres; así también, nosotras y nosotros hemos de amar a los miembros de las comunidades del movimiento de Jesús, sin importar su estatus, cultura o género: ante la fe en Cristo todos y todas somos iguales (Gl 3.28).

Asimismo, era inmenso el amor que estas mujeres manifestaban por Jesús y él lo sabía. Una vez, ya cerca de la Pascua, poco antes de que lo condenaran a muerte y lo crucificaran, la familia amiga de Betania le ofreció una gran cena (Jn 12.1-11). Jesús llegó acompañado por algunos de sus discípulos. Me imagino que todos

estarían felices porque en la comida también estaba Lázaro, el hermano resucitado. Marta, que parece ser la jefa de la casa, servía mientras María manifestó de una manera muy particular el amor que sentía por Jesús: echó perfume de nardo en los pies del Maestro y los secó con sus propios cabellos. Ésta fue una muestra muy grande de amor, que trascendía la costumbre de lavar, como muestra de hospitalidad, los pies a las visitas: ella los lava con un perfume caro, de nardo puro, y los seca con sus largos cabellos.

Al instante se perfumó toda la casa. Jesús presentía que pronto lo iban a matar, por eso para él ese gesto era una de las más valiosas muestras de amor que un discípulo o discípula podía hacerle. Ella se lo hizo a su amigo y maestro, presintiendo, sin duda, que pronto lo perdería. Judas Iscariote, a quien no le gustó el gesto de María, lo tomó como un derroche inútil y lo criticó. Jesús defendió a María e impidió que se le quitara el placer de lavarle los pies como ella quería. Además, Jesús vio, más allá del acto simple de lavar sus pies con perfume, un anticipo simbólico del embalsamamiento de su cuerpo para la sepultura, como es nuestra costumbre. La historia termina diciendo que los sumos sacerdotes querían matar, no sólo a Jesús, sino también a Lázaro (Jn 12.10). Jesús permitió que su discípula y amiga María tocara su cuerpo una última vez, sellando así una amistad ininterrumpida, entre el Jesús que vivió en Palestina y el Jesús resucitado. Más tarde, Jesús, imitando a María, lavó los pies de un discípulo para mostrarles que sus seguidores deben ser siempre servidores de los demás. Y ésta es una característica del movimiento de Jesús, constituido para servir y no para ser servido.

No entendemos cómo fue posible que las autoridades de la iglesia cristiana en Jerusalén, los notables, como los llaman, se hubieran olvidado de Marta y María¹¹ como personajes protagonistas. Ni acá en Filipos ni en las otras provincias del imperio fuera de Jerusalén, sabemos qué sucedió con ellas. Sólo escuchamos acerca de Santiago, Juan y Pedro, además de Pablo, que fue fundador de nuestra comunidad. Esto no debió haber sido así.

Notas

1. Sharon Ringe hace notar que la mención de Marta y María en dos evangelios que vienen de diferentes fuentes "testifica la prominencia de estas mujeres en la tradición cristiana, especialmente por el hecho de tantos nombres dados de mujeres que permanecen sin nombre o que son identificadas solo por el nombre del esposo o del padre". *Luke*, (Louisville, Westminster John Knox Press, 1995). p.161.
2. Lucas no menciona el nombre pero Juan sí, dos veces.
3. Zaqueo es de Jericó, que está en Judea.
4. Richard A. Horsley, *Galilee, History, Politics, People* (Valley Forge, Pennsylvania: Trinity Press International, 1995), p. 277. Para este autor, las instituciones y tradiciones de Jerusalén significaban un gobierno lejano para Galilea, pues cuando éstas se desarrollaron, estaba bajo la administración de una provincia imperial diferente.
5. Así lo describe Mercedes López en *A Confissão de Marta. Uma leitura a partir de uma óptica de género* (Sao Paulo: Paulinas, 1996), p.67.
6. Según Elisabeth Moltmann-Wandel, tal vez Marta ha sido olvidada porque causaba ansiedad a sus contemporáneos. Era una mujer líder, apóstol, agresiva, sabia, e iba contra todas las convenciones. Ella está a la par de Pedro. Cp. *The Women around Jesus* (New York: Crossroad, 1982) p.26.
7. Las mujeres se sientan en el suelo durante el duelo. Cp. Raymond Brown, *El Evangelio según Juan*, I-XII (New York: Doubleday & Company, Inc., 1979), p. 677.
8. J. Mateos, J. Barreto, *El Evangelio de Juan* (Madrid: Cristiandad, 1982) p.506.
9. Para Suzanne Tunc convivir con Jesús en el movimiento supone participar de las comidas, *También las mujeres seguían a Jesús* (Santander, España: Sal Terrae, 1999), p. 61s.
10. Según Alois Stöger la repetición del nombre indica simpatía, solicitud y amor, *El evangelio según san Lucas*, Op. Cit., p. 314.
11. Hay algunos que piensan que estas dos mujeres son figuras que representan dos tipos de comunidades de iglesias, las llamadas domésticas, representadas por Marta, que se dedican a acoger, a poner orden en los conflictos, a buscar la unidad y a presidir las reuniones de oración, y la otra, las llamadas iglesias misioneras, que tiene que ver con los profetas portadores de la palabra de Dios, después de haberla escuchado y meditado. Si esto es así, para las mujeres es algo muy significativo porque se está afirmando que desde los orígenes del cristianismo las mujeres eran seguidoras de Jesús y compartían funciones muy importantes. Cp. Suzanne Tunc, *Op. Cit.*, p. 44.

Capítulo 3

La mujer que, a pesar de la ley, no fue apedreada

(Jn 8.1-12)

Yo, Lidia, voy a contarles otra historia sorprendente: ¡unos hombres no apedrearón a una adúltera, como lo pide la ley de Moisés! Tal vez ustedes se preguntarán cómo es posible esto, si hasta aquí en Filipos, según la ley romana, los padres o esposos pueden matar a los adúlteros sorprendidos en el hecho, sin ningún juicio previo.

Pues bien, esta historia ocurrió tal vez durante la semana en que Jesús iba a ser condenado a muerte. Él estaba en Jerusalén. De día enseñaba en el Templo y de noche se iba para el monte de los Olivos (Lc 21.37-38)¹. La situación para Jesús y su movimiento era tensa. Su práctica, que para nosotros es simplemente de justicia y de misericordia, para las autoridades de Jerusalén era de total irreverencia hacia la ley y hacia las costumbres culturales. Además, como mucha gente marginada lo buscaba para escucharlo o para ser sanada y otra se unía a su movimiento y lo seguía, Jesús se estaba convirtiendo en una amenaza a los ojos de los romanos, que son la fuerza de ocupación militar, política y económica de ese país (Jn 11.47-48).

Como ya lo dije, en estos tiempos no hay tranquilidad en Palestina; no la había cuando vivía Jesús en Galilea ni la hay ahora. Han surgido varios movimientos que acogen las esperanzas del

pueblo. Y es que la historia israelita habla de un Dios liberador que liberó a su pueblo de la esclavitud cuando los ancestros de Jesús vivían sometidos en Egipto (Ex 3.9-10). Para nosotras las cristianas que vivimos fuera de Palestina, Jesucristo es el Hijo de Dios, y ese Dios, su Padre, es el mismo que libró al pueblo de Egipto. Así que en esos días en que ocurrió lo que podríamos llamar el juicio de una adúltera, Jesús se encontraba en una situación muy delicada. Los escribas y fariseos buscaban la manera de tomarlo preso legalmente, y sólo podían hacerlo a través de alguna afirmación o enseñanza que para ellos era falsa y contraria al sistema legal de Moisés. Por eso, Jesús dejaba la ciudad por la noche y se iba al Monte de los Olivos, el que está a la par del valle del Cedrón.

1. La crueldad de las leyes

Nuestras leyes contra el adulterio son muy severas, especialmente contra la mujer. Yo veo que en casi todas las culturas la ley se aplica más duramente contra las mujeres. El problema nuestro aquí en las provincias romanas y también en Palestina es que las mujeres somos consideradas propiedad privada del varón, sea éste nuestro padre o nuestro esposo. Cuando nuestros padres arreglan el matrimonio y nos comprometen con un varón de determinada familia, o cuando nos casamos, es como si pasáramos a ser propiedad de otro varón. Entonces, cuando se comete adulterio, se viola tal propiedad privada. No es que nuestro esposo se ponga celoso por la infidelidad, sino que, de acuerdo con nuestra cultura, su propiedad no ha sido respetada ni por nosotras las mujeres ni por el varón que comete adulterio. Esto se ve muy claramente en el decálogo que dice "No codiciarás la casa de tu prójimo, ni la mujer de tu prójimo, ni su sierva ni su siervo, ni su buey ni su asno ni nada que sea de tu prójimo" (Ex 20.17). Aquí las mujeres somos un objeto que pertenece al marido. Yo estoy en contra del adulterio, pero no me gusta esto de que las mujeres no seamos consideradas personas.

Para entender mejor la historia, les voy a contar algo de nuestras leyes. El sistema legal en Jerusalén se rige por el de Moisés,

¿Ley de Moisés = ley de D?

siempre y cuando no entre en contradicción con la ley romana. El adulterio (Lv 20.10; Dt 22.22-24) y la blasfemia (Lv 24.14-16) son castigados con la pena de muerte, la cual se cumple por lapidación o por estrangulamiento. La lapidación o el morir apedreado es un castigo muy cruel, pues se sufre mucho al morir lentamente. Parece que en esos días en Palestina había una fuerte discusión sobre el tipo de muerte que debían recibir los adúlteros, si por estrangulamiento, que es menos cruel que la lapidación, o por lapidación. Los judíos no se ponían de acuerdo sobre el tema, todavía².

Aquí en Filipos, se aplica la ley romana. Yo creo que ésta es peor, porque prescribe que si el padre sorprende a su hija en adulterio, en su casa o en la casa de su yerno, puede matarlos inmediatamente a ella y al hombre adúltero³. La ley de Moisés es igualmente cruel, pero por lo menos en ella, para la lapidación, se necesita que dos testigos hayan sorprendido a los adúlteros en el hecho, y después se investigue a fondo para comprobar si la acusación es verdadera. Cuando se condena a muerte por lapidación, la responsabilidad del resultado del juicio –culpabilidad o inocencia– recae sobre los testigos, que son los primeros que tiran la piedra; luego todo el pueblo apedreará a la culpable⁴.

2. Jesús no apedreó a la mujer adúltera

La historia comienza diciendo que Jesús se fue al Monte de los Olivos y que muy temprano por la mañana se vino al Templo. Cuenta también que todo el pueblo acudía a él, entonces se sentó y se puso a enseñarles. Sentarse y enseñar implica tener autoridad. La historia inicia así porque quiere mostrarnos la autoridad especial de Jesús, que no se apega a la autoridad escrita, como los escribas y fariseos, sino que viene de sí mismo, de lo alto, según se dice.

Cuando estaba enseñando, lo interrumpieron los escribas y fariseos. Ellos llevaban a una mujer que había sido sorprendida en adulterio y la pusieron en medio de todos. La historia no dice nada de la situación de esa mujer, no cuenta si era casada o compro-

metida. Tal vez era comprometida, porque la lapidación es castigo muy claro para las muchachas comprometidas en matrimonio. Respecto de la mujer casada, no se especifica en la ley, y en este caso, cuando no se especifica la clase de muerte, ésta se cumplía por estrangulamiento. Aunque esto es confuso, porque generalmente se ha aplicado la pena de lapidación para toda mujer adúltera⁵.

La historia tampoco dice nada sobre los sentimientos de la mujer, pero yo, como mujer, pienso que estaba viviendo una situación espantosa. Si era verdad que estuvo cometiendo adulterio —porque a veces los esposos ponen trampas cuando quieren deshacerse de su esposa— su vida habría terminado, aun cuando no hubiera sido condenada a muerte. Tenemos que cuidar mucho la reputación de una mujer en nuestros días, para no caer en sospecha y arriesgarnos a ser merecedoras del abandono o la muerte. Los padres pasan preocupados día y noche por la reputación de sus hijas desde que son niñas. Bien. Según la historia, ellos, los fariseos y escribas, llegaron y pusieron a la mujer en medio como para que todos la vieran y la juzgaran. La historia menciona que sólo llevaron a la mujer, cuando debían haber llevado a los dos (Lv 20.10). La historia no dice qué pasó con el hombre. Tal vez se escapó, pues la ley afirma claramente que los dos son quienes cometen adulterio y el castigo deben recibirlo ambos. He oído de casos en que a veces ellos escapan o sobornan, o son parte de un trato arreglado con el esposo. En realidad, se cometen muchas injusticias en estos casos. No es que las mujeres nunca sean culpables, pero hay muchas injusticias detrás de todo esto, sólo porque, como mujeres, no contamos como personas. Los escribas y los fariseos pusieron, pues, a la mujer en medio, y de hecho, ella será el centro de la historia hasta el final.

Entonces ellos le dijeron: “Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante adulterio. Moisés nos mandó en la Ley apedrear a estas mujeres ¿tú qué dices?” (Jn 8.4-5). Parece que los fariseos y escribas le estaban preguntando sobre el tipo de muerte que debía sufrir la mujer —considerada ya culpable por haber sido sorprendida en adulterio— si por estrangulamiento o por lapida-

ción. No aparecieron los dos testigos: tal vez ella ya había sido juzgada en el Sanedrín como lo indica la ley, y había sido considerada culpable. Así que se le presentó a Jesús el problema de la condena a muerte pues, como lo dije, en aquel tiempo había una fuerte discusión respecto de la pena capital por lapidación. Alguien me comentó que los fariseos querían reducir al mínimo la condena a este tipo de muerte: qué bueno, pues yo no estoy de acuerdo con las penas capitales, menos con la pena de lapidación.

Ahora bien, para la situación de peligro, de vida y muerte que estaba viviendo Jesús, la pregunta era difícil y comprometedor. Fue hecha de mala fe, con la intención de tener algo de qué acusarlo (Jn 8.6). Querían juzgar a Jesús culpable de algo, como lo habían hecho ya con la mujer. Jesús y la mujer estaban en peligro de muerte por el mismo sistema legal, aunque por motivos diferentes. Si Jesús decía algo que pudiera interpretarse como blasfemia, también merecería la pena de lapidación, de acuerdo con la ley judía, como la sufrió Esteban (Hch 7). Pero en esos años sólo la ley de Roma podía condenar a muerte, y esa misma ley prohibía hacerlo a los judíos⁶, y como en este caso se trataba de la pena capital, la situación de Jesús era doblemente peligrosa: estaba acorralado. Cualquier respuesta suya podía ser fatal. Si aprobaba la lapidación, actuaba en contra de la ley romana y en contra de sí mismo, que siempre había sido misericordioso. Si se pronunciaba contra la lapidación se hallaba en contra de la ley de Moisés, acto grave para los doctores de la ley. Me imagino que todos los oídos estaban atentos a lo que Jesús dijera, pero él no dijo nada: era muy inteligente y entendía la situación. Sólo se inclinó y escribió⁷ con el dedo en la tierra.

Cuando yo pregunto qué escribió, por qué o qué significa esto (Jn 8.6-8), nadie sabe contestarme. Es un enigma⁸. Algunos piensan, basándose en algo que dijo el profeta Jeremías (Jer 17.13), que estaba escribiendo la culpabilidad o los pecados de la gente que acusaba a la mujer. Otros contestan que tal vez lo hacía en referencia a la manera romana de escribir primero la condena, y luego leerla en público. Otros que, simplemente, su escritura fue un

acto rutinario de alguien que se mostraba distraído, como ocurre muchas veces. Yo no creo nada de esto; Jesús se desenvolvía en un ambiente judío, no tenía en mente los protocolos de la ley romana; tampoco creo que estuviera pensando en una cita de Jeremías ni que estuviera distraído: la situación era tensa. De todas maneras, este es un enigma y el hecho de que la historia lo repita dos veces, lo vuelve más intrigante. A veces pienso que habría podido ser una manera de escribir la ley, subrayando indirectamente la importancia de la flexibilidad; no se trata de una ley escrita en una piedra, inflexible, por la cual se es capaz de apedrear y matar. La ley escrita en tierra es como una ley que toma en cuenta compasivamente todos los elementos de una situación antes de proclamar la condena. Es como la ley escrita en los corazones que se hace a conciencia, y toma en cuenta la vida concreta de los seres humanos. No hay esclavitud en una ley escrita en el polvo. Yo, Lidia, creo que es importante que haya leyes, pero que éstas sean justas y humanas.

Sigamos con la historia: Jesús no se pronunciaba sobre el caso, tal vez porque no quería o porque estaba pensando qué contestar de manera inteligente. Pero como insistieran, se levantó y les devolvió la pregunta, dejando la ejecución como responsabilidad de cada quien. Dijo: "Aquel de vosotros que esté sin pecado, arroje la primera piedra" (Jn 8.7). Esta sentencia es genial, sabe que la lapidación es imposible porque todos somos pecadores. De esa manera salvó a la mujer de la lapidación y se salvó a sí mismo del aprieto en que lo pusieron los que querían aprehenderlo.

Para las mujeres, esta sentencia es muy importante, pues somos juzgadas y discriminadas por cualquier cosa, por gente que no ve sus propias faltas, tantas veces mucho mayores. Ya lo había dicho Jesús: "la paja ves en el ojo ajeno, mas la viga jamás ves en el tuyo" (Mt 7.3; Lc 6.41).

Nadie se atrevió a lanzar esa primera piedra. La responsabilidad de matar a alguien es mucha cuando no se sigue ciegamente la ley. Yo veo que muchas veces seguir la ley esconde la culpabilidad personal y legaliza los asesinatos, como el de Jesús en la cruz, que se hizo con la legalidad necesaria. Cada uno de los presentes,

desde los ancianos hasta los jóvenes, se miraron en un espejo a través de la mujer; Jesús logró que vieran su propia condición. Nadie era inocente, nadie tenía derecho a matar a otra persona, que tampoco era inocente.

Todos se fueron, dice la historia, empezando por los ancianos que tenían más recorrido en la vida. Parece que Jesús hizo que todos se sintieran culpables.

La historia termina con un diálogo entre Jesús y la mujer. Todos se fueron, pero ella siguió de pie en medio, no escapó, aunque pudo haberlo hecho al no ser apedreada. Se quedó allí, esperando un segundo juicio, el de Jesús, nuestro líder que anuncia el reino de Dios y ofrece vida abundante. Jesús conversó con ella y le hizo ver que habían desaparecido los que la condenaban. Cuando él le preguntó: "Mujer, ¿dónde están los que te condenaban? ¿Ninguno te condenó?" Ella repitió "Ninguno, Señor". Jesús le contestó "Tampoco yo te condeno, vete y de ahora en adelante no peques más" (Jn 8.10-11). Jesús la perdonó. Él pudo haber sido el único con derecho a lapidarla de acuerdo con la ley y con su propuesta de que sólo el que fuese libre de pecado lanzara la primera piedra. Pero él estaba en contra de esa pena de muerte; prefirió ofrecerle una oportunidad para que rectificara y viviera una vida honesta y digna frente a la comunidad. Curiosamente, Jesús no esperó a que pidiera perdón y se arrepintiera, como muchas veces se nos exige, sino que la perdonó con la plena confianza de que el perdón le haría cambiar de vida.

Permítanme decirles que esta historia no es muy popular aquí, en las comunidades cristianas. Los líderes varones no la cuentan mucho y la esconden⁹. No saben qué hacer con ella, pues piensan que Jesús perdonó muy fácilmente a esta mujer. Para mí, esta historia es una de las más importantes, no sólo porque Jesús se puso del lado de la mujer, la perdonó y le dio una nueva oportunidad de vida, sino porque él, en mi opinión, se pronuncia en contra del sistema legal, injusto y discriminatorio. La mujer sabía que era digna de una condena por adulterio, pues según la historia, la mujer era adúltera y Jesús lo creía. Lo que era y es injusto es el sistema

legal que condena a la muerte horrenda de la lapidación. Lo que también es injusto es que sea sólo a la mujer, en este caso, o que la ley se preste para ser manipulada por quienes buscan deshacerse de sus esposas o prometidas. En esta historia, Jesús está en contra de ese sistema legal injusto¹⁰.

La mujer adúltera de esta historia desafía de manera diferente a como lo hacen las mujeres de las historias anteriormente contadas. Ella nos desafía a todos y a todas a vernos a nosotros mismos como en un espejo, y a no condenar con facilidad a los demás.

Notas

1. La mayoría de los eruditos piensan que originalmente esta historia no pertenecía al evangelio de Juan; de hecho el vocabulario es totalmente diferente al de Juan. Además, no aparece en los manuscritos más antiguos e importantes del evangelio. La historia encaja perfectamente en los sinópticos, especialmente en Lucas.
2. Cp. Xavier Léon-Dufour, *Lectura del evangelio de Juan*, (Salamanca: Sígueme 1992), p. 247.
3. Hay diferentes castigos, dependiendo de las circunstancias. Los padres pueden matar a su hija y al adúltero sólo si los encuentra *in fraganti* en su casa o en la casa de su yerno; el esposo también puede hacerlo bajo ciertas circunstancias. Un castigo común, especialmente para las mujeres de la sociedad alta, era el exilio y la confiscación de la propiedad. *Mary R. Lefkowitz and Maureen B. Fant, Women's Life in Greece and Rome* (Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1992), p.102.
4. En el caso de Susana, que aparece en las adiciones griegas añadidas a Daniel, en Dn. 13, se muestra este proceso, y también la posibilidad de falsos testigos. Los ancianos jueces inventan el adulterio porque ella no consintió en tener relaciones sexuales con ellos. En Dt. 17.2-7 se habla del proceso para los blasfemos.
5. Así se observa en Ez 16.38-40.
6. Esto fue por el año 30 E.C. Cp. Rymond E. Brown, *El Evangelio según Juan I-XII*, *Op. Cit.*, p. 573.
7. La palabra griega significa "dibujar", "hacer trazos o signos" o "escribir".
8. Las interpretaciones que comparte Lidia son las interpretaciones de algunos comentarios actuales. La que Lidia propone al final es mi propuesta.
9. La historia del texto, aun cuando es bastante antigua, no fue reconocida sino hasta muy tarde. Era muy difícil para las comunidades aceptar el perdón de Jesús a una adúltera. Para los líderes, el adulterio era inaceptable en los bautizados, podían ser excluidos de la comunidad y hasta del amor de Dios. Xavier León-Dufour, *Op. Cit.*, p.247.
10. Para Luise Schottroff, un aspecto importante poco visto en este relato es la crítica a la brutalidad del patriarcalismo contra la vida de las mujeres a través de su poder para regular su sexualidad. En la historia, el adulterio es pecado, pero no un pecado que merece la pena capital. *Lydia's Impatient Sisters. A Feminist social History of Early Christianity* (Louisville: Westminster John Knox Press, 1995), p.185.

PARTE II

Mujeres anónimas que luchan y resisten

A mí, Lidia, me ha llamado la atención una versión muy particular que cita los nombres de las mujeres que estaban cerca de la cruz de Jesús de Nazaret. Ya dije que en nuestros tiempos hay que ser muy valiente para estar cerca de un crucificado, y que las historias varían sobre los nombres de estas mujeres. Para mí lo más importante es saber que eran mujeres, y que nos dan un ejemplo muy grande de valentía. Pero me causa curiosidad que en una de las historias de Jesús crucificado se mencione a una tía de Jesús, es decir a la hermana de María¹, y a otra María, mujer de Cleofas. Nunca he escuchado hablar de estas mujeres. Ellas están totalmente ausentes de todas las historias que se cuentan sobre Jesús de Nazaret². Como por experiencia propia yo sé que las mujeres no somos tomadas en cuenta en las historias, a menos que alcancemos una gran fama imposible de borrar, no me parece raro que Jesús haya tenido una tía que también era parte del movimiento y que haya venido de Galilea a Jerusalén con las otras mujeres.

Me hubiera gustado saber más de estas dos mujeres. Saber, por ejemplo, qué las motivó a participar en el movimiento de Jesús, y qué las llevó a estar tan cerca del mismo líder que lo siguieron hasta en el momento de su muerte. ¿Sería que la tía sólo vino para acompañar a su hermana María, la madre de Jesús arriesgando su vida, o sería también porque ella, así como la otra María, esposa de Cleofas, querían solidarizarse con Jesús, su líder, condenado a la muerte de cruz por los romanos?

Las historias callan sobre la existencia de la tía de Jesús, no narran sobre ella absolutamente nada. Pero tampoco narran mucho sobre sus hermanos, a pesar de que uno de ellos, Santiago, llegó a ser el jefe de la iglesia de Jerusalén después de la resurrección de Jesús. Las historias callan respecto de María, la mujer de Cleo-

fas, pero tampoco dicen mucho del mismo Cleofas. Así que yo creo que se trata de dos mujeres de carne y hueso, muy cercanas al movimiento de Jesús.

Como ellas, hay muchas mujeres de la vida diaria que pasan inadvertidas, pero que son ejemplo de lucha y resistencia continuas. De ellas aprendemos mucho y son dignas de ser mencionadas cada vez que tenemos la oportunidad de hacerlo. Ahora voy a hablar de este tipo de mujeres.

Notas

1. Sobre el problema de los nombres y el número de mujeres véase la Introducción.
2. Éste es el único lugar donde se menciona la tía de Jesús. No se sabe absolutamente nada de ella ni de la mujer de Cleofas. Hay un Cleofas que aparece conversando con otro compañero en el camino de Emaús (Lc. 24.18), pero no se sabe si es el esposo de esta mujer que aparece en Jn. 19:25.

Capítulo 4

Mujeres en dos parábolas

1. La viuda que luchó hasta que se le hizo justicia (Lc 18.1-8)

Yo, Lidia, les he contado hasta aquí historias reales sobre mujeres. Pero he escuchado también parábolas contadas por Jesús cuyas protagonistas son mujeres. Para mí, estas mujeres son muy reales también, pues una parábola siempre toma ejemplos de la vida cotidiana para ofrecer una enseñanza.

Esta parábola trata de la lucha y resistencia de una mujer pobre y viuda. Cada vez que escucho la historia de esa viuda, me animo a seguir resistiendo en este contexto en el cual vivo. La resistencia es imprescindible para nosotras las mujeres que no nos conformamos con la vida sometida que llevamos, llena de obstáculos para realizarnos como personas. Muchas de las historias de mujeres que yo encuentro en las escrituras están marcadas por la resistencia y la perseverancia. Cuando resistimos y luchamos sin desfallecer contra cualquier ofensa que se nos hace, logramos lo que buscamos.

Jesús contó la parábola de la viuda obstinada, con la intención de que sus seguidores perseveraran en la oración y lucharan contra la injusticia mientras llegaba el reino de Dios.¹ Siempre que cuentan la parábola ponen énfasis en la importancia de orar sin cesar y al terminar la parábola Jesús les asegura que Dios les hará justicia.

Dice la parábola que había un juez en una ciudad. No dice en qué ciudad, pero aquí todas las ciudades son muy parecidas, son diferentes del campo. En las ciudades hay muchas atracciones y también mucha perversión, atracos, pleitos, inmoralidades, injusticias y falta de solidaridad. Se sabe bien que hay autoridades de las ciudades que frecuentemente son corruptas, pues buscan su propio interés y aspiran a ser alabados por el pueblo. Frecuentemente se alían entre sí los jueces, los sacerdotes, los gobernadores, los jefes militares y los más ricos. Pero esto no es nuevo: en los profetas leemos las críticas que ellos hacen a los reyes, jueces, sacerdotes y profetas falsos de Israel y Judá. No es que no haya gente buena, pero abundan los corruptos. Parece que donde hay dinero y poder hay corrupción.

La historia de la parábola especifica que ese juez era malo, no temía a Dios ni respetaba a los seres humanos. Yo creo que esta clase de jueces abunda en todas partes. La insistencia con que las escrituras piden que se haga justicia a la viuda y al huérfano se explica porque generalmente se prefería escuchar a la gente que tenía poder, prestigio y dinero y no se hacía justicia al pobre². La historia insiste dos veces en que este juez no respetaba a nadie, tampoco a Dios (Lc 18.2-4). Señala a Dios y a los seres humanos porque los dos van juntos: respetar a nuestro prójimo es temer a Dios, y al revés, oprimir al débil es ultrajar a Dios; así dicen las escrituras (Pr 14.31)³.

También en esa ciudad, continúa la parábola, había una viuda que acudía constantemente a él como juez, solicitándole que le hiciera justicia. Tenemos en la historia dos personajes opuestos entre sí en todo sentido, que viven en la misma ciudad, y no podía ser de otra manera: las ciudades están llenas de contrastes, muchos viven a expensas de otros, como aquí en Filipos⁴. La injusticia aquí es estructural. Yo me doy cuenta de todo esto porque soy vendedora de púrpura y me relaciono con todo tipo de gente. Las mujeres tenemos que ser muy astutas para que no se aprovechen de nosotras.

Decía que la manera de ser de la viuda era totalmente opuesta a la del juez. Ella era una mujer pobre, viuda, es decir indefen-

sa. Además, tenía un caso legal pendiente contra alguien que le hizo algo malo. Al leer su historia recuerdo a muchas mujeres de hoy en nuestras ciudades grecorromanas, pero también a mujeres de tiempos muy antiguos. La viuda, el huérfano y el extranjero son en la cultura judía las personas más desvalidas, sus derechos les son negados y sufren frecuentes atropellos. Por esto encontramos la repetición de varias leyes a su favor, por ejemplo, una que dice así: "No maltratarás al forastero, ni lo oprimirás, pues forasteros fuisteis vosotros en el país de Egipto. No vejarás a viuda alguna ni al huérfano" (Ex 22.21-22).

Para mí está muy claro que el problema de las viudas tiene que ver con nuestro sistema patriarcal. Las mujeres pertenecemos a los hombres como si fuéramos una cosa, y no se nos dan derechos para decidir sobre nosotras mismas. Se espera que nos defiendan el padre, el marido o nuestro hijo mayor. Entonces, cuando quedamos viudas no se nos hace caso si no nos defiende un varón. Esto me da mucha rabia. Yo soy muy crítica de las culturas que oprimen a las mujeres, busco ser fiel a la tradición religiosa judeocristiana cuando veo que Dios defiende a los desvalidos. Como forastera y mujer aquí en Filipos, me encanta escuchar en la sinagoga la lectura que dice que nuestro Dios no admite sobornos, hace justicia al huérfano y a la viuda, ama al forastero y le da pan y vestido (Dt 10.18).

La parábola no aclara cuál era la injusticia que se había cometido contra la viuda. A veces se dice en la vida real que a las viudas les quitan violentamente sus casas (Lc 20.47). Sé de casos de viudas judías que van al juez para reclamar su derecho de Levirato, es decir el derecho de casarse con el hermano de su marido muerto, para darle hijos en su nombre.⁵ Nosotros no sabemos por qué la viuda de la parábola va al juez, pero seguramente tenía que ser algo muy importante para su supervivencia, pues insiste incansablemente en que se escuche su petición.

El punto de esta parábola que yo, Lidia, quiero resaltar, es la obstinación de la viuda. Dice la historia que ella iba constantemente donde el juez y le decía "Hazme justicia contra mi adversario" (Lc

18.3). La viuda estaba, simplemente, reclamando su derecho. Lo hacía recurriendo a los tribunales y parece que no le quedaba otra manera de lograr la justicia, porque volvía y volvía al juez. El juez, encargado de hacer justicia, no hacía lo que debía hacer. Me imagino que la situación de la mujer era desesperada, porque es muy molesto estar yendo a los tribunales todo el tiempo, pudiendo hacer otra cosa. Ella estaba segura de su derecho y no estaba dispuesta a dar su brazo a torcer y aceptar la opresión de la cual estaba siendo víctima. Yo conozco los tribunales de las ciudades helenistas, son deprimentes para los pobres y esclavos, aquí no es raro que los que tienen poder ganen⁶. Una sale amargada de estas idas y venidas a los tribunales. Me imagino que los tribunales no romanos han de ser parecidos, pues, por ejemplo, la injusticia de los jueces era muy frecuente durante la monarquía de Israel.

La viuda insiste, la perseverancia es para ella el único medio para vencer. Dice la parábola que durante mucho tiempo el juez no quiso escucharla y hacerle justicia (Lc 18.4). Eso significa que realmente gastó mucho tiempo visitando al juez. Era pertinaz la viuda. Tal vez se propuso no abandonar su caso hasta tener una respuesta positiva de parte del juez.

Y el juez se cansó de verla todos los días con la misma historia; pero no sólo esto: algo insólito sucedía; creo que el juez empezó a tenerle miedo. Esta señora se presentaba tan decidida todo el tiempo frente a él, que posiblemente se estaba volviendo un escándalo a los ojos de los demás. Tal vez el juez tenía miedo de perder el honor y caer en la vergüenza pública, pues él mismo aceptó que esta mujer, en cualquier momento, podía darle una bofetada y ponerle morado el ojo. Y todos se darían cuenta de lo que había sucedido, lo cual afectaría su honor. Por eso un día el juez se dijo a sí mismo: "Esta viuda me causa muchas molestias, voy a hacerle justicia, no vaya a ser que un día de estos venga y me dé una gran bofetada" (Lc 18.5)⁷. Finalmente, ella logró, con su presencia decidida e insistente, que se le hiciera justicia. El juez no lo hizo por voluntad propia, pues los derechos de las viudas no le interesaban; cedió porque fue vencido por la acción perseverante de la viuda. Él,

que era un gran arrogante, tuvo que ceder a la petición de la viuda pobre y perseverante.

Yo, Lidia, creo que el ejemplo de la viuda de esta parábola es grande para nosotras las mujeres. En la sociedad patriarcal en la cual vivimos tenemos que salir adelante a toda costa. No debemos encerrarnos pasivamente en los roles que la sociedad nos asigna, pues así perderemos todas las batallas. No podemos aceptar las injusticias que se comenten contra nosotras y ponernos a llorar cruzadas de brazos, sintiéndonos débiles. Tenemos que resistir y luchar⁸. Nadie habría esperado que una mujer como la de la parábola tuviera el coraje de golpear al juez si éste no resolvía su caso. Ambos seguramente estaban por perder la paciencia, pero el juez tuvo que ceder, porque ella resistió más y logró, a la vez, que la viera como una amenaza que lo avergonzaría en público.

Dicen que Jesús, al terminar la parábola exhortó a los que le estaban escuchando a que siguieran el ejemplo de la viuda y oraran sin cesar. Esto significaba que sus seguidores debían perseverar en la oración y también en la lucha día y noche porque, aunque la situación era difícil y parecía no cambiar, Dios, que no es como el juez malo, iba a responder pronto. Así pues, la garantía del triunfo de la justicia nos la da Jesús, pero a sus seguidores nos toca ser tercos en la oración y en la lucha por la justicia.

2. La mujer que no descansó hasta encontrar algo muypreciado (Lc 15.8-10)

Yo, Lidia, tengo muy presente en el contexto en que vivo aquí, en Filipos, otra parábola similar a la anterior. Se trata de una mujer que no desmaya hasta encontrar la moneda que perdió. Esta parábola, aunque muy breve, nos enseña mucho sobre nuestras hermanas pobres y su lucha por sobrevivir. Cada vez que la escucho, me pongo en su lugar y me angustio cuando ella busca la moneda que perdió, y me alegro intensamente cuando la encuentra. Entonces, siento profundamente el amor de Dios por nosotras cuando Jesús la compara con Dios.

Jesús contó esta parábola después de otra que tiene un mensaje parecido. Se trata de un pastor que cuida cien ovejas y pierde una, la busca hasta que la encuentra y se alegra de haberla hallado. Dicen que Jesús contó estas dos parábolas cuando fue criticado por fariseos y escribas porque se juntaba con publicanos y pecadores y comía con ellos.

Tengo entendido que los publicanos o recaudadores de fondos públicos o impuestos son judíos subalternos poco influyentes, que responden a un jefe principal de la recaudación de impuestos⁹. Son mal vistos, porque recogen los impuestos para el imperio romano, y también porque no es raro que cobren más de lo que deben y se queden con el sobrante. No ganan mucho por su trabajo, obtienen más si roban. Sufren discriminación por su trabajo impuro y son considerados pecadores. Cuando Jesús vivía, les gustaba escucharlo porque el maestro no hacía acepción de personas. Conozco el caso de uno que vivía en Jericó, llamado Zaqueo, que se convirtió y devolvió mucho más de lo que había robado (Lc 19.2-10).

Publicanos y pecadores son personas que tienen que cargar con un estigma de inferioridad. Padecer de un estigma es terrible. Yo, Lidia, lo sé, porque soy una mujer liberta, y aunque compré mi libertad hace años, no se me quita el estigma de haber sido esclava¹⁰.

Pues bien: la gente que se creía muy santa, en este caso algunos fariseos y escribas, criticaban a Jesús y decían: "Este acoge a los pecadores y come con ellos" (Lc 15.2). Entonces Jesús contó las dos parábolas, la de la oveja perdida y la de la moneda perdida. Yo les voy a contar la de la moneda. Estoy segura de que ustedes han escuchado más la parábola de la oveja perdida, porque se habla más de ésta que de la parábola de la mujer que perdió la moneda. Yo veo que muy pocos ponen atención a esta mujer, y casi siempre cuando cuentan su historia, enfatizan sólo en el amor de Dios por los pecadores. Pero yo no: a mí, Lidia, me gusta introducirme en el mundo de las mujeres y observar todos los detalles, porque allí, en los ejemplos escogidos, encuentro buenas enseñanzas¹¹.

La parábola empieza así: "¿Qué mujer que tiene diez dracmas, si pierde una, no enciende una lámpara y barre la casa, y busca cuidadosamente hasta que la encuentra?". La historia no dice cómo perdió la moneda, pero esto no importa, porque lo que se subraya en la historia es que la mujer la buscó y no dejó de buscar hasta encontrarla.

La mujer de la parábola es extremadamente pobre, o mejor, miserable¹². Diez dracmas es muy poco dinero. Se sabe que una vez Herodes dio ciento cincuenta dracmas a los soldados de su ejército y a los oficiales les dio mucho más que eso¹³. Si comparamos lo que tenía la mujer con la recompensa que recibieron aquellos soldados, vemos que la suma que ella tenía era insignificante. Una dracma equivale a un denario de plata. Un denario es el salario de un día de trabajo para un campesino que trabaja para su patrón (Mt 20.14-16). Con el costo de la vida en Palestina y acá, en Filipos¹⁴, diez dracmas alcanzaría apenas para sobrevivir unas pocas semanas. La mujer busca con mucho esmero esa monedita que se le extravió, pues para ella significa mucho.

La historia de la parábola cuenta con detalles lo que la mujer hace para encontrar la dracma. Primero, enciende la luz. Esto quiere decir que su casa era oscura, posiblemente tenía sólo un cuarto sin ventanas¹⁵, necesitaba luz para buscar la pequeña moneda perdida. Luego barre la casa. Con la escoba de palma podrá buscar por todos lados e introducirse en todos los rincones. Si el suelo era rocoso, como lo es en algunas casas pobres, podrá escuchar el sonido y así dar con ella¹⁶. Y finalmente, insiste la parábola en que la busca con mucha diligencia y no se detiene hasta que la encuentra.

Algunos piensan que la dracma tiene que ver con el tocado que llevan las mujeres adornado con monedas. Éste sería la dote, que para las mujeres es muy importante, por eso no se quitan el tocado ni cuando duermen. Se trataría, entonces, de un tocado muy pobre¹⁷.

Pero yo creo que no se trata de esto. Veo en ella a una de las muchas mujeres que están obligadas a trabajar aquí y allá en Pales-

tina y en todo el mundo. Porque si la vida de los hombres pobres es dura, más lo es la de las mujeres. Eso de que la mujer es cuidada por su esposo es un cuento de nuestra sociedad patriarcal¹⁸. Por ejemplo, una persona necesita al año doscientos denarios para sobrevivir. Un jornalero padre de familia, con esposa y seis hijos, necesita de otras entradas, los doscientos denarios no le alcanzan, así que las mujeres se ven obligadas a trabajar y dar el dinero a su marido. Se necesita del aporte económico de la mujer para que sobreviva toda la familia. Y si son viudas con hijos, la necesidad de trabajar día y noche es una realidad. Peor aún, las mujeres reciben menores salarios que los hombres. Lo que un jornalero gana en un día, la mujer lo gana en dos días. Necesita trabajar dos veces para recibir el mismo salario que el varón. Muchos niños trabajan desde los seis años y esto es una gran injusticia¹⁹.

Yo no vivo en condiciones de necesidad tan extremas; la venta de la púrpura me ayuda a salir adelante a mí y a los de mi casa. Claro que debo trabajar muchísimo, el doble de lo que trabajan los varones. Me gusta que en el movimiento de Jesús no haya acepción de personas, y más aún, que haya una consideración muy especial para los más marginados. En muchas de las historias del movimiento de Jesús y las mujeres, vemos la solidaridad de Jesús con ellas y esto para mí, Lidia, que tengo mi ingreso económico más o menos asegurado²⁰, es una invitación a que nosotras también seamos solidarias con ellas.

Disculpen que me salga de la historia, pero creo que estas aclaraciones son necesarias para entender mejor la parábola.

Entonces, la mujer pobre de la parábola buscó con angustia su monedita porque representaba parte de su vida. Ella no era una mujer rica que compraba la otra púrpura, la que yo no vendo, esa que se saca de un animal marino, y que es un artículo de lujo. Tampoco era una de las mujeres de la casa del César que despilfarran el dinero: para ellas una dracma que se pierde es insignificante. En realidad la oveja y la dracma perdidas eran de mucho valor para quienes las perdieron, por eso se enfatiza en las parábolas en el cuidado que tuvieron para buscarlas²¹.

Cuando la mujer encontró la moneda, dice la parábola que se llenó de alegría. Tan grande era su alegría que invitó a sus vecinas a festejar el hallazgo. Y les dijo: "Alegraos conmigo, porque he hallado la dracma que había perdido" (Lc 15.9).

Tal vez para muchas personas este hecho de apariencia trivial es poco significativo, pero para estas mujeres pobres asegurar la vida es motivo de felicidad. La dicha de la mujer se desbordó; todo su trabajo en la búsqueda de lo necesitado y perdido tuvo buen resultado. Habría estado triste si no hubiera encontrado la dracma después de tanto esfuerzo. Su alegría rebosó al grado de que no pudo contentarse con guardar su felicidad para sí. Sintió una necesidad inmensa de compartir su dicha con sus vecinas. Y ellas, que seguramente estaban en condiciones similares porque vivían en el mismo sector, entendieron su situación y se alegraron junto con ella. Se trataba de una alegría compartida y solidaria.

Yo, Lidia, mujer con mejor posición, porque soy negociante de púrpura, encuentro hermosa esta parábola porque me invita a ser solidaria con estas mujeres.

Después de que Jesús contó la parábola, hizo de ella una hermosa explicación. Comparó la alegría de esta mujer –y la del pastor que encontró su oveja– con la alegría de Dios compartida con todos sus ángeles cuando uno de los llamados pecadores, como los publicanos y los marginados, se convierte al mensaje de buenas nuevas de Jesús y su movimiento. La vida de estas personas tiene tanto valor para Dios como el valor de la dracma y de la oveja para sus propietarios.

Con esta parábola, Jesús desafió a los fariseos y escribas que estaban allí a que miraran a los publicanos y pecadores de manera diferente²², como personas dignas. Yo, Lidia, gentil convertida al cristianismo y además liberta y mujer, doy gracias a Dios por su solidaridad con los pobres y las estigmatizadas por nuestra sociedad grecorromana patriarcal.

Notas

1. El evangelista Lucas narra esta parábola consciente del retraso de la *parusía*; busca la perseverancia de las comunidades. Lucas coloca la parábola después de la mención escatológica sobre los días del Hijo del Hombre.
2. Éstos eran tres de los requisitos fundamentales para pertenecer a los estratos altos de la sociedad dentro de las órdenes de senadores, caballeros y decuriones. Sin embargo, rigen también para las sociedades del medio oriente como Israel, según lo deducimos por la crítica de los profetas. Por otro lado, la realidad de hoy día no es tan alejada de esa tendencia.
3. Véase también Pr 17.5; 15.25; 19.17; 22.22-23.
4. Los marcados contrastes son evidentes en Roma, y por ende en todas las ciudades helenistas. Aunque la narradora Lidia habla de su experiencia cotidiana en una ciudad helenista fuera de Palestina, lo mismo puede aplicarse a las ciudades helenistas de Palestina. Había una gran cantidad en tiempos de Jesús. Cp. Joaquín González Echegaray, *Arqueología y evangelios* (Estella: Verbo Divino, 1994), p.45.
5. En la Biblia hebrea leemos el caso de Tamar. Ella no va al juez, pero se disfraza de prostituta para embarazarse de su suegro y así tener descendencia; también ocurre algo similar en el caso de Ruth y Booz. Si los jueces no las oyen, las mujeres tienen que inventar tretas para hacerse justicia.
6. El sistema legal romano era dual, había tribunales para los ricos y nobles y otros para los pobres. Las penas también eran diferentes, duras para los esclavos y pobres, y suaves para los de altos estratos. Cp. Elsa Tamez, *Contra toda condena* (San José: DEI, 1990).
7. El término griego *hypopiazein* es fuerte y significa dar una bofetada, lit. golpear en el ojo. Según Joseph Fitzmyer es un término tomado del boxeo: "Lest she come and give me a black eye" (Cp. *The Gospel according to Luke, X-XXIV* (New York: Doubleday & Company, 1985), p.179). Las versiones generalmente suavizan el término y traducen importunar, acabar con la paciencia. Ivoni Richter Reimer lo traduce como bofetada, y habla del miedo patriarcal a la bofetada. "El poder de una protagonista. La oración de personas excluidas", en *Revista de Interpretación Bíblica Latinoamericana (RIBLA)*, n.25, (1997), p.62.
8. El análisis de Luise Schottroff de esta misma parábola, enfatiza también la resistencia; además, muestra que la crítica a los roles de las mujeres va muy unida a la crítica a la sociedad injustamente estructurada económicamente, sin la primera no hay una verdadera liberación. *Lydia's Impatient Sisters. A Feminist Social History of Early Christianity*, p. 110.
9. X. León-Dufour, *Diccionario del Nuevo Testamento* (Madrid: Cristiandad, 1977), p.24.
10. Cp. Irene Foulkes, *Problemas pastorales en Corinto*, (San José: DEI y SEBILA, 1996), p. 48.
11. El mejor análisis de la parábola que conozco es el de Luise Schottroff, en el cual analiza la situación económica de esta mujer pobre y su lucha por la sobrevivencia. Voy a asumir su investigación en la relectura de esta parábola. *Lydia's...*, pp. 91-100.
12. La parábola de la oveja perdida también puede ser de un pastor asalariado que gana un denario o una dracma al día y que busca con ansiedad la oveja perdida porque no es de Él. Cp. Schottroff, *Lydia's...*, *Ibid*, p. 91.

13. J. Fitzmyer, p.1081.

14. El costo del pan era carísimo, más que el grano, y la gente pobre sin tierra, tenía que comprar casi todo lo que necesitaba. Schottroff, *Lydia's...*, *Op. Cit.*, p.96.

15. Joachim Jeremías, *Las parábolas de Jesús* (Estella: Verbo Divino, 1970), p.166.

16. *Ibid*.

17. *Ibid*.

18. Luise Schottroff, *Lydia's...*, *Op. Cit.*, p.95.

19. *Ibid*, pp. 93-95

20. Sobre la situación económica de Lidia véase el capítulo 9, sobre Lidia y Priscila.

21. Sharon H. Ringe, *Luke*, (Louisville, Westminster John Knox Press, 1995), p.205.

22. *Ibid*.

Capítulo 5

La mujer que le robó un milagro a Jesús

(Mc 5.21-43)

1. El sistema de pureza-impureza

Yo, Lidia, he ido superando muchos elementos patriarcales de la cultura grecorromana que me marginan como mujer. No ha sido fácil para mí, porque las tradiciones culturales se ven como naturales y, por lo tanto, como imposibles de cambiar. Pero la novedad del judío galileo, Jesucristo, ha sido la fuerza principal que nos ha llevado a cambiar a muchos hombres y mujeres. Para las mujeres judías de Jerusalén ha sido un poco más difícil que para las mujeres judías de Galilea, pues éstas no son tan apegadas a los preceptos del Templo de Jerusalén¹. Sin embargo, los fariseos, que viven en toda Palestina, incluso en Galilea, ponen mucho énfasis en todo lo que tiene que ver con pureza e impureza. Tal vez por esto Jesús se refirió con frecuencia a esta situación. Por lo que escucho, Jesús se distancia de ese sistema de pureza y critica a los fariseos y escribas que quieren imponerlo entre la población.

La cercanía de Jerusalén y el templo con sus sacerdotes dificulta en Palestina, más que aquí en Filipos, el que las mujeres se liberen de las normas religiosas del sistema de pureza. Por eso, cuando escucho una historia como la de la curación de una mujer con flujo crónico de sangre y su reincorporación en la sociedad, doy

gracias a Dios por mostrar nuevos caminos por medio del judío galileo llamado Jesús².

Para entender mejor la historia de esta mujer enferma, es importante, primero, que les cuente algo sobre el sistema cultural-religioso: lo conozco bien porque yo, gentil, soy una convertida al judaísmo y pertenezco también al movimiento de Jesús, el Cristo³.

Pues bien, en la sociedad judía de donde procede Jesús, las cosas se ordenan u organizan a través del sistema llamado de pureza⁴. Es decir, el comportamiento se orienta por lo que se considera puro o impuro. Lo impuro es todo lo que no cabe en nuestra manera de ver las cosas. La norma para todos y todas es que nos conduzcamos por el camino de lo puro y evitemos lo impuro, lo sucio. Las personas pueden ser puras o impuras; por ejemplo, los paganos o los samaritanos son vistos como impuros. También lo son un cadáver, un enfermo, una mujer que menstrúa, etc. Las cosas también pueden ser impuras, como cualquier utensilio tocado por alguien impuro, o cierto tipo de alimento. Son impuros ciertos lugares: la casa de un pagano, por ejemplo, o su ciudad. El templo es un lugar puro y varios días como el sábado o los días de fiesta religiosa son considerados sagrados y se deben guardar sin excepción. Hay también reglas bien detalladas para que la gente o las cosas se purifiquen, por ejemplo, la de lavarse bien las manos hasta el codo antes de comer; la de bañarse bien después de pasar por un lugar impuro; la ley estipula todo lo que no se puede hacer el sábado. Este complicado sistema no era bien acogido por Jesús: Él sanaba en sábado, a veces no se lavaba las manos y entraba en casa de gente considerada impura, según la ley; por eso era muy criticado por los fariseos, los más rigurosos en el cumplimiento de los preceptos.

Este sistema de pureza traía muchas desventajas a las mujeres y también a los pobres. La mujer era considerada impura por su cuerpo que menstrúa cada mes o que da a luz y queda menstruando por muchos días. Así, tenía que someterse constantemente a las reglas de purificación. Las personas impuras debían ser separadas de la comunidad. María, por ejemplo, quedó impura durante cuarenta días cuando dio a luz a Jesús, y para purificarse lue-

go de aquel tiempo, tuvo que comprar dos tortolitas, que era la ofrenda más barata, y ofrecerlas en sacrificio (Lc 2.21-24). Imagínense, entonces, la situación que en tal ambiente puede vivir una mujer enferma de flujo crónico de sangre. La historia que voy a contar trata de una mujer que sufre esa enfermedad.

Cuentan mucho esta historia⁵, y siempre, dentro de otra historia. Esto me llama la atención. Así, Jesús iba de camino a resucitar a una niña, hija de un jefe de sinagoga llamado Jairo, cuando aconteció la historia a la que me refiero. Después continúa la historia de la hija de Jairo. Es decir, voy a contarles una historia que, como muchas historias de mujeres, no son planeadas, se hacen en el camino, por el atrevimiento de cada una de ellas y se llevan a cabo para su satisfacción. Estas historias que pueden ser cotidianas y, a la vez, extraordinarias para las mujeres, a veces se dan a conocer y a veces no, pues suceden como paréntesis de la vida que continúa. Jesús hizo que esta historia no quedara en el anonimato.

2. “El robo” de un milagro

La historia empieza diciendo que Jesús regresa en la barca a la orilla del lago. Él había estado en la otra orilla, en Gerasa o en Gadara, no lo sé⁶, una región gentil. Acababa de sacar muchos demonios del interior de una persona de aquel lugar (Mc 5.1-20). Cuando regresó en su barca, encontró que lo estaba esperando una gran multitud de mujeres y hombres. Todos querían acercársele, seguramente para ser sanados o para escucharlo, pues él hablaba muy bonito de cosas de la vida, nuevas y mejores para todos y todas. Los pobres y los más necesitados lo seguían por todas partes; pero no sólo ellos: también algunos de cierta posición, como Jairo, lo buscaban, pues veían en él a alguien que respondía con eficacia a sus necesidades. Yo creo que veían el movimiento de Jesús como una alternativa muy concreta para sus vidas. Cuando Jesús hablaba del reino de Dios, de los pobres como bienaventurados, del pan y la vida abundante que él ofrecía, y cuando criticaba la opresión y las cargas del sistema religioso, ciertamente la gente que lo escu-

chaba soñaba con un verdadero cambio. La misión de Jesús, el Cristo, era realmente atractiva para muchos en Palestina, pues dos versiones de la historia (Mc 5.21; Lc 8.40) insisten en que había mucha gente siguiéndolo.

Jairo había pedido a Jesús que fuera a su casa a sanar a su hija que estaba a punto de morir. Cuando Jesús se fue con Jairo rumbo a la casa de éste, lo siguió tanta gente que casi lo asfixiaban. Entre la multitud estaba una mujer. La historia no dice su nombre, así que era una mujer del pueblo, anónima.

Ella padecía de una enfermedad de flujo de sangre desde hacía doce años, según dice la historia. Se trataba, entonces, de un estado de enfermedad muy grave. Las mujeres sabemos que perder sangre es como perder vida. Esta mujer estaba muriéndose lentamente. Pero eso no es lo peor: para aquella cultura, ella era una persona impura. Esto significaba que debía ser marginada de la comunidad y no debía tocar a nadie, pues convertía en impura a cada persona, cada cosa que tocaba. Por esto no podía convivir con los demás: nadie debía dejarse tocar por ella para no caer en impureza. Así que, más que una enfermedad, la suya era una dolencia social⁷. Como ella no debía tener relaciones sexuales por su estado de impureza, tampoco tenía la posibilidad de tener hijos. Su enfermedad la llevaba a la esterilidad, otro estigma poderoso contra las mujeres. Yo creo que a ella como persona, le afectaba más la situación de marginación constante, que la propia molestia de la enfermedad. Aparte de sufrir en su cuerpo todo aquello que la enfermedad físicamente le producía, debía padecer la marginación respecto de la sociedad en que vivía. Era considerada enferma y pecadora, ya que para este sistema cultural, pecado y enfermedad iban juntos. Por esto, cuando Jesús sanaba, generalmente decía delante de todos: "tus pecados te son perdonados".

Cuenta la historia que esta mujer había sufrido mucho. Había hecho grandes esfuerzos para curarse y salir de esa situación, había visitado a cuanto médico pudo, pero ninguno logró curar su mal. Aquí en Filipos, y seguramente también en Palestina, los médicos profesionales son caros, los visita sólo la gente que puede pa-

gar, mientras que los pobres van a curanderos o sanadores tradicionales. Dice la historia que, a pesar de que ella gastó todos sus bienes en médicos, este gasto no le sirvió de nada: más bien cada día se sentía peor. Además, se empobreció. Como la historia cuenta que gastó sus bienes, posiblemente ella era una viuda que había tenido dinero y quedó en la pobreza a causa de su enfermedad. En nuestra cultura sólo los varones pueden disponer de bienes, nunca una mujer, a menos que sea viuda.

Esta mujer anónima e impura, perdida entre la multitud que apretujaba a Jesús, tenía una fe increíble, pues pensaba que sanaría con sólo tocar el manto de Jesús, y, con ello, su vida cambiaría por completo.

Creo que la terquedad de esta mujer es digna de ser contada, pues a pesar de que ella había hecho cuanto estuvo a su alcance, sin resultado, seguía luchando. No se conformaba con su situación de marginación. Probablemente, se creía una persona digna, a pesar de que la sociedad la hacía indigna. Quería ser sanada y veía en Jesús tal vez la mejor posibilidad de lograrlo, pues había oído mucho acerca de sus curaciones. Pero no se atrevió a pedirselo directamente, como Jairo. Tal vez pensaba que no tenía derecho a hacerlo, por ser mujer. Sabía, sobre todo, que no debía tocar a otra persona por su estado de impureza, o quizá pensaba que no era correcto interrumpir a Jesús en su camino, ya que él iba directamente a casa de Jairo, un hombre respetable, para hacerle un favor. Pero yo pienso que ella creía tanto en el poder sanador de Jesús, que estaba segura de que, con sólo tocar ella el manto de Jesús, éste la sanaría. Como muchos taumaturgos tienen esa fuerza curativa, y como ya había oído mucho de los milagros de Jesús, supongo que ella creía que él tendría esa misma fuerza.

Entonces, dice la historia, se acercó por detrás, es decir clandestinamente, a Jesús, entre la gente, le tocó el manto, y al instante sintió que estaba curada. Para la cultura judía, especialmente para la impuesta por los líderes religiosos, su acción fue un gran atrevimiento. Osó tocar a un hombre siendo ella impura y con eso se atrevió a transgredir la ley sobre la pureza. Pero gracias a esa osa-

día, finalmente quedó sana e integrada en la sociedad. Volvió a ser considerada persona digna. Esta es una gran lección para todas las mujeres. En una sociedad cuya cultura las margina por su sistema, las mujeres tienen que ser atrevidas e ir contra las costumbres a fin de cambiar ese orden discriminador.

Yo, Lidia, creo que la historia pudo haber terminado allí: ella se había curado, nadie se había dado cuenta y Jesús habría seguido su camino a la casa del jefe de la sinagoga. Pero no: la historia quiere mostrar otra cosa. El problema es que la mujer quería arrebatarse a Jesús una curación a hurtadillas, sin que él se diera cuenta, pero eso no era bueno ni para ella ni para las mujeres marginadas por el sistema de impureza ni para la misión de Jesús.

3. Jesús dignificó a la mujer

Era bueno que la multitud supiese que la mujer fue curada al tocar a Jesús; que Jesús no quedó impuro cuando fue tocado por una mujer que tenía flujo de sangre. Si se ponía a la luz la acción de la mujer atrevida, las demás mujeres marginadas se sentirían animadas a cambiar los modelos que las marginaban. Además, la intención de Jesús, líder del movimiento, no era la de mostrarse como un taumaturgo: ya había suficientes chamanes. Él era más que un curandero: quería que el pueblo, especialmente los marginados y entre ellos las mujeres, construyeran una nueva manera de vivir y de relacionarse entre sí. Yo creo que si las cosas se hacen sólo desde abajo, difícilmente cambia todo el sistema.

Cuando cuentan la historia, se observa la insistencia de Jesús en descubrir a la persona que lo había tocado. Jesús sintió que *una fuerza* había salido de él, al mismo tiempo que la mujer sintió que había sido curada. ¡Qué interesante!: parecería que hubo una relación clandestina entre Jesús y la mujer, pero sólo ella tenía conciencia de esto.

Jesús sabía que una persona en especial lo había tocado en medio de la multitud, y se propuso identificarla. Detuvo la marcha a la casa de Jairo, se paró en el camino, y no quiso seguir adelante

hasta encontrar a esa persona. Para mí, Lidia, su labor no podía haber terminado con una curación robada en la clandestinidad. Preguntó a la muchedumbre, “¿quién me ha tocado los vestidos?” (Mc 5.30). Para los discípulos, que siempre aparecen como personas a quienes les cuesta entender a Jesús, la pregunta del Maestro era tonta. Así, le respondieron: “Estás viendo que la gente te oprime y preguntas ¿quién me ha tocado?” (Mc 5.31). Jesús ni siquiera se dignó contestarles; solamente siguió buscando a la persona que se había atrevido a obtener de él la curación sin su consentimiento.

A la mujer no le quedó otra alternativa que confesar. Salió atemorizada del anonimato, y temblorosa se postró ante él, como lo había hecho el jefe de la sinagoga. Entonces, delante de todos y todas, contó a Jesús toda la verdad, es decir, toda su vida pasada, lo que había sufrido y cómo había llegado a esa situación. Éste fue otro paso importante de la mujer: el atreverse a contar públicamente sus sufrimientos y su marginación.

Ella no sabía lo que le iba a ocurrir. No sabía si Jesús iba a enojarse porque ella le ‘robó’ la curación, o si iba a devolverla a su estado anterior. Sólo confesó su acción. Pero Jesús no le reprochó nada. Yo, Lidia, creo que a Jesús no le importaba que le “hurtaran” su fuerza curativa: más bien le interesaba mostrar un camino de vida nueva, pues él no era un curandero que aliviaba temporalmente. Él deseaba que esta mujer, marginada durante tantos años por su enfermedad, fuese dignificada, tuviese palabra propia y fuese un ejemplo para muchas mujeres. Por eso, él la llamó “hija”. Ésta es una palabra de afecto, pertenece al ámbito de la familia. Así la integró a la sociedad, pero no dentro del marco pureza-impureza, sino de una manera diferente, como miembro de una comunidad que no la menospreciaría por su cuerpo. Al haber tocado a Jesús sin que él la recriminara por su impureza, ella sabe que nunca más será impura aunque tenga su menstruación normal. Lo más importante fue que luchó, resistió, osó tocar a Jesús, nunca se dio por vencida. Su fe la sanó y con eso, la salvó del mal social en el que se hallaba recluida. Jesús le dijo: “Hija, tu fe te ha salvado; vete en paz y queda curada de tu enfermedad”.

Notas

1. Richard A. Horsley, *Galilee. History, Politics, People* (Valley Forge, Pennsylvania: Trinity Press International, 1995), p.235.
2. Llama la atención el hecho de que se coloque esta historia y otras, que evidentemente están relacionadas con el sistema de pureza-impureza, en Galilea, donde supuestamente la población es más libre de los preceptos y del templo. El hecho de que Jesús, quien se movió casi exclusivamente en Galilea, haga referencia frecuente a los preceptos de pureza-impureza, puede ser un indicio de que en su tiempo y posteriormente en las comunidades destinatarias de los evangelios, fuese un tema importante. Para las mujeres es vital retomar la crítica que Jesús hace a este sistema pues hasta el día de hoy hay mujeres que, por su menstruación, por ejemplo, son consideradas, o se consideran ellas mismas, impuras.
3. Es probable que Lidia siguiera asistiendo a la sinagoga como una temerosa de Dios. En este tiempo la ruptura entre el judaísmo y el cristianismo aun no existía.
4. Los datos extraídos son de Bruce Malina y Rohrbauch y L. Richard *Social-Science Commentary on the Synoptic Gospels* (Minneapolis: Fortress Press, 1992), pp.222-224.
5. Aparece en los tres primeros evangelios.
6. Marcos y Lucas leen "Gerasa", mientras que Mateo lee "Gadara", la dificultad con "Gerasa" es que es una región bastante retirada del lago de Galilea.
7. Según B. Malina y R. Rohrbaugh los antropólogos distinguen entre enfermedad del organismo y dolencia, esta última es un asunto social, tiene que ver con el estado devaluado del propio ser, *Op. Cit.*, p. 210.

Capítulo 6

La mujer sirofenicia que discutió con Jesús

(Mc 7.24-30; Mt 15.21-28)

Yo, Lidia, escucho con atención todas las historias que cuentan sobre mujeres que se relacionaron con Jesús, ya sea que estuvieran en su movimiento o no. Me importa escuchar sobre ellas porque aprendo más de la vida de Jesús, especialmente de su atrevimiento y valentía respecto de las normas culturales que oprimen a las mujeres. Como yo soy una líder del movimiento del Jesús resucitado, saber de su osadía me da valor para hacer lo mismo acá, en las provincias del imperio romano.

Les voy a contar una historia que escuché de dos maneras diferentes (Mc 7.24-30; Mt 15.21-28), sobre una mujer sirofenicia. Me interesa esta historia porque gente de Filipos como yo, o gente de otros lugares fuera de Palestina, difícilmente habiéramos participado del movimiento de Jesús si su mensaje se hubiera restringido a Palestina y a los judíos. Parece que Jesús desde el principio se dedicó a anunciar el reino de Dios sólo a los judíos, Él buscaba una renovación profunda en el interior de su pueblo, nada más. La mayoría de las personas de su movimiento allá en Galilea y Judea, si no todos, eran judíos. Así que para Jesús era normal consagrar su vida sólo al pueblo de Israel o, como lo dice la misma historia, a "las ovejas perdidas de la casa de Israel" (Mt 15.24). Pero esta mujer sirofenicia, cuyo nombre ignoramos, pues la llaman sólo mujer siro-

fenicia o cananea (Mt 15.22), hizo que Jesús cambiara y abriera las posibilidades para que también los no judíos se beneficiaran de su poder transformador.

En esta historia, que es diferente de la mayoría de las historias, se da la posibilidad de que la justicia de Dios, como dice nuestro compañero Pablo de Tarso, sea revelada no sólo a los judíos, sino a todos los pueblos. Ahora, después de unos quince años de la muerte de Jesús, su movimiento se ha extendido por muchas ciudades del imperio, fuera de Palestina.

Por ejemplo yo, Lidia, soy gentil, convertida al judaísmo y al evangelio de Jesucristo, y en mi casa, que es donde se reúnen los hermanos (Hch 16.40), también hay gente temerosa de Dios convertida al judaísmo como yo, o gentil. La corriente conservadora judía de Jerusalén llama *helenistas* a los judíos que viven en la diáspora, porque viven fuera de Palestina y dicen que no son muy puros porque se han mezclado con gente impura, es decir, con los paganos; además, desde hace tiempo, los judíos aquí ya no hablan arameo, la lengua materna de Jesús. Quien sabe leer, lee las escrituras en griego (LXX)¹, pues ni los judíos de Palestina hablan el hebreo, idioma en el cual están escritas; sólo los rabinos leen en hebreo las escrituras, y pocas personas, todos varones. Cuando Pablo escribe cartas a la comunidad de Filipos y a otras comunidades, las escribe en griego popular, y la persona que sabe leer, las lee frente a la comunidad. Esto tiene que ser así, porque el porcentaje de analfabetismo es muy alto. Pablo es un judío de la diáspora que nació en Tarso. Por eso domina bien el griego y tal vez por eso también se preocupa mucho de que los no judíos sean hijos de Dios de la misma manera en que lo son los del pueblo de Israel.

Creo que los valores igualitarios y compasivos, muy presentes en el movimiento de Jesús, hicieron posible ver más allá de los beneficios para la propia casa. Por eso contamos también con esta historia, en la cual Jesús es desafiado por una mujer gentil que necesita de su poder en un momento en que su hija necesita ser sanada. Esta mujer, primera persona que aboga por los gentiles, debería ser conocida como la primera mujer apóstol de los gentiles².

Además, esta historia me gusta mucho porque habla de una mujer muy atrevida, tal vez ella es la mujer más atrevida de cuya existencia haya escuchado en las historias del movimiento de Jesús y las mujeres. Ella rompe con muchas normas de su cultura y de la cultura del otro, para encontrar lo que busca. Y es el amor a su hija el que la lleva a saltar por encima de las reglas de su cultura y de otras culturas.

1. Los problemas fronterizos

La historia cuenta que Jesús se fue de Galilea a la región de Tiro (y Sidón). Parece que él estaba en Genesaret, a orillas del lago, y había discutido con los fariseos. Éstos criticaban a Jesús y a sus discípulos, porque no se lavaban las manos antes de comer (Mc 7.1-22). Lavarse las manos hasta el codo antes de comer es parte del rito de purificación, según la cultura judía. Pero ni Jesús ni sus discípulos lo hacían. Ya conté cómo dicen que en Galilea la gente no es tan seguidora de la ley como los de Jerusalén; esto puede ser verdad, pero además, yo creo que para Jesús eran secundarias estas exigencias rituales. Para él, más importante era ser compasivo con los necesitados y ser puro de corazón. Él pensaba que los doctores de la ley eran hipócritas, se fijaban más en cosas externas y no en la regla mayor que es el amor al prójimo. Después de esa discusión, Jesús decidió irse a Tiro, una región gentil.

Por cierto, las relaciones entre los sirofenicios y los galileos no son muy buenas. Esta región fronteriza entre Tiro y Galilea es bastante conflictiva. Tiro es una ciudad rica e importante. Siempre ha sido muy famosa por su comercio marítimo: ahí hay la más costosa púrpura; también es región muy conocida por su metalurgia. Galilea, en cambio, está económicamente en desventaja frente a Tiro. Parece que Tiro explota mucho a la región de Galilea que es rural, y se aprovecha de sus productos agrícolas³. Cuentan que los judíos que viven allí no son bien tratados. Por otro lado, los judíos ven a los de Tiro con malos ojos porque reciben de ellos mucho maltrato y también porque son paganos. Así, pues, se trata de dos

pueblos y dos culturas, que viven una al lado de otra, pero que no se quieren entre sí⁴.

A pesar de esa situación, Jesús decidió irse a la región de Tiro. Parece que no llegó hasta la ciudad, sino que se quedó en los alrededores. Una historia cuenta que iba con sus discípulos (Mt 15.23); otra no especifica nada al respecto, sólo dice que él se fue (Mc 7.24); en todo caso, Jesús no quería que la gente se enterase de su partida. Esto significa que su fama se había extendido por toda Galilea y que él era muy buscado por la gente para que les enseñara cosas nuevas o para que los curara. Tal vez Jesús quería descansar y se fue hacia una región que no le era familiar: quería estar solo y entró en una casa para ocultarse y tener privacidad.

Mas cuenta la historia que, a pesar de todas las precauciones, Jesús no logró pasar inadvertido. Esto quiere decir que los milagros que había hecho en Galilea se habían dado a conocer hasta en regiones no judías. Así, inmediatamente apareció una mujer que había escuchado de él y que tenía una hija con un espíritu inmundo, es decir poseída por un demonio. La mujer entró y se postró a sus pies. En nuestra cultura, postrarse a los pies de alguien es un gesto de humildad frente a esa persona, reconocida como de mayor rango, y solicitar su favor⁵.

Así postrada, la mujer rogaba a Jesús que sanara a su hija, expulsando de ella al demonio que la poseía. Otra versión de la historia, (Mateo) dice que ella era cananea, tal vez para insistir en que era pagana⁶, y gritaba a Jesús: "¡Ten piedad de mí, Señor, hijo de David!" (Mt 15.22).

2. Jesús se negó a sanar a una niña gentil

A mí, Lidia, lo que más me sorprende es que, según las dos versiones de la historia, Jesús no quiso sanar a la hija de la señora sirofenicia. Esta actitud parece tan extraña en él, misericordioso y compasivo como nadie. Seguramente la historia quiere enseñarnos algo más sobre la mujer.

En la versión de Mateo, Jesús se negó a la mujer hasta tres veces. La primera vez no respondió; entonces, los discípulos le pidieron que la despidiera y le concediera lo que pedía para que dejara de molestar, pues venía detrás gritando, y a los ellos su actitud les parecía un espectáculo vergonzoso. Lo que yo veo es que ellos no estaban pidiendo que sanara a la hija por el hecho de que la niña sufría, sino para que la madre los dejara en paz. A veces pienso que los discípulos eran muy cerrados; digo esto porque así los describen con frecuencia las historias (Mc 5.30-31; 6.52; 9.33-34; 10.38; Lc 22.45, 49-51; Jn 4.31-33).

La segunda vez, Jesús respondió negativamente. Dijo que no había sido enviado más que a las ovejas perdidas de la casa de Israel (Mt 15.24). Pero la mujer insistió y le rogó que la socorriera. Y Jesús volvió a negarse por tercera vez, respondiéndole con un conocido proverbio, repleto de prejuicios contra los no-judíos: "No está bien tomar el pan de los hijos y echárselo a los perritos" (Mt 15.26).

Según la historia, es claro que al principio Jesús no quería sanar a nadie que no fuera de Israel, pues tres veces se negó a hacerlo: se comportó así como un judío muy conservador y tradicional. Hasta repitió el proverbio en el cual parece referirse a los gentiles como a perros⁷. Decirle a alguien *perro* es un insulto muy grave; para los judíos, los perros son animales de carroña y por esto son impuros. Yo creo que Jesús lo sabía y tal vez trató de suavizarlo utilizando el diminutivo *perrito* o tal vez mencionó *perritos* porque se refería a una niña. De todas maneras no deja de ser un insulto.

Este gesto de Jesús es insólito, estoy segura de que para él los paganos no son impuros. No sé por qué se portó así con esa mujer si acababa de discutir cuestiones de pureza e impureza con los fariseos y los había criticado fuertemente (Mc 7.1-23). Por esto digo que la historia debe tener un propósito muy importante, sobre todo para nosotras, las mujeres.

En otra versión más corta que he escuchado de esta historia (Marcos), Jesús no se negó tres veces como en la anterior ni se negó rotundamente. Simplemente, retomó el prejuicioso proverbio y

agregó una frase que dio a entender que en el beneficio de su Reino hay espacio para los gentiles, pero después de que los judíos hayan sido beneficiados. Se trataba de una cuestión de tiempo: primero los judíos y después los demás. Dijo “Deja que primero se sacien los hijos, pues no está bien tomar el pan de los hijos y echárselo a los perritos” (Mc 7.27).

Lo más interesante del relato fue lo que la mujer contestó a Jesús frente al evidente rechazo; de hecho, lo más importante de la historia es el diálogo entre Jesús y esta mujer sin nombre. No me parece que lo central fuese el milagro, pues ocurrió al final y él lo hizo como “a distancia”⁸, sin poner en él mucho énfasis. El diálogo y su forma es lo que importa⁹. Así, pues, otra vez tenemos aquí una mujer que sostiene una interesante conversación con el líder del movimiento galileo.

3. La mujer que discutió con Jesús

¿Quién era esta mujer capaz de tener un diálogo tan duro con Jesús y de lograr lo que quería? La historia cuenta con detalle que se trataba de una mujer de cultura griega y también especifica que era oriunda de Sirofenicia. Esto me hace pensar que, al ser ella de cultura griega, posiblemente no era una mujer pobre, pues los pertenecientes a la cultura griega generalmente poseían un estatus social privilegiado respecto al de cualquier otra cultura; y el hecho de que su hija no durmiera en un catre, sino en una cama, tal vez sea otro indicio de que la mujer pertenecía a un ámbito social más elevado que el del judío Jesús, campesino no griego, artesano de Galilea¹⁰. Aunque en realidad, todo esto no se puede afirmar con exactitud¹¹. Lo que yo, Lidia, creo, es que sí se puede afirmar de esta mujer que era de una cultura y religión diferente de la de Jesús; era, además, una mujer sola, carecía de apoyo familiar y tenía una hija en una sociedad en donde las hijas son menos apreciadas que los hijos¹². También era una mujer muy insistente y luchadora.

Tenía una hija enferma a quien amaba mucho y estaba dispuesta a hacer por ella cualquier cosa a fin de que fuese sanada.

Había oído de alguien que tenía el poder de sanar y lo buscó hasta encontrarlo. Cuando supo que andaba por donde ella vivía, llegó hasta él. Fue inoportuna, interrumpió la tranquilidad que Jesús anhelaba; Jesús quería pasar inadvertido y estar solo, pero ella llegó y lo molestó, lo importunó con su petición. Y es que cuando los asuntos son de vida o muerte, nosotras las mujeres tenemos que hacer hasta lo imposible por cambiar las cosas. La historia es clara cuando muestra que la mujer fue rechazada por Jesús y también por los discípulos. Pero ella siguió insistiendo, su terquedad la salvó. Pudo haber abandonado su empeño y regresado a casa cuando Jesús no hizo caso de ella, o cuando le dijo que no. Pero no se rindió. Quería atraer la atención de Jesús y con su insistencia lo logró y alcanzó su ayuda. Parece que tenía plena confianza en que, si lograba arrancar una palabra de sanidad de Jesús, su hija sería curada.

A esta mujer, tal vez señora importante de cierta clase social, no le importó echarse a los pies de Jesús y suplicarle; tampoco, que la rechazara una, dos y tres veces. Insistió. Quizás sabía que estaba ante una de las mejores alternativas para que su hija sanara, ante su última esperanza. Así, luchó y desafió todas las normas. Por ejemplo, habló a un varón y varón judío, en la calle; insistió ante él, a pesar de que le había dicho que no. No le importó que Jesús fuese pobre, de una cultura inferior a la suya, según su sociedad griega, y tuvo que tragarse el orgullo cuando Jesús la llamó *perrita*¹³. Se mantuvo firme, y por eso venció la primera posición de Jesús de servir sólo a los de la casa de Israel. Yo creo que la fe que esta mujer revela y la manera en que manejó el diálogo, hicieron que Jesús cambiara de postura y extendiera su mirada compasiva y de sanidad a los pueblos no judíos.

Cuenta la historia que, cuando Jesús dio a entender a la mujer que esperara, que primero debían saciarse los hijos porque no estaba bien tomar el pan de los hijos y echárselo a los perritos, ella le respondió con el mismo proverbio, pero cambiándolo de sentido, y le dijo: “Sí Señor, pero también los perrillos comen debajo de la mesa de las migajas de los niños” (Mc 7.28). Esta respuesta sor-

prendió a Jesús por su inteligencia. Para esta mujer, su hija ahora estaba enferma, y ahora necesitaba del poder de Jesús para que su hija amada sanara. Después podía ser demasiado tarde.

La primera vez que escuché esta historia sentí lástima de la mujer y de muchas mujeres, pues en ellas todo sucede como si las mujeres debieran arrastrarse para lograr lo que quieren. Pero después pensé: ésta ha sido una estrategia que utilizan muchas mujeres cuando no tienen el poder suficiente para alcanzar lo buscado. La sirofenicia tiene fe en que hay comida para todos y todas. Y lucha por ello¹⁴. Cambia los tiempos, no quiere esperar a que primero sean beneficiados unos y después los otros. Piensa que todos, las personas y los pueblos al mismo tiempo, han de ser partícipes de la misericordia de Dios.

4. Jesús aprendió de la sirofenicia

Jesús quedó sorprendido de la respuesta de la mujer, de su fe en que él podía sanar a su hija y ahora, de su convicción de que los demás pueblos también tienen derecho a participar del reinado de Dios que él anuncia. La inteligencia de la mujer, su habilidad en el diálogo y su propuesta de que haya sanidad para todos, lograron que Jesús cambiara de actitud y concediera la salud a la hija de la mujer sirofenicia:¹⁵ “Por lo que tú has dicho, dice Jesús, vete, el demonio ha salido de tu hija”. Así que cuando la mujer llegó a su casa, su hija había sido liberada del demonio, y la encontró sana, acostada en la cama.

Con esto yo veo que las palabras de las mujeres también tienen poder, pues Jesús le dice, “por lo que tú has dicho”. También la fe de las mujeres puede lograr que las cosas cambien aunque haya muchos obstáculos, pues la otra versión de la historia dice: “Mujer, grande es tu fe; que te suceda como deseas”. Por esta historia yo creo que las mujeres debemos ser atrevidas y desafiantes cuando estamos conscientes de que lo que buscamos es justo y para el bien de muchos. Y debemos insistir, no importa frente a quiénes, pues la insistencia cuando se está en lo correcto puede cambiar re-

glas, conductas, costumbres y actitudes que marginan. Yo creo que esta es una de las enseñanzas más profundas que las mujeres podemos sacar de las historias de otras mujeres que de alguna manera se toparon con Jesús y con su movimiento.

La actitud de Jesús debe ser tomada muy en cuenta. Él, siendo varón, no se empecinó en su postura de marginar a las mujeres diferentes. Siendo varón y judío, se atrevió a escuchar las palabras de una mujer de otra religión y otra cultura. Siendo varón, judío y campesino, no se aprovechó de la situación de humillación de la mujer culta que estaba a sus pies, para aplastarla más y vengarse de quienes hacen el mal a su pueblo, como sucedía con la clase económica poderosa de Tiro y Sidón. Jesús primeramente rechazó a la mujer y la insultó, pero tuvo el valor de reconocer su posición equivocada y cambiar de postura frente a las necesidades de los gentiles. Podríamos decir que esta mujer es pionera en abrir el espacio para que todos los pueblos de la tierra se beneficien de la misericordia de Dios. Ojalá que nuestros líderes de las comunidades sean como Jesús, que no se avergüenzan de cambiar de posición cuando la necesidad del prójimo lo amerita. El apóstol Pablo llama a esta actitud *orientarse por la gracia y no por la ley o la tradición*, que muchas veces vuelven inhumanas a las personas.

Otra cosa muy importante: Jesús escuchó a la mujer y curó a su hija, gracias a los argumentos que ella planteó. Pero Jesús no le exigió que lo siguiera ni que perteneciera a su grupo. Le dio la libertad de elegir, respetó sus creencias. Ella regresó a su casa, a su cultura, y Jesús salió de la región de Tiro y volvió a Galilea. Yo veo, pues, que de todas estas historias aprendemos mucho, tanto de la actitud de las mujeres como de la de Jesús.

Notas

1. La Biblia hebrea fue traducida al griego en el siglo III a.E.C. La traducción griega es llamada Septuaginta o De los Setenta (LXX).
2. Cp. Schüssler Fiorenza, *In Memory of Her. A Feminist Theological Reconstruction of Christian Origins* (London: SCM Pres, 1983), p.186.
3. Cp. Gerd Theissen, *Colorido local y contexto histórico de los evangelios. Una contribución a la historia de la tradición sinóptica* (Salamanca: Sígueme, 1997), p.88.
4. Silvia Regina señala: "La relación de hostilidad de los tirios hacia los judíos se manifestaba en ataques permanentes a diferentes regiones territoriales, embargo de bienes de judíos en Tiro, reducción de parte de la población a esclavitud y otras medidas que están relatadas sobre todo en los escritos de Josefo. Se puede suponer que los judíos respondían a esa situación con una actitud de desconfianza e igualmente prejuiciosa. Desde debajo de la mesa: Un análisis exegético de Marcos 7.24-30. (Tesis de Maestría de la Universidad Bíblica Latinoamericana, San José, 1999, inédita), p. 93.
5. Cp. Bruce Malina y Richard Rohrbaugh, *Op. Cit.*, pp. 235-237.
6. Parece que la versión de Mateo ve en ella a una mujer pagana que vivía entre el pueblo de Israel y por eso reconoce a Jesús como hijo de David.
7. Cp. B. Malina y R. Rohrbaugh, *Op. Cit.*, p.225.
8. Este relato ha sido clasificado no como de milagro sino como de conversación didáctica, Joachim Gnilka, *El Ev. Según Marcos* (Salamanca: Sígueme, 1992), p. 338.
9. Cp. el interesante artículo de Jim Perkinson sobre la palabra de la mujer en "A Canaanitic Word in the Logos of Christ; or the Diference the Syro-Phoenician Women Makes to Jesus", en *Semeia*, n.75, 1996.
10. Cp. Gnilka, p.342.
11. Silvia Regina De Lima Silva, deja en la ambigüedad la posición social de la mujer y se inclina en subrayar más el conflicto racial. *Op. Cit.* p. 102.
12. Cp. Sharon Ringe, "Un relato de una mujer gentil" en *Interpretación Feminista de la Biblia*, ed. Letty Russell (Bilbao: Desclée, 1995), p. 83s.
13. Jim Perkinson observa la complejidad en el paradigma inferioridad-superioridad entre esta mujer y Jesús con respecto a género, etnia, cultura y religión. *Op. Cit.*, p. 68.
14. Silvia Regina De Lima Silva, rechaza una interpretación de resignación y sumisión. Para ella la respuesta manifiesta una profunda fuerza y energía para ser capaz de soportar adversidades y concentrarse en lo esencial del momento, *Op. Cit.*, p.104.
15. Sharon Ringe, "Un relato de una mujer gentil"..., *Op. Cit.*, p. 86.

PARTE III

Mujeres discípulas y maestras

Yo, Lidia, sé perfectamente que las mujeres estaban muy presentes en las historias que hablan de los discípulos de Jesús y sus seguidores. Nuestro lenguaje es muy masculino, por eso generalmente no las menciona, pero sabemos que en nuestra cultura patriarcal se supone que las mujeres están incluidas en todas las historias o acontecimientos¹. Prueba de esto es que quienes cuentan los relatos de la muerte, sepultura y resurrección de Jesús, se ven obligados a mencionar explícitamente a las mujeres, porque solo había mujeres junto a él. Y entonces tienen que aclarar que esas mujeres lo seguían y servían cuando estaba en Galilea. Uno de esos momentos ocurre cuando todos los discípulos, ellas y ellos, huyeron al ser Jesús tomado preso, y se encerraron en un escondite en Jerusalén. De esto les hablé cuando empecé a contar las diversas historias. Después, cuando lo crucificaron y lo sepultaron, sólo las mujeres aparecieron y observaban desde lejos los acontecimientos. Una de las historias dice: "Había también unas mujeres mirando desde lejos, entre ellas, María Magdalena, María, la madre de Santiago y de Joset, y Salomé, que le seguían y le servían cuando estaba en Galilea, y otras muchas que habían subido con él a Jerusalén" (Mc 15.40-41). Como ven, sólo al final del ministerio de Jesús las historias cuentan que había mujeres en el movimiento. Sólo sé de una historia (Lc 8.1-3) que señala, mucho antes de la pasión de nuestro Señor Jesucristo, que las mujeres lo acompañaban en Galilea. En esta misma historia ya en el sepulcro vacío, cuando las mujeres estaban asustadas porque no hallaron el cuerpo de Jesús, dos ángeles las confortaron y les dijeron "Recordad cómo os habló cuando estaba en Galilea" (Lc 24.6). Eso da a entender que en el movimiento de Jesús, el Cristo, siempre ha habido mujeres discípulas, apóstoles y misioneras, pero como el lenguaje las oculta, a

veces la gente piensa que al principio el movimiento era compuesto sólo por hombres.

Para terminar, les voy a contar algo de lo que sabemos aquí en la comunidad de Filipos sobre las mujeres discípulas y maestras. Yo entre ellas.

Nota

1. Cp. Carla Ricci, *Mary Magdalene and Many Others. Women who Followed Jesus* (Minneapolis: Fortress Press, 1994), pp. 19-28.

Capítulo 7

María Magdalena, una apóstol y amiga de Jesús

1. María Magdalena, la discípula más mencionada

Aquí todas nosotras hablamos de María Magdalena. Era la discípula más importante del movimiento de Jesús en Palestina¹. A la par de Pedro, o tal vez más que Pedro, ella fue la que puso de nuevo en marcha el movimiento, que parecía que había fracasado con la muerte de su líder Jesús. El amor de Jesús por ella era muy especial, parece que hasta los discípulos se ponían celosos². Una de las características más importantes que coloca a María Magdalena en primer plano, es que ella fue testigo de la resurrección de Jesús. En todas las historias aparece en primera fila (Mt 28.1; Mc 16.1-11; Lc 24.10; Jn 20.11-18); Jesús se apareció a ella antes que a cualquier otro discípulo. Yo sé que no es bueno ni propio de nuestro movimiento crear rivalidades por primeros puestos, como es común en nuestra cultura grecorromana, y Jesús estaba contra esto (Mr 10.35-45); pero como yo veo que María Magdalena es una mujer que después de la muerte de Jesús fue muy marginada por ser mujer, tengo que recordarles esta posición suya. Como dije antes, hasta a Pablo, mi maestro, se le olvidó incluirla en su lista de apariciones del Señor (1 Co 15.5-8).

Ella era de Magdala, una región a la orilla del lago de Galilea, donde hay mucho movimiento comercial, pues la industria pesquera es muy importante. Ojalá yo vaya un día a conocer ese lu-

gar para recordar a María Magdalena. Posiblemente ella dejó su lugar de origen cuando se unió al movimiento de Jesús, pues para identificarla se la llamó "Magdalena", o sea de Magdala.

Cuentan que ella había sido sanada por Jesús antes de pertenecer al movimiento. Dicen que le había sacado siete demonios (Mc 16.9; Lc 8.2). El número siete para la cultura judía significa plenitud; según esto, ella realmente había estado fuera de sí. A causa de los demonios había perdido su dignidad y su sentido de pertenencia, necesitaba encontrar la forma de "retornar a sí misma"³. Conociendo las historias de los endemoniados que curó Jesús, seguramente su vida era muy triste, su cuerpo debía estar muy golpeado, y muy probablemente vivía marginada en extremo respecto de la gente de su entorno. La experiencia que vivió al ser sanada debió haber sido tan importante en su vida que decidió seguir a Jesús y andar itinerante por todos los pueblos y aldeas adonde iba el movimiento. Me imagino que cuando andaba con Jesús veía la vida que llevaban otros endemoniados, y apreciaba el cambio que ocurría en su existencia cuando Jesús los sanaba, recordaba su propia antigua vida y esto hacía, sin duda, que fuera más firme en el seguimiento de Jesús, pues entendía lo que significaba el reino de Dios para la vida de las personas. Los discípulos que sólo habían visto las curaciones, sin haberlas experimentado en su ser, no podían sentir lo mismo que la mujer que había sufrido la posesión demoníaca y ahora se veía liberada.

Hay una historia más de otra mujer que en la ciudad era conocida como pecadora (Lc 7.36-50): aquella que besó los pies de Jesús; que los lavó con sus lágrimas, los secó con su cabello y les untó perfume. La gente piensa que esta mujer era María Magdalena, pero no es así. Esta es otra mujer, que también amó mucho a Jesús porque la acogió a pesar de su reputación de pecadora. No veo nada de malo en que confundan a María Magdalena con una prostituta, —como muchos creen que era aquella mujer perdonada—⁴, pues si esto fuese verdad mostraría que Jesús no hacía aceptación de personas y no tenía reparos en acoger en su movimiento a mujeres prostitutas. El problema grave que yo, Lidia, veo es que,

con esta confusión, se olvida lo más importante de María Magdalena: su apostolado, que para muchos de nosotros y nosotras es del mismo nivel del de Pedro y de Pablo. Con este olvido, las mujeres corremos el peligro de ser marginadas, porque van a decir que el apostolado correspondía y corresponde solamente a los hombres. En el recuerdo, María Magdalena quedaría sólo como la pecadora arrepentida y perdonada. Pero las historias sobre la resurrección no pueden ser silenciadas, porque aparecen varias veces.

2. El coraje de María Magdalena

María Magdalena era una mujer valiente. Aparece como la líder de las mujeres porque casi siempre está con otras y es ella la que habla por las demás. Cuando crucificaron a Jesús, ella y otras mujeres se atrevieron a salir del escondite (Jn 20.19) donde estaban los discípulos y se fueron a ver qué hacían con el cuerpo de Jesús. Ellas desafiaron el riesgo que esto suponía. Todos los que vivimos en las provincias sometidas al imperio romano o en colonias romanas sabemos el peligro que corren los familiares y amigos de un crucificado⁵: No los dejan estar cerca de él, no les permiten hacer duelo ni llorar. A veces, si alguien se atreve a llorar por el muerto, lo crucifican también. Los crucificados deben estar expuestos a la vista de todos para que su muerte sirva como escarmiento. Sus cuerpos no son sepultados: se espera que los animales los devoren. Esto es parte de la vergüenza que deben pasar los condenados a la crucifixión, por eso se vigilan sus cuerpos para que amigos y familiares no se los roben a fin de darles sepultura digna. No respetan ni a mujeres ni a niños⁶. En nuestro tiempo el imperio romano abusó mucho con la crucifixión⁷.

María Magdalena sabía todo esto y se atrevió a ir a ver, junto con otras mujeres, lo que hacían con Jesús. Todo lo vieron de lejos: cómo lo crucificaron y dónde lo enterraron. A Jesús le dieron sepultura gracias a un señor importante, llamado José, de Arimatea, que pidió permiso a Pilato, el procurador romano de ese tiempo (Mc 15.42-47; Lc 23.50-56; Jn 19.38-42). Se cuenta esta histo-

ria de maneras distintas, pero todas dicen que María Magdalena⁸ y otras mujeres, después de que pasó el sábado, fueron muy temprano al sepulcro donde habían visto que pusieron a Jesús: querían hacer el rito de honor por los muertos, rociando perfume sobre su cuerpo⁹.

Ellas sabían cuántas precauciones había que tomar para ir al sepulcro; me imagino que estaban aterradas por el peligro político que significaba visitar o estar presentes en la tumba de un crucificado. Pero María Magdalena, que era muy decidida, se animó a ir acompañada de otras mujeres. En las distintas versiones de la historia varían los nombres de esas otras mujeres, pero entre los nombres de quienes ven de lejos y van al sepulcro están, primero, el de María Magdalena, después, el de María la de Santiago, María la de Joset y Salomé¹⁰.

Ni ellas ni los demás discípulos sabían que Jesús había resucitado, así que iban dispuestas a honrar el cuerpo de su líder muerto. Por el camino conversaron sobre las dificultades que encontrarían: "¿quién moverá la piedra?", se preguntaban, porque, según tengo entendido, esas tumbas se tapaban con una piedra muy pesada, tanto, que se necesitaba una palanca sólo para moverla. Mas cuando las mujeres llegaron a la tumba encontraron que la piedra había sido removida y que el cuerpo no se hallaba allí. Me imagino que se asustaron aún más y estando temerosas experimentaron la manifestación de Dios a través de su mensajero, un ángel (Mt 28.2; Mc 16.5) o dos, como dicen otros (Lc 24.4).

Además de Moisés, los patriarcas y profetas, varias mujeres han experimentado esta epifanía: Agar, la esclava egipcia, y María, la madre de Jesús. Estas pocas mujeres del movimiento de Jesús que se atrevieron a ir al sepulcro, también la experimentaron, mientras que los demás discípulos, varones y mujeres, se habían escondido por miedo a la represión. Así, hay que insistir en este hecho que exigió de su parte tanta valentía, porque tiende a olvidarse o a no dársele importancia, quizá porque no hay hombres en el relato.

3. Mujeres, primeras testigos de la resurrección y predicadoras del resucitado

Las mujeres lideradas por María Magdalena no sólo fueron los primeros testigos de la resurrección, sino que recibieron la misión de comunicar la buena nueva a los demás discípulos y discípulas, así como la de informarles que Jesús iba de nuevo a Galilea y que allá los vería otra vez (Mt 28.1-8; Mc 16.5-7, 9-10; Lc 24.1-10). Hay una historia que cuenta que cuando iban a comunicar a los discípulos la buena nueva, Jesús mismo se les apareció (Mt 28.9). Yo quiero mucho a Pablo de Tarso, pero sé que hay que recordarle también este dato. Otra de las historias dice que estaban tan atemorizadas –y no era para menos en aquella situación agitada– que no contaron nada a nadie (Mc 16.8), lo cual pudo haber sido cierto por un momento; pero lo hicieron más tarde, como lo cuentan las otras historias, porque la noticia se dio a conocer, y sólo ellas fueron sus testigos. Si no hubieran dicho nada, todos habrían creído que el movimiento había sido un fracaso. Pero esto no es cierto porque yo, Lidia, no me habría enterado de nada y no estaría contando todo esto.

4. María Magdalena, la apóstol cercana a Jesús

En una de las historias aparece sólo María Magdalena en el sepulcro (Jn 20). Ella llegó de madrugada, aún estaba oscuro, y vio la piedra removida. Se asustó, creyó que habían robado el cuerpo de Jesús y corrió a avisar este hecho a sus compañeros Pedro y Juan¹¹. Dice la historia que María Magdalena estaba muy triste, parece que extrañaba mucho a Jesús y lloraba su ausencia. Mas cuando se encontraba afuera, cerca del sepulcro, se le manifestó Dios a través de dos ángeles que le preguntaron por qué lloraba. Ella contestó que porque alguien había hecho desaparecer el cuerpo de Jesús (Jn 20.13). María Magdalena lloraba como aquellas personas a las cuales les han secuestrado un familiar o una amiga o amigo, lo han torturado, lo han asesinado y han hecho desaparecer su cuerpo¹².

Jesús entonces se le apareció; la mujer pensó que se trataba del encargado del huerto y creyó que él sabía dónde estaba el cuerpo. Así que le preguntó por el cuerpo de Jesús porque quería recuperarlo, llevárselo consigo (Jn 20.15), aunque eso era imposible. Yo, Lidia, creo que María Magdalena debió entender que ahora el líder del movimiento poseía un cuerpo resucitado; que en adelante su Espíritu no sólo estaría con su grupo cercano y sus seguidores de Galilea sino que sería derramado en muchos otros que no lo conocieron, como los de mi comunidad aquí en Filipos, en toda Macedonia y en las demás provincias del imperio. Jesús se lo hizo entender.

Cada vez que escucho el diálogo tan emotivo de Jesús con María Magdalena, siento ganas de llorar. Él la llamó por su nombre, como el buen pastor a sus ovejas; le dijo “¡María!”, y ella reconoció perfectamente el timbre de su voz, pues lo había acompañado a él y al grupo desde hacía mucho tiempo; por esto contestó inmediatamente “¡Rabbuní!”, como una discípula que identifica a su maestro; como las ovejas reconocen a su pastor. Tanto era su amor por él, que ella quería retenerlo. Dice la historia que lo agarró y no lo quería soltar. No dice cómo lo tocó, si lo abrazó o se aferró a sus pies, como las mujeres de la otra historia (Mt 28.9). Sólo cuenta que Jesús le dijo “deja de tocarme”¹³, porque nadie puede apropiarse de Jesús, por mucho amor que le tenga: Él no es propiedad privada de nadie, pertenece a todas las comunidades.

Jesús en persona le dio el mensaje que debía llevar a los demás discípulos, sus compañeros. Yo creo que allí mismo él transmitió a María Magdalena el misterio de la resurrección y el de la fraternidad divina solidaria que se realiza cuando Dios, el Padre de Jesucristo, se convierte en el Padre de todas nosotras y nosotros. Creo que en el momento en que Dios es nuestro Padre, todas y todos nos convertimos en hijas e hijos de Dios, no sólo Jesús (Jn 20.17), y al convertirnos en hijos de un mismo Padre, nos hermanamos con Jesús y entre nosotras y nosotros. ¿Verdad?

Para mí, Lidia, María Magdalena es una verdadera apóstol. Tiene todos los requisitos para serlo, según lo piden los líderes de

las comunidades cristianas. Ella siguió y convivió con el movimiento de Jesús en Galilea, fue testigo de su muerte y de su resurrección. Yo veo, sin embargo, que ella está siendo excluida: ¿será que se fue a Galilea junto con otras mujeres y estableció allá una comunidad que nosotros no conocemos, a la cual los de la comunidad cristiana de Jerusalén no le dan importancia?¹⁴ Puede ser. Lo que yo veo es que ha sido excluida de la iglesia de Jerusalén. Temo que, a medida que pase el tiempo, los valores que se plantearon al inicio allá, en el movimiento de Jesús en Galilea, vayan siendo ignorados. Si esto ocurre, nuestras comunidades perderán el espíritu del movimiento y así se nos irá marginando poco a poco a las mujeres¹⁵.

Por mi parte yo, Lidia, me he propuesto recordar siempre a María Magdalena como discípula y maestra, y espero que ustedes también.

Notas

1. Cp. Carla Ricci y Elisabeth Moltmann-Wandel, *Op. Cit.*, pp. 68ss.
2. Esto es obvio en los libros apócrifos como en el Evangelio de Felipe 55, y en el Evangelio de Tomás, 114. *Los evangelios apócrifos. Edición crítica bilingüe* (Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1996), pp. 727 y 705.
3. “Return to self”, Carla Ricci, *Op. Cit.*, p. 139.
4. La historia no dice nada sobre la clase de pecado que se le conocía. Según Sharon Ringe, una mujer podría ser llamada pecadora si fuese conocida como mentirosa, ladrona, estafadora o si estaba casada con un hombre considerado de una profesión deshonesto. Tal vez lo único que la identificaría como prostituta es el hecho de que se haya soltado el pelo, —eso es considerado inmoral en una mujer— y que traiga ungüentos que podía utilizar con sus clientes. *Luke, Op. Cit.*, p. 108.
5. Esto es porque la pena de crucifixión era destinada a los subversivos y a los esclavos.
6. Sobre el peligro y la severidad de los soldados con los familiares véase Luise Schottroff, *Mulheres no Novo Testamento; exegese numa perspectiva feminista*, 1995. pp.44-48; Ivoni Richter Reimer, “Recordar, transmitir, actuar. Mujeres en los comienzos del cristianismo”, en *Revista Bíblica Latinoamericana (RIBLA)*, n.22 (1996) p. 50.

7. En varios momentos de ese tiempo los romanos hicieron masivas crucifixiones indiscriminadas. Cp. Neil Elliott, *Liberating Paul. The Justice of God and the Politics of the Apostle* (Maryknoll: New York, 1994), p. 94.
8. Lucas habla de las mujeres que lo seguían desde Galilea, no da el nombre de ellas, pero en 24.10 da los nombres de las que se supone estaban allí. Juan Menciona sólo a María Magdalena.
9. Cp. Luise Schottroff, *Mulheres no Novo Testamento, Op. Cit.*, 1995, p.63.
10. Como se dijo en la introducción, Juan sólo menciona a María Magdalena, Lucas no menciona los nombres de las mujeres en el momento mismo de estar en el sepulcro, pero en 24.10 señala que quienes daban el mensaje sobre la resurrección al regreso del sepulcro “eran María Magdalena, Juana y María la de Santiago, y las demás que estaban con ellas”.
11. Se supone que el discípulo que el señor quería era Juan. El redactor del evangelio de Juan quiere que Pedro y Juan sean también testigos de la resurrección (20.1-10), aunque la epifanía y aparición de Jesús sólo se la da a María Magdalena (20.11-18). En el tiempo en que se escribieron los evangelios, la supremacía de Pedro, Santiago y Juan había sido establecida. Los sinópticos, sin embargo, describen sólo a las mujeres, hecho evidente que a los distintos redactores les fue imposible eliminar.
12. Esta es la historia frecuente de los desaparecidos de hoy, siglo XXI, en varios países de América Latina y otros continentes en situaciones de guerra.
13. El verbo griego es un imperativo presente que implica que el contacto se está haciendo ininterrumpidamente. Por eso no debe traducirse “no me toques”, sino “deja de tocarme” o “suéltame”. J.Mateos-J.Barreto, *El Evangelio de Juan* (Madrid: Cristiandad, 1982) p. 852.
14. Cp. Suzanne Tunc, *También las mujeres seguían a Jesús, Op. Cit.*, p. 91. Otra de las posibilidades de la marginación de María Magdalena por la tradición, es que esta mujer era bastante preponderada por grupos heréticos como los gnósticos, considerados herejes. Cp. Elisa Esteves “La mujer en la tradición del discípulo amado”, en *Revista de Interpretación Bíblica Latinoamericana (RIBLA)* n. 17 (1994). En los libros apócrifos se observa una constante rivalidad entre Pedro y María Magdalena, lo que refleja una discusión entre las comunidades que quieren establecer parámetros en la formación de una institución. En esta situación el movimiento empieza a dejar de existir como tal y se va convirtiendo en institución.
15. Eso fue lo que aconteció más tarde según lo observamos en los escritos post-paulinos como Ef.5.22-24; Col. 3.18; 1 Tm. 2.9-15.

Capítulo 8

La mujer de Samaria, una misionera

(Jn 4:5-42)

Les voy a contar la historia de una mujer samaritana. Aquí todos decimos que ella fue la primera mujer que compartió en su región las buenas nuevas del movimiento de Jesús. Además de esto, la historia de esta mujer presenta varias circunstancias que deben ser consideradas. Por ejemplo, el hecho de que Samaria y Judea sean dos regiones que viven permanentemente en conflicto por su diferencia cultural y religiosa; además, el atrevimiento de Jesús al conversar con una mujer de ese lugar y de no muy buena reputación (había tenido cinco maridos y vivía con uno que no lo era) y, por último, el mismo mensaje de Jesús, que supera todas las discriminaciones culturales, étnicas, sexistas o de cualquier índole. Ya he dicho que una de las características principales del movimiento de Jesús es que en su visión del reinado de Dios no hay discriminaciones, y todos y todas debemos tratarnos como hermanos y hermanas y servirnos mutuamente. Después de que Jesús murió y resucitó yo veo que ese fundamento está presente en las comunidades, aunque, permítanme decirlo, hay gente que tiende a olvidarlo. Pablo acostumbra a recordárnoslo cuando somos bautizados, diciéndonos que por Jesús, el Mesías, no hay judío ni griego, no hay esclavo ni libre, no hay varón ni mujer, porque todos somos uno en él (Gl 3.28)¹. ¡Cómo me gustaría que las comunidades no olvidaran nunca este fundamento! Es una enseñanza que sacamos de la misma vida de Jesús de Nazaret. Lo hemos visto en varias historias

que les he contado, y en ésta de la samaritana lo veremos nuevamente.

1. Al margen del odio mutuo

Samaria es una región localizada entre Galilea, que está al norte, y Judea, que está al sur. Dicen que los judíos de Galilea, cuando tienen que ir a Jerusalén para las fiestas o para otros asuntos, tratan de no pasar por Samaria y hacen un rodeo, generalmente por el Jordán.

Tengo entendido que los conflictos entre samaritanos y judíos vienen de muchos siglos atrás. Los samaritanos proceden de dos grupos. Uno es la gente que quedó en la región cuando Asiria conquistó Samaria y se llevó en cautiverio a los samaritanos de estatus más elevado. El otro grupo proviene de Babilonia y de Media; son inmigrantes de otras culturas y religiones, producto de los desplazamientos forzados por los asirios, y son colonos asirios. Con el tiempo se mezcló la población y también se mezclaron sus creencias. Los judíos, por su sistema de pureza del que hemos hablado en otras historias, consideran a Samaria impura porque la sangre de su raza está mezclada.

Pero esto no es todo: dicen que los samaritanos se habían negado a aceptar el templo de Jerusalén como su templo y construyeron hacía muchos años, para adorar a Dios, su altar en el monte de Gerizim. Muchos años después, cuando los judíos volvieron del exilio de Babilonia y se pusieron a reconstruir Jerusalén, los samaritanos se opusieron a dicha reconstrucción. Según me cuentan, el odio mutuo se observa en varios incidentes. Por ejemplo, Juan Hircano, un sumo sacerdote judío, incendió el templo samaritano de Gerizim (128 a.E.C.); pero ya antes de esto, los samaritanos habían ayudado a los reyes sirios en su guerra contra los judíos. También se dice que, después de que nació Jesús (4 E.C.), unos samaritanos profanaron el templo de Jerusalén durante la Pascua, poniendo huesos humanos en los atrios. Después de esto se les prohibió entrar en el templo².

Me he enterado de que hay diferencias religiosas entre samaritanos y judíos; por ejemplo, los samaritanos sólo aceptan los primeros cinco libros de Moisés: no los profetas ni los escritos. El Mesías que ellos esperan no es el mismo que el que esperan los judíos; éstos creen que vendrá a salvarlos un Mesías nacionalista y descendiente de David; los samaritanos, un Mesías como Moisés, por eso dicen que esperan al Toheb, o maestro de la ley³.

A pesar de todo esto, o tal vez por esto mismo, Jesús decidió pasar por Samaria⁴. Dice la historia que llegó a Sicar,⁵ una ciudad de Samaria; entonces, se sintió cansado y se sentó cerca de un pozo de agua. Seguramente había caminado mucho, pues los campesinos como Jesús están acostumbrados a caminar grandes distancias. Era la hora sexta o mediodía, cuando el sol está más fuerte y la sed se acrecienta por el calor. Los discípulos se habían ido para la ciudad para comprar comida. Entonces llegó al pozo una mujer de la región para coger agua. A mí, Lidia me parece raro que una mujer vaya a esas horas a buscar agua al pozo: generalmente se recoge agua al amanecer o al atardecer. La mujer se ha de haber extrañado de que un judío estuviese allí sentado. Los samaritanos no esperan de los judíos más que rechazo. Saben que decir samaritano a alguien es un grave insulto⁶. Pero el asombro de la mujer tuvo que haber sido mucho mayor cuando Jesús le dirigió la palabra para pedirle: "Dame de beber" (Jn 4.7). Por eso, ella no sacó el agua ni se la dio como se espera de la hospitalidad, sino que le contestó: "¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber agua a mí, que soy samaritana?" Ella sabía que los judíos se creían superiores, igual que los varones respecto de las mujeres. Se conoce una expresión racista que dice que no se puede contar con la pureza ritual de las mujeres samaritanas, porque menstruaban ya desde la cuna⁷. Yo creo que con esta pregunta la mujer no estaba mostrando sumisión ni se creía lo que se decía de los samaritanos, simplemente era valiente, porque le contestó. Hasta podríamos entender su pregunta con cierto sarcasmo, algo así como "¿te rebajas ahora que tienes sed?"

Además, según las reglas de comportamiento entre mujeres y varones, no se ve bien a un hombre que habla con una mujer, en

público. Ya desde antes se decía "No te detengas a hablar largo rato con una mujer"⁸. Los discípulos, más tarde, cuando regresaron de la ciudad, también se asombraron de ver a Jesús en conversación con una mujer, pero como conocían que su líder a veces prescindía de las normas culturales, no se atrevieron a preguntarle nada (Jn 4.27).

Cuando la mujer le preguntó por qué siendo judío le pedía agua, Jesús aprovechó para conversar con ella de cosas más profundas. Pasó por alto el trasfondo de enemistad que existía entre esos dos pueblos, y también hizo como si olvidara que estaba conversando con una mujer. A su movimiento le interesa una nueva relación entre los seres humanos, que no haya odios sino solidaridad mutua, y que ninguna cultura ni creencia se considere superior a otra. Por eso fue al grano y le reveló a la mujer, poco a poco, su identidad de Mesías.

2. Un diálogo teológico junto a un pozo

Jesús se reveló a la samaritana como agua viva (Jn 4.10), una clase de agua que no se agotaba ni tenía fin; que suprimía la sed para siempre y que, al ser consumida, pasaba a formar una fuente en su ser que brotaba para la vida eterna (Jn 4.13-14). Yo, Lidia, creo que el agua es el Espíritu de Dios. Si todos tuviéramos ese espíritu se suprimirían las enemistades y discriminaciones. No habría que volver a ningún pozo, porque quien toma agua del pozo vuelve a tener sed y tiene que retornar constantemente al pozo. Algunos dicen que el pozo significaba aquí la ley judía.

Me da la impresión de que, al principio, la samaritana no entendió todo lo que dijo Jesús, así como los discípulos más tarde, en ese mismo lugar, no entendieron cuando él les habló de otra clase de alimento (Jn 4.33,34). Y es que Jesús quería que sus discípulos y seguidores percibieran una nueva realidad de relaciones interhumanas y de convivencia, cuyo alimento fuera el cumplimiento de la voluntad de Dios (Jn 4.34). Por cierto, los discípulos insistían en comprar pan cuando lo necesitaban, mientras Jesús prefería multiplicarlo para que hubiese el pan necesario para todos.

Por un momento, en el diálogo, pasaron a hablar de la vida privada de la mujer samaritana. Esto sucedió cuando Jesús le dijo que trajese a su marido, y ella le respondió que no tenía marido. Entonces Jesús le describió su vida: "cinco maridos has tenido y el que tienes no es tu marido", le dijo (Jn 4.16-18). A mí, Lidia, me han dicho que la ley permite casarse dos veces y tres como máximo; la samaritana se había casado cuatro y vivía con uno que no era su esposo. Su vida sexual no era muy decorosa a los ojos de su sociedad. La historia no dice nada sobre los sentimientos de la mujer frente a aquel forastero judío que le descubría su vida pasada. Sólo menciona la gran impresión que le causó el hecho de que alguien adivinara su vida.

He escuchado a algunos que interpretan la historia de manera simbólica, decir que hay un juego de palabras con el término *baal*, que significa Señor: *Baal* es el Dios de los cananeos, y también puede significar "marido". Si es así, Jesús se estaría refiriendo al estado idolátrico de los samaritanos: los cinco altares de dioses que cuenta la historia de Israel serían sus maridos (2 R 17.24-41)⁹. Y el actual marido sería el Dios de Israel, que en el fondo, según los judíos, no lo es totalmente para los samaritanos. Pero yo, Lidia, creo que el caso de ella podría ser real, es decir, que se podía tratar de una mujer que por diversos motivos –divorcio o viudez– había tenido cinco maridos, aunque el hombre con el que vivía cuando hablaba con Jesús no era uno de ellos. La samaritana del pozo sería una mujer marginada por su vida moral. Así, no me parece raro que Jesús hubiese decidido entablar justamente con ella el diálogo que originará la conversión de muchos de los pobladores de Samaria, porque esa es la manera de actuar preferida de Jesús.

La mujer quedó sorprendida de que Jesús supiese todo sobre su vida sin que ella u otra persona se lo hubiese contado. Así, empezó a creer que era un profeta, pues le había descrito su vida sin conocerla¹⁰.

Jesús continuó dialogando por extenso con la mujer sobre asuntos profundos de Dios y sobre los diferentes lugares de adoración. Sobre la manera de adorar, sobre la salvación y también so-

bre el Mesías que habría de venir. Esto a mí, Lidia, me gusta mucho, porque los varones, por lo general, piensan que las mujeres no tenemos capacidad de mantener un diálogo sólido sobre Dios. Pero yo veo en esta historia que Jesús habló con ella como si estuviese hablando con un doctor de la ley a quien quería mostrarle otro camino. Ella, que tenía al respecto muchas reticencias por su arraigada tradición, le hizo preguntas. Entonces Jesús avanzó en el diálogo y fue introduciendo a la samaritana en la novedad de vida que él mismo ofrecía.

Por cierto, discutieron el punto de controversia entre judíos y samaritanos: ella dijo a Jesús que los judíos adoraban a Dios en Jerusalén, pues decían que sólo allí se le debía adorar; pero ella, como era samaritana, adoraba a Dios en el monte sagrado de Gerizim, como todos los samaritanos. Entonces Jesús le señaló que los verdaderos adoradores adoraban en Espíritu y en verdad, sin importar si lo hacían en algún templo específico, si en el de Jerusalén o en el de Samaria. Yo, Lidia, veo que Jesús, en tanto judío, era realmente autocrítico, como también era crítico de todas aquellas culturas y creencias que se consideraban las verdaderas. Verdaderos adoradores son quienes, en cualquier parte del mundo, adoran a Dios en Espíritu y en verdad. Para mí, Dios es Espíritu y da su Espíritu para que las personas nazcan de nuevo¹¹.

3. La samaritana comparte las Buenas Nuevas con su pueblo

Finalmente, cuenta la historia que Jesús se presentó a la mujer samaritana como el Mesías (Jn 4.25-26), un Mesías diferente de aquel que esperan los samaritanos y los judíos. Yo creo que Jesús-Mesías transciende las barreras nacionales discriminatorias. También sustituye el viejo concepto de ley, porque Jesús se ofrece a sí mismo como don de Dios y como agua viva, gracia y libertad presentes en la nueva vida en Cristo. Pablo nos ha enseñado también esto.

Es curioso: a mí, Lidia, me llama mucho la atención que Jesús no tenga reparos en presentarse ante la mujer como el Mesías. Dicen que con los judíos él evadía este título. Tal vez se presentó así frente a la samaritana, porque los samaritanos no tenían el concepto de un Mesías monarca, descendiente de David, que ejercería su poder y gobierno sobre todo Israel. En todo caso, a mí como mujer me impresiona que Jesús se haya revelado de esa manera a una mujer samaritana que, además, no era bien vista entre los suyos por su conducta moral. Prosigamos con la historia: Cuando Jesús se reveló a la samaritana como el Mesías, llegaron los discípulos y se sorprendieron de verlo conversando con ella. Yo diría que más se habrían sorprendido si hubiesen sabido de qué conversaban. Entonces, Jesús inició una nueva conversación sobre Dios con sus discípulos (Jn 4.31-38).

La mujer dejó el cántaro y se fue a la ciudad. Tanta era su alegría y la sorpresa que le causó ese hombre judío galileo, que no aguantó las ganas de compartir esa dicha. Yo creo que ella fue creciendo en dignidad en la misma medida en que fue tomada en cuenta con seriedad, como todas las mujeres deben ser tomadas en cuenta. Cuando llegó a la ciudad y habló a sus vecinos sobre la experiencia con ese hombre llamado Jesús, que decía ser Mesías y le había descrito la historia de su vida sin haberla conocido antes, seguramente su narración impresionó a sus paisanos, los samaritanos. Pues dice la historia que "muchos samaritanos de aquella ciudad creyeron en él por las palabras de la mujer" (4.39). Ella fue, realmente, la primera evangelista en Samaria. Yo, Lidia, a veces me pregunto cómo fue posible que a una mujer de esa reputación le hayan creído sus paisanos. ¿Sería que su experiencia con Jesús, el diálogo que sostuvo con él la transformaron de tal manera que causó una impresión muy honda entre la gente del lugar, a tal grado, que quienes la escucharon creyeron en la verdad de su testimonio? Tal vez sus palabras elocuentes y su semblante diferente, radiante quizás, fueron muy importantes para quienes la habían conocido antes, y la veían y escuchaban ahora.

Así, ella logró que los samaritanos de su ciudad vinieran a ver a Jesús y hablaran con él, para que ellos mismos experimentasen el encuentro que ella había tenido. La historia termina diciendo que Jesús se quedó con ellos dos días, y de esta manera, ellos también tuvieron un encuentro con Jesús. Seguramente él los invitó a renacer y a pertenecer al movimiento, creando comunidades nuevas.

Yo, Lidia, espero que este Espíritu de Jesús continúe para siempre. Sé, como residente en la sociedad grecorromana, tan estratificada y patriarcal, que tratar de vivir de manera igualitaria aquí es muy difícil. Soy testigo de las dificultades y conflictos que tenemos cotidianamente cuando tratamos de vivir de esta manera. Pero el Espíritu nos da la fuerza para resistir.

Nota

1. Esta es una fórmula bautismal pre-paulina.
2. J.Mateos-J.Barreto, *El Evangelio de Juan*, Op. Cit., p. 228.
3. Raymond Brown, *El Evangelio según Juan, I-XII*, Op. Cit., P. 374.
4. El podía hacer el rodeo por Transjordania. Jesús quería pasar por Samaria, no es que se vio forzado a ello.
5. Es difícil ubicar esta ciudad, algunos piensan que se trata de Siquén (Brown, p.371), otros de la actual Askar (José Blank, *O Evangelho Segundo João* (Petrópolis: Vozes, 1990, p.299). Esta última tiene un pozo a un kilómetro y medio o a un poco más de media milla.
6. Henry van den Bussche, *El evangelio según San Juan* (Madrid: Studium, 1972), p. 226.
7. Raymond Brown, 1979, p. 371.
8. Así, José ben Yohanan (150 a.E.C.), mencionado por Alfred Wikenhauser, *El evangelio según San Juan* (Barcelona: Herder 1967) p.170.
9. La mayoría de los comentarios mencionan esta posibilidad.
10. La concepción de profeta en los samaritanos es diferente de la de los judíos; aquellos tienen en mente Dt 18.15-22.
11. Raymond Brown, Op. Cit., 1979, p. 374. Para Brown, el que Dios sea Espíritu no tiene que ver con su esencia, sino con la relación de Dios con los seres humanos. *Ibid.*

Capítulo 9

Priscila y Lidia, dos mujeres trabajadoras y líderes de comunidades

(Hch 16.11-15, 40; 18.1-4, 18-19, 24-28; Ro 16.3)

Ya no voy a contarles más historias. Las que he narrado son suficientes para conocer a mujeres valientes del movimiento de Jesús, antes y después de su muerte, de dentro y fuera de Palestina. Estoy segura de que hay muchas más mujeres, yo he escuchado de otras, y muchas otras historias habrán quedado sin contarse.

Ahora voy a contar mi testimonio y el de Priscila (Prisca), una gran mujer, pareja de Aquila. Yo veo que ella y yo nos parecemos, y como nosotras hay más. De ella tengo más conocimiento por Pablo, pues él la menciona con frecuencia. De hecho, a la mayoría de mujeres líderes que conozco fuera de Filipos las he conocido por Pablo, pero nuestro movimiento crece y hay muchas otras mujeres de las cuales no sé nada, porque son independientes del ministerio de Pablo¹.

1. Lidia, líder y comerciante

Aún recuerdo con satisfacción cuándo conocí el movimiento de Jesús, el Cristo², y me integré en él. Fue a través del apóstol Pablo. Siempre he sido una mujer activa en lo religioso: he asistido, y aún asisto a un lugar de oración (Hch 16.13), al cual llamamos *pro-seuché*, o sea el lugar destinado para los cultos sabáticos donde los

judíos tienen sus liturgias. Estos lugares casi siempre están fuera de la ciudad y cerca de ríos, porque algunas religiones que en algún momento podrían tener conflictos con las costumbres romanas, se ven obligadas a construir su lugar de ritos fuera de la ciudad³. Eso pasa aquí en Filipos.

Una vez me encontraba yo en ese lugar de oración junto con otras mujeres, cuando Pablo y Silas llegaron y comenzaron a hablarnos. Pablo hablaba cosas maravillosas de Jesús y su propuesta de ser hijas plenas de Dios en una nueva creación, me impactó. Como saben, yo soy gentil pero me había convertido al judaísmo. Decidí también adherirme al judío Jesús, el Cristo, por lo que me convertí al movimiento cristiano y nos bautizamos todos los de mi casa (Hch 16.14-15). Yo era la líder del grupo de mujeres que estábamos en la casa de oración, de manera que otras siguieron mi ejemplo.

Mi casa se convirtió en una célula de reunión de cristianos. Fue la primera comunidad cristiana en Macedonia y fue creciendo. En mi casa-iglesia, al igual que en las demás, intentamos vivir en comunión entre los hermanos y hermanas. Yo, como dueña de casa, estoy al frente de esta iglesia-casa. A menudo dirijo las reuniones y administro su buen funcionamiento, trato de ayudar mucho en lo económico, pues la mayoría de nuestros miembros tienen menos ingresos que yo.

Además, como jefa de la comunidad tengo la responsabilidad de proteger a los miembros y de recibir visitas de hermanos de otras partes⁴. A veces la situación es conflictiva, incluso crítica, y me toca proteger políticamente, por así decirlo, como por ejemplo cuando metieron en la cárcel a Pablo y a Silas por el lío que se armó entre los dueños de una esclava que ganaban mucho dinero gracias a los oráculos que ella pronunciaba. Pablo le quitó ese espíritu adivino y los amos de la esclava, enojados, llevaron a Pablo y a Silas ante los tribunales y los acusaron. Dijeron que eran unos judíos alborotadores que hablaban de costumbres que los romanos no podían aceptar ni practicar. Los pretores de la ciudad mandaron desnudar a los pobres misioneros y los azotaron; después les

pusieron un cepo en los pies y los encerraron en el último calabozo (Hch 16.16-24). Cuando salieron de la cárcel vinieron a mi casa. Yo sé que esto es peligroso para mí, mi familia y los demás miembros de la comunidad cristiana, pero me siento satisfecha de recibirlos. Creo que nuestra comunidad debe poner en práctica las palabras y enseñanzas de Jesús de Nazaret, muerto y crucificado por anunciar el reino de Dios.

Los misioneros como Pablo y Silas saben el riesgo que corremos los que los acogemos, y a veces no quieren ponernos en peligro. Una vez tuve que forzarlos⁵ a que se quedaran en mi casa (Hch 16.15). Yo sé que los judíos viajeros, itinerantes y predicadores, corren mucho peligro en nuestro contexto, porque hablan de cosas que perjudican intereses económicos de algunos. (Hch 16.16-24; 19.23-41). Mi deber es ofrecerles hospitalidad y también protección política. He decidido correr el riesgo porque soy seguidora de Jesús⁶. Lo mismo ocurre con toda la comunidad.

De manera que el trabajo y la responsabilidad son muchos. Pero yo no me dedico solamente a la dirección de la casa-iglesia. Soy, como ustedes saben, vendedora de púrpura. Este trabajo implica que tengo que viajar constantemente, sobre todo a Tiatira, mi ciudad natal, de donde traigo la púrpura, pues allí hay mucha de distintas clases, y se la consigue más barata.

Mucha gente piensa que soy una mujer rica porque vendo púrpura⁷ y que muchas cosas se me facilitan. Pero tengo que aclararles que yo no vendo la púrpura que sale de un molusco que se encuentra sólo en ciertas regiones marítimas: éste es un artículo de lujo que solamente las personas muy ricas pueden comprar. La administración del imperio tiene el monopolio de esta púrpura desde hace tiempo. Yo, en cambio, utilizo otra púrpura, muy conocida en Tiatira, que se extrae de la rubia, que es una planta. Hay clases de púrpura muy barata: hasta las esclavas han usado tejidos de púrpura. Además, tengo que pagar varios impuestos, entre ellos el de aduana y el de extranjera, y todo esto me resulta caro.

Pero tampoco soy una mujer muy pobre como algunas mujeres de las historias que he contado. Soy una liberta, y al igual que

otras libertas y esclavas del mismo oficio, ganamos la vida trabajando mucho con el sudor de nuestra frente. Tengo mi trabajo, soy respetada por ello y asisto a la asociación de personas del mismo oficio⁸, porque en él generalmente trabajamos en grupo libertas y esclavas que somos las que, por lo general, desempeñan esta profesión. Varias de mis amigas que adoran en la *proseuché*, o lugar de oración, hacen lo mismo que yo.

La verdad es que, a pesar del trabajo, o tal vez por mi mismo quehacer en la comunidad cristiana y en el comercio, me siento muy satisfecha como mujer. En la sociedad grecorromana nunca había gozado de igualdad tan profunda entre hombres y mujeres como la que intentamos vivir en la comunidad. Aquí nos respetamos y ayudamos mutuamente entre varones y mujeres, amos y esclavos, y respetamos las distintas culturas. No tenemos una estructura jerárquica en la casa-iglesia. Muchas veces yo dirijo, porque soy dueña de la casa, pero como viajo mucho por mi trabajo, otros también dirigen. No es que no tengamos dificultades: sí las tenemos. Convivir entre diferentes no es fácil. Además, hay mucha novedad en esta forma de convivir; varios de los miembros de la comunidad aún no se acostumbran al liderazgo ejercido por las mujeres, por ejemplo. Por otro lado, y a pesar de que la presión externa de estereotipos sobre los roles que debemos cumplir como mujeres es muy fuerte, seguimos adelante, discutimos, nos peleamos, nos reconciliamos e intentamos ser fieles a Dios en la oración y la solidaridad.

Yo no soy la única líder de la comunidad que se gana la vida trabajando. Dentro de las comunidades cristianas, las líderes y misioneras tenemos también nuestra profesión u oficio. Priscila era artesana de tiendas, al igual que su compañero Aquila, y Pablo. El trabajo de artesano y de comerciante es muy bueno para la evangelización pues, por un lado, una tiene mucho contacto con todo tipo de personas, lo que ayuda a anunciar el evangelio de manera pertinente, y por otro, se aprovechan esos contactos para presentar la buena nueva de Jesús, el Mesías.

2. Priscila, líder, maestra y artesana

La vida de Priscila es ejemplar. Ella es parecida a mí, pero también muy diferente. Compartimos el hecho de que somos líderes y también trabajadoras y todo lo que eso conlleva. Entre nosotras hay también varias diferencias, que muestran cómo nosotras las mujeres cristianas nos movemos en las provincias del imperio, fuera de Palestina.

Priscila es judía, natural de Ponto en el Asia Menor. Está casada con otro judío llamado Aquila. Como artesanos de tiendas de campaña (Hch 18.3) y, a la vez, misioneros, ambos viajan mucho. Han vivido en muchos lugares, a veces obligados por las circunstancias políticas o económicas y a veces por la misión. En algún momento de su vida, ella y su esposo vivieron en Roma, pero fueron expulsados junto con otros judíos convertidos y se vinieron a Corinto (Hch 18.2). En Corinto conocieron a Pablo y después de un tiempo viajaron con él a Éfeso y de allí volvieron a Roma. En Corinto, en Éfeso y en Roma, la casa de Priscila y Aquila ha sido una de esas casas-iglesia donde se reúnen otros cristianos.

Priscila es muy conocida en nuestro medio. Cuando se habla de la pareja, suele aparecer primero su nombre. En nuestra cultura esto significa que ella tiene cierta preponderancia respecto de su marido, en lo que tiene que ver con trabajo misionero y de formación, y tal vez hasta en los negocios. Raras veces aparece primero el nombre Aquila, (Hch 18.2; 1 Co 16.19), lo cual indica que los dos son activos en el ministerio.

Priscila tiene también mucha autoridad en la enseñanza. Un dato que me sorprende es que ella y Aquila hayan decidido explicarle a Apolo, con mayor precisión, todo lo referente al movimiento de Jesús, el Cristo (Hch 18.26), pues Apolo es el famoso líder elocuente de Alejandría. Me llama la atención que este líder accediera a dejarse enseñar por una pareja en la cual la mujer tiene mayor importancia. Esto muestra dos cosas: la autoridad y capacidad de Priscila y Aquila respecto al conocimiento del mensaje, y la disponibilidad de líderes varones elocuentes, que dentro del movi-

miento de Jesús reconocen la capacidad de las mujeres y la igualdad entre los sexos, y no se dejan llevar por los valores discriminatorios de su sociedad patriarcal.

El trabajo de los artesanos que elaboran tiendas lo realizan generalmente esclavos y libertos. Pablo, Priscila y Aquila no lo son, y como la costumbre aquí es juntarse los de la misma profesión, ellos se juntan, y aunque no sean esclavos ni libertos, son vistos como tales y, por lo tanto, sufren el mismo estigma. El trabajo es muy duro, tal vez más que el mío. El mismo Pablo dice que tenía que trabajar día y noche para su sustento (2 Ts 3.8).

Yo fui convertida por Pablo; Priscila y Aquila se habían convertido antes que el apóstol. Cuando Pablo vino a Corinto por primera vez, ellos ya estaban aquí, acababan de llegar de Roma, exiliados por un decreto de Claudio (Hch 18.2). Parece que sólo deportaron a los judíos convertidos, pues el decreto dice que fue por causa de un tal Cresto⁹. En Corinto, Pablo tomó contacto con ellos y se fue a vivir a su casa. Allí trabajaban los tres haciendo tiendas y predicando las buenas nuevas del evangelio. Pablo se refiere a Priscila como colaboradora al mismo nivel que él; ella y Aquila son independientes y no están bajo Pablo.¹⁰

No sé exactamente cómo les fue en los negocios, pero Corinto es una buena ciudad para prosperar. Hay un tráfico comercial muy activo. Además, la posición geográfica hace que el tráfico no sólo comercial, sino político y militar sea frecuente, porque se tiene que atravesar el Istmo de Corinto viajando de Italia hacia la parte oriental del imperio, y viceversa¹¹. Corinto es una ciudad repoblada con colonos romanos, y seguro que había muchos veteranos de guerra, igual que acá en Filipos. Priscila y Aquila, junto con Pablo, se quedaron bastante tiempo en esa ciudad; seguramente formaron varias comunidades casas-iglesia, como la de ellos. Las casas de las ciudades grecorromanas no son grandes, son más bien pequeñas, de manera que por lo general hay diferentes casas-células. A veces nos reunimos todos para un evento especial en una casa más grande de alguna familia acomodada, pero podemos caber, como máximo, entre cuarenta o cincuenta personas, nueve o diez

en el triclinio o comedor y el resto, parados en el atrio, si el dueño de la casa no tiene más muebles¹².

En Corinto hubo roces con la gente del lugar, Priscila tuvo que haber sido testigo de ello. Pablo nos contó a los hermanos de acá que una vez en Corinto, los judíos que no lo querían lo acusaron frente a Galión de que iba contra la ley porque hablaba de manera opuesta. Como Galión no les hizo mucho caso, se armó tal zarfarrancho que allí mismo, fuera de los tribunales, Sóstenes, el jefe de la sinagoga, terminó recibiendo una golpiza que no se sabe ni de dónde vino (Hch 18.12-17)¹³.

Pues así es nuestra vida en esta sociedad: las misioneras y líderes somos testigos de estos conflictos. Tal vez Priscila fue testigo de otros conflictos serios que sucedieron en Éfeso, pues después de un largo tiempo los tres, Priscila, Aquila y Pablo se fueron a Éfeso. Allí se separaron de Pablo. Pablo se quedó un tiempito, después se fue y posteriormente regresó para quedarse un período más largo. Podría ser que todavía Priscila y Aquila moraran en Éfeso cuando sucedió el problema grave con los plateros que hacían estatuas de la diosa más grande de esa ciudad, Artemisa (Hch 19.23-41). Pero, como les digo, esto sucedió porque se tocaron los intereses económicos de los que hacían las estatuas de la diosa. Los plateros ganaban mucho dinero con este trabajo y temieron que su negocio fracasara. Pablo se salvó en esa ocasión porque sus allegados le impidieron que se acercara al teatro (Hch 19.30,31) donde muchos, que se habían reunido para discutir el problema, estaban furiosos. Entonces, Pablo tuvo que irse de la ciudad.

Pablo estaba muy agradecido con Priscila y Aquila, pues cuando ocurrió todo ese tumulto en Éfeso o cuando estaba preso, la pareja arriesgó su vida para salvarlo, y no sólo para salvar a Pablo, sino a varios de su comunidad. Pablo no olvidará nunca esta solidaridad (Ro 16.3).

Yo, Lidia, trabajadora y maestra como Priscila, puedo afirmar que hasta ahora no hemos visto una manera de organización tan igualitaria en sus relaciones, solidaria y comprometida, como

nuestras casas-iglesia. Es verdad que algunos clubes, colegios, o asociaciones admiten esclavos y mujeres como iguales pero, sin embargo, el patrón de las asociaciones espera recibir los honores debidos¹⁴. Aquí entre nosotras y nosotros no es así. Jesús nos enseñó que el mayor debe servir al menor. Las mujeres nos sentimos acogidas y respetadas. Somos muchas, porque hemos encontrado en las comunidades cristianas un espacio de libertad y también de resistencia a la marginación de las mujeres.

Notas

1. Schüssler Fiorenza afirma que las mujeres que actuaron independientemente de Pablo no las registró la historia, pues conocemos más cartas paulinas, y Pablo fue el que más habló de las mujeres. *In Memory of Her, A Feminist Theological Reconstruction of Christian Origins*, Op. Cit., p. 184.
2. Lidia debe agregar ahora el término "Cristo" cuando habla del movimiento de Jesús, pues se refiere a Él después de la resurrección, cuando el movimiento se expande fuera de Palestina. Cp. *Palabras de la autora* al inicio del libro.
3. El mejor análisis que conozco sobre Lidia es el de Ivoni Richter Reimer, varios de los datos los extraigo de su análisis. *Vida de Mulheres na sociedade e na Igreja*, Op. Cit., pp. 60-79.
4. Schüssler Fiorenza, *In Memory of Her...* p.181.
5. Según el análisis de Ivoni Richter Reimer, el término griego *parabiazestai*, "forzar", dentro de un contexto literario, histórico y político mayor, y extrabíblico, se usa principalmente para ofrecer abrigo y protección a alguien que padece y va a padecer persecuciones y amenazas. Ivoni Richter, *Vida de Mulheres...*, Op. Cit., p. 77.
6. Luise Schottroff habla del riesgo que Lidia contrae al ofrecer hospitalidad a Pablo y Silas. Tiene que persuadir a Pablo afirmando incluso su fidelidad al Señor. *Lydia's Impatient Sisters*. Op. Cit., p. 110.
7. La mayoría de los exégetas tienen esa opinión, sin embargo, en investigaciones recientes, esta afirmación está siendo puesta en duda. Cp. Ivoni Richter Reimer, *Vida de Mulheres...*, Op. Cit., p. 73s.
8. Aquí se hace referencia a las asociaciones (*collegium*) o cofradías privadas. Eran clubes comunes en ese tiempo, los cuales generalmente formaban personas con intereses laborales o religiosos comunes. Cp. Irene Foulkes, *Problemas pastorales en Corinto* (San José, Costa Rica: DEI y SEBILA, 1996), p. 49s.
9. El decreto es del año 49 E.C. y lo registra Suetonio. La mayoría de los exégetas concuerdan de que Cresto sería Cristo. En el latín de ese tiempo la e y la i oscilaban.
10. Cp. Schüssler Fiorenza, *In Memory of Her...*, Op. Cit., p.178.
11. Cp. Irene Foulkes, *Problemas pastorales...*, Op. Cit., p.30.
12. Irene Foulkes, *Ibid.*, p.306.
13. En el texto no es claro quién golpeó a Sóstenes. Justo González resume y explica tres hipótesis: los griegos, una turba en la ciudad; los judíos, enojados con Sóstenes por dejarse humillar por Galión; o los judíos que veían cierta inclinación de Sóstenes por los cristianos. Justo González, *Hechos, Comentario Bíblico Hispano* (Miami: Ed. Caribe, 1992), p.262.
14. Schüssler, *In Memory of Her...*, Op. Cit., p. 181.

Conclusión

Que las mujeres no callen en la congregación

Yo, Elsa, mexicana, residente en Costa Rica, les he contado e interpretado hermosas historias de mujeres por boca de Lidia. Pero la presencia significativa de la mujer no siempre fue así. Hacia finales del primer siglo se observa un proceso que va eliminando poco a poco la participación de la mujer en la iglesia. Las mujeres habían logrado muchísimo en el movimiento de Jesús y en las comunidades cristianas, sobre todo en las fundadas por Pablo¹, aunque no sin dificultades y conflictos. Sin embargo, muy pronto las tensiones y los conflictos fueron profundizándose dentro de la comunidad. La presión externa socio-cultural patriarcal romana fue agravándose y la institucionalización del movimiento fue vista como necesaria. Todo esto ayudó a que se fuera privando a las mujeres de los derechos que ya habían adquirido en el movimiento de Jesús, el Cristo. Un caso evidente lo encontramos en lo acontecido con Priscila. Justo González escribe: "En el texto (griego), el nombre de Priscila aparece antes del de Aquila. Ya en el siglo II el texto (griego) occidental invirtió el orden diciendo que fueron Aquila y Priscila quienes llamaron aparte a Apolo... Una de las antiguas iglesias de Roma se llamaba en el siglo IV "Iglesia de Santa Prisca"; poco después se llamó "de Prisca y Aquila"; y para el siglo VII era la "iglesia de los Santos Aquila y Prisca"².

¿Qué pasó?

Numerosos estudios prueban la amplia participación de la mujer en la iglesia en el cristianismo primitivo. De manera que, como Lidia y Priscila, había muchas otras mujeres. Y no sólo fuera de Palestina, sino también dentro. Sabemos, por lo menos, de Tabita en Jope: ella es mencionada como discípula del movimiento de Jesús y es famosa por sus buenas obras (Hch 9.36-43). Sabemos de María, la madre de Juan Marcos, que en Jerusalén tenía una casa-iglesia, pues se dice explícitamente que en ella estaba reunida la comunidad en oración cuando llegó Pedro, después de haber sido liberado de la cárcel (Hch 12.12). Muy probablemente, en Galilea había también casas-iglesia donde las mujeres eran líderes, pues después de la muerte de Jesús, las mujeres de Galilea que le seguían posiblemente volvieron a sus aldeas. Ellas habían tenido el encuentro con el Jesús resucitado y estarían deseosas de compartir tal experiencia. Desgraciadamente, no sabemos nada de estas casas.

La lista de saludos que aparece en el capítulo 16 de la carta de Pablo a los Romanos (57 E.C.) es un valioso documento histórico, en el cual se confirma la participación de las mujeres en los distintos ministerios, muchas veces al mismo nivel que el del apóstol Pablo. Una mujer fue la encargada de llevar en sus manos la carta a Roma. Se trata de Febe³, una persona de alto rango, con funciones prominentes de dirección. Pablo la llama hermana, ministra y protectora. Ella es ministra *diakonos* (término masculino en griego que denota aquí un uso oficial) de toda la iglesia de Cencrea y no de un servicio específico de asistencia. La palabra, por ejemplo, no aparece en Hch 6, donde se habla del servicio de las mesas. El título *diakonos* lo llevan también Pablo, Apolo, Epafras y otros. Según el uso en otros escritos de Pablo y en fuentes extrabíblicas, el término alude al misionero o misionera dedicados a la predicación y la enseñanza⁴. Además, según la costumbre de aquel tiempo, las cartas que recomendaban al portador daban a entender que él o ella manejaba bien el contenido de la misma y podía explicarlo en caso necesario. Pablo, en Ro 16.1-2 recomienda a Febe al mencionar sus títulos. Ella es también "protectora", "patrona"

(*prostatis*), término con sentido legal atribuido a quien defendía a los extranjeros privados de sus garantías. Éste era un título de honor y autoridad en la antigüedad, y se refería a personas a las cuales otros se subordinaban. Pablo reconocía su estatus de subordinado de Febe. El que tradicionalmente se hayan traducido *diakonos* por 'servidora' y *prostatis* por 'auxiliar', no refleja más que la visión natural sexista de los traductores. Ser llamada *hermana* connota, al igual que *hermano*, ser parte de un grupo de misioneros co-trabajadores.

Así, pues, Pablo confía en las manos de Febe, la ministra de la iglesia de Cencrea, su co-trabajadora y "patrona", la carta que posiblemente fue leída en voz alta en las comunidades cristianas de Roma. Febe estaría allí para aclarar dudas sobre el contenido de dicha carta.

En el mismo capítulo 16 encontramos en la lista de saludos un número sorprendente de nombres de mujeres. De veinticinco nombres, ocho corresponden a mujeres. Para ser un documento escrito en lenguaje androcéntrico, esta cantidad es mucha. A la par del nombre de cada persona, se alaba el trabajo que ésta ha desempeñado.

Desgraciadamente, esta participación fue eliminándose paulatinamente. Documentos bíblicos y extrabíblicos, hacia fines del siglo primero y con más fuerza posteriormente, muestran cómo fue silenciándose a las mujeres. Pero no sólo esto: este proceso de exclusión significó también la pérdida de la concepción de la iglesia como una comunidad de iguales en todos los sentidos: económico, cultural, ético y de género. La jerarquización y el acomodo a las estructuras de la sociedad imperial romana fueron apareciendo mientras disminuía la radicalidad crítica profética de Jesús y también de Pablo contra cualquier tipo de opresión⁵.

La incorporación de los valores patriarcales de la sociedad romana se observa en los mismos textos bíblicos tardíos⁶. Un ejemplo muy claro, citado por Irene Foulkes, es parte del discurso de Tito Livio (siglo I, E.C.) en el Foro Romano criticando a las mujeres

que se habían presentado allí; así dice: “¿...qué clase de conducta es ésta? ¡...hablar con los maridos de otras mujeres! ...¿No podíais plantear las mismas preguntas a vuestros maridos en vuestras casas?”⁷

En el Nuevo Testamento observamos esta incorporación de la ideología patriarcal en los llamados códigos domésticos⁸ (Col 3.18-19; Ef 5.22-24, 1P 2.13). En éstos, y en partes de las cartas pastorales (1Tm 2.9-15), se intenta regular el comportamiento de las mujeres. A todo esto podemos agregar la interpolación que aparece en 1 Co 14.34-35, que pide callar a las mujeres reduciéndoles el ejercicio de la profecía⁹.

Las prohibiciones para las mujeres con respecto a enseñar, bautizar, dirigir la “Cena del Señor” continuaron en documentos posteriores. Ya hacia finales del período post-apostólico las mujeres tenían funciones oficiales muy secundarias¹⁰. La autoridad del profeta, asumida como don del Espíritu, fue eliminada y sustituida por la del obispo. Se produce la institucionalización de la iglesia.

Se ha dicho que la actitud negativa frente a las mujeres obedece a la fuerte presión exterior de la cultura grecorromana, que veía en las casas-iglesia una célula subversiva. Por lo tanto, si se seguía desafiando el orden patriarcal y los valores de la sociedad romana, las comunidades cristianas corrían el riesgo de desaparecer por completo. Por eso y por otras razones, había que tener un “patriarcalismo de amor”. Esta realidad, sin embargo, no justifica ningún tipo de opresión o marginación de miembro alguno de la comunidad cristiana. Ni, como dice Luise Schottroff, se puede legitimar un “patriarcalismo de amor” porque de todas maneras es patriarcalismo¹¹.

Afortunadamente, la resistencia de las mujeres continuó. La constante repetición de las prohibiciones indica que las mujeres se resistieron a callarse en la congregación y a ser eliminadas del liderazgo. Ellas siguieron actuando de acuerdo con su percepción del evangelio y, como las mujeres del movimiento de Jesús en Palestina, lucharon por conservar sus derechos alcanzados en Cristo. Es-

critos apócrifos (S. II E.C.)¹² muestran el liderazgo prominente de las mujeres. En el siglo III E.C. el Obispo de Cesarea, Firmiliano, menciona a una mujer de Capadocia que celebraba la Cena del Señor. Eran tiempos de persecución y ella valientemente reunió a los cristianos, y en la celebración incluyó la Eucaristía o Cena del Señor. El Obispo, asombrado, dijo que lo hizo excelentemente¹³. En el siglo V se condenó a un obispo por ordenar a mujeres como sacerdotes. Parece que la ordenación de mujeres era un fenómeno generalizado¹⁴.

Esta resistencia de las mujeres a callarse no ha parado hasta el día de hoy. Las mujeres cristianas sentimos que el Espíritu de Jesús y su movimiento continúan animando a sus seguidores, mujeres y hombres, dándoles fortaleza y sabiduría para que la comunidad de iguales lleve adelante el mensaje del reino de Dios y, a la vez, la denuncia de todo aquello que oprime y excluye a las mujeres y a cualquier miembro de las comunidades.

Notas

1. Pablo no es tan misógino como se cree, más bien él en su práctica mostró gran apertura hacia las mujeres, lo cual podemos observar en el saludo final de la carta a los Romanos 16.1-16.
2. *Hechos. Comentario Bíblico Hispano, Op. Cit.*, p. 273.
3. Esta parte de Febe aparece en Elsa Tamez "Der Brief an die Gemeinde in Rom. Eine Feministische Lektüre", en *Kompendium Feministische Bibelauslegung*, editoras Luise Schottroff y Marie-Theres Wacker (Güthersloh: Christian Kaiser, 1998), pp. 557-573.
4. Schüssler-Fiorenza, *In Memory of Her. Op. Cit.*, p. 170.
5. Cp. Esperanza Bautista, *La mujer en la iglesia primitiva* (Estella: Verbo Divino 1993), p. 168.
6. En el análisis que Luise Schottroff hace de 1 Tm. 2.9-15 queda claro que se está repitiendo lo que la sociedad romana estaba discutiendo en esa misma época. La sociedad romana quería excluir y silenciar a las mujeres, y los líderes varones de las comunidades actuaban de manera similar. *Lydia's Impatient Sisters. Op. Cit.*, pp. 70-73.
7. "Conflictos en Corinto. Las mujeres en la iglesia primitiva" en *Revista de Interpretación Bíblica Latinoamericana (RIBLA)* n.15 (1993), p.107.
8. La mayoría de los estudiosos están de acuerdo en afirmar que estos códigos no son de Pablo, son posteriores y redactados posiblemente por un discípulo suyo que empleó su nombre para que se le reconociera su autoridad.
9. Hoy día nadie duda que el texto sea una interpolación. Pablo mismo está de acuerdo en que las mujeres sean líderes en la iglesia, orar y profetizar es señal de liderazgo. En 1 Co 11.5, les recomienda que oren y profeticen con la cabeza cubierta, en orden a la decencia de acuerdo a su cultura.
10. Suzanne Tunc describe el proceso de eliminación, *Op. Cit.*, pp. 109-127.
11. *Lydia's...*, p.76.
12. Como el libro apócrifo *Los hechos de Pablo y Tecla*.
13. Suzanne Tunc, p.125.
14. *Ibid.*

Bibliografía

- Bautista, Esperanza, *La mujer en la iglesia primitiva* (Estella, España: Verbo Divino), 1993.
- Blank, José, *O Evangelho Segundo João* (Petrópolis: Vozes) 1990.
- Bussche, Henry van den, *El evangelio según San Juan* (Madrid: Studium), 1972.
- Brown, Raymond, *El Evangelio según Juan, I-XII* (New York: Doubleday & Company, Inc.), 1979.
- Elliott, Neil, *Liberating Paul. The Justice of God and the Politics of the Apostle* (Maryknoll: New York), 1994.
- Esteves Elisa, "La mujer en la tradición del discípulo amado", en *Revista de Interpretación Bíblica Latinoamericana (RIBLA)* n. 17, 1994.
- Fitzmyer, Joseph, "Lest she come and give me a black eye" en *The Gospel according to Luke, X-XXIV* (New York: Doubleday & Company), 1985.
- Foulkes, Irene, *Problemas pastorales en Corinto* (San José, Costa Rica: DEI y SEBILA), 1996.
- González Echegaray, Joaquín, *Arqueología y evangelios* (Estella: Verbo Divino), 1994.
- González, Justo, *Hechos, Comentario Bíblico Hispano* (Miami: Ed. Caribe), 1992.
- Gnilka, Joachim, *El evangelio según Marcos* (Salamanca: Sígueme), 1992.

Gundry, Robert H. *Mark, a Commentary on His Apology for the Cross* (Grand Rapids: William B. Eerdmans Publishing Company), 1993.

Horsley, Richard A., *Galilee. History, Politics, People* (Valley Forge, Pennsylvania: Trinity Press International), 1995.

Joachim Jeremías, *Las parábolas de Jesús* (Estella: Verbo Divino), 1970.

Lefkowitz, Mary R. and Fant, Maureen B., *Women's Life in Greece and Rome* (Baltimore: The Johns Hopkins University Press), 1992.

Léon-Dufour, Xavier, *Lectura del evangelio de Juan*, (Salamanca: Sígueme), 1992.

León-Dufour, Xavier, *Diccionario del Nuevo Testamento* (Madrid: Cristiandad), 1977.

López, Mercedes, *A Confissão de Marta. Uma leitura a partir de uma óptica de género* (Sao Paulo: Paulinas), 1996.

Malina, Bruce, y Rohrbauch, Richard L., *Social-Science Commentary on the Synoptic Gospels* (Minneapolis: Fortress Press), 1992.

Mateos, J., Barreto, J., *El Evangelio de Juan* (Madrid: Cristianidad), 1982.

Moltmann-Wendel, Elisabeth, *The Women Around Jesus* (New York: Crossroad), 1982.

Perkinson, Jim, "A Canaanitic Word in the Logos of Christ; or the Diference the Syro-Phoenician Women Makes to Jesus", en *Semeia*, 1996.

Regina, Silvia, *Desde debajo de la mesa: Un análisis exegético de Marcos 7.24-30*. (Tesis de Maestría de la Universidad Bíblica Latinoamericana, San José, inédita), 1999.

Ricci, Carla, *Mary Magdalene and Many Others. Women who followed Jesus* (Mineapolis: Fortress Press), 1994.

Richter Reimer, Ivoni, *Vida de Mulheres na sociedade e na Igreja* (Sao Paulo: Paulinas), 1995.

Richter Reimer, Ivoni, "El poder de una protagonista. La oración de personas excluidas", en *Revista de Interpretación Bíblica Latinoamericana* (RIBLA), n.25, 1997.

Ringe, Sharon, *Interpretación Feminista de la Biblia*, ed. Letty Russell (Bilbao: Desclée), 1995.

Ringe, Sharon, *Luke* (Louisville, Westminster John Knox Press), 1995.

Schottroff, Luise, *Lydia's Impatient Sisters. A Feminist social History of Early Christianity* (Louisville: Westminster John Knox Press), 1995.

Schüssler-Fiorenza, Elizabeth, *In Memory of Her, A Feminist Theological Reconstruction of Christian Origins* (London: SCM Press), 1983.

Stöger, Alois, *El Evangelio según san Lucas* (Barcelona: Herder), 1979.

Schottroff, Luise, *Lydia's Impatient Sisters. A Feminist Social History of Early Christianity*, 1995.

Tamez, Elsa, *Contra toda condena* (San José: DEI), 1990.

Tamez, Elsa, "Der Brief an die Gemeinde in Rom. Eine Feministische Lektüre", en *Kompendium Feministische Bibelauslegung*, editoras Luise Schottroff y Marie-Theres Wacker (Güthersloh: Christian Kaiser), 1998.

Theissen, Gerd, *Colorido local y contexto histórico de los evangelios. Una contribución a la historia de la tradición sinóptica* (Salamanca: Sígueme), 1997.

Tunc, Suzanne, *También las mujeres seguían a Jesús* (Santander, España: Sal Terrae) 1999. Esteves, Elisa, "La mujer en la tradición del discípulo amado", en *Revista de Interpretación Bíblica Latinoamericana* (RIBLA), 1994.

Wikenhauser, Alfred, *El evangelio según San Juan* (Barcelona: Herder), 1967.

— — — *Los evangelios apócrifos*. Edición crítica bilingüe (Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos), 1996.

— — — “Conflictos en Corinto. Las mujeres en la iglesia primitiva” en *Revista de Interpretación Bíblica Latinoamericana* (RIBLA) n.15, 1993.

— — — *Mulheres no Novo Testamento*. Exegese numa perspectiva Feminista (Sao Paulo: Paulinas), 1995.

Glosario

A.E.C. Antes de la Era Común, es decir, antes de Cristo; término más inclusivo que A.C. (“antes de Cristo”).

Anacronismo. Error con respecto al fechado de un evento; algo que no corresponde a las costumbres de una época.

Androcentrismo. Término griego que refiere a la centralidad del varón (*andro*), o que sugiere que todo gira alrededor del varón.

Apócrifo. De origen desconocido u oculto; se refiere a los libros no incluidos en la Biblia porque la tradición de la Iglesia no los reconoce como inspirados.

Diáspora. Las comunidades judías radicadas en territorios fuera de Palestina, mayormente en grandes ciudades como Alejandría, Corinto y Roma.

E.C. Era Común, es decir, después de Cristo; en término más inclusivo que A.D. (Anno Domini, es decir, Año del Señor).

Enigma. Misterio o adivinanza; algo muy difícil de explicar.

Epifanía. Manifestación de la presencia de Dios, que puede ocurrir por medio de ángeles o mensajeros. Se usa también para referir a las apariciones de Cristo después de la resurrección. La fiesta de Epifanía refiere a la visita de los magos de Oriente le hacen al niño Jesús. También refiere a la manifestación de la gloria de Cristo entre las naciones del mundo.

Helenismo. Adopción de las costumbres y el idioma de los griegos en las áreas conquistadas por Alejandro el Grande en el siglo IV a.E.C. Las ciudades helenistas incluían Alejandría, en Egipto y Antioquía, en Siria. Ambas se convirtieron en centros de actividad cristiana después del período del Nuevo Testamento.

Ideología. Sistema de ideas que explica y justifica un determinado programa social, político, económico y cultural.

Interpolación. Fragmento de un texto que ha sido intercalado por mano extraña dentro del original para embellecerlo o explicarlo.

Jerárquico. Estructura de autoridad de acuerdo con el rango de poder o prestigio. En un sistema jerárquico, la autoridad se ejerce "desde arriba hacia abajo".

Patriarcal. De patriarcado, un sistema de relaciones sociales, económicas, políticas y legales en el cual el padre es considerado cabeza de familia y de quien toda su familia depende. Dentro de este sistema, la condición de la mujer es de sometimiento. La mayoría de las sociedades antiguas conocidas fueron notablemente patriarcales.

Sanedrín. El concilio de ancianos judíos en Jerusalén que trataba y juzgaba en cuestiones legales dentro de la comunidad judía antes del año 70 E.C. (El sanedrín no tenía jurisdicción sobre los romanos).

Sinópticos. Término griego que significa "con los mismos ojos". Refiere a la manera en que se conoce a los tres primeros evangelios (Mateo, Marcos y Lucas), los cuales comparten un estilo y perspectiva similares.

Temeroso/a de Dios. Persona gentil convertida al judaísmo.